

UNA BODA
CON EL

ALFA

LENA RELISH

Una boda con el ALFA

Lena Relish

Edición 2024. Lena relish
Todos los derechos reservados.

<u>CAPÍTULO 1</u>	<u>3</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>	<u>20</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>	<u>42</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>	<u>59</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>	<u>77</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>	<u>92</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>	<u>111</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>	<u>125</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>	<u>148</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>	<u>163</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>	<u>177</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>	<u>193</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>	<u>208</u>
<u>LA HISTORIA DE JACK</u>	<u>216</u>
<u>LA HISTORIA DE JAIDEN</u>	<u>349</u>

CAPÍTULO 1

AISHA

Había estado toda la mañana tranquilamente tirada entre los matorrales del terreno que rodeaba el núcleo donde se llevaba a cabo la mayor parte de la vida de la manada.

Entre mis múltiples inquietudes destacaba el intentar averiguar de cuántas maneras podía intentar atacarnos nuestro enemigo natural, los vampiros.

Cuando elaboraba una teoría suficientemente buena, sin cabos sueltos, perfeccionada y precisa en redacción, se la llevaba a Lewis, un señor entrado en años cuyos achaques por malas heridas en guerras no le permitía seguir en primera línea de batalla pero sí seguir siendo estratega.

“Le diré al Alfa que el trabajo es tuyo” era la frase que recibía siempre de su parte, y, yo, cada vez respondía encogiéndome de hombros: No lo hacía por el arrogante del alfa, Jayce, sino por el bien de la manada.

Mi hermana, Kora, solía decir que el rencor que le tenía por una estupidez de la niñez no me dejaba verlo con claridad. Seguramente, aunque nunca lo reconociese, tenía razón, pero era una consecuencia directa de mi personalidad: Mi memoria iba de la mano con el rencor.

Me arrastré siendo sigilosa hacia el lago para comprobar si era una buena ruta de huida, pero, al llegar, me quedé petrificada observando al alfa salir del agua.

Un calor recorrió toda mi sangre tornando rosadas mis mejillas. Odiaba esa sensación, pero no era capaz de apartar la mirada.

Sus hombros eran anchos y sus brazos fuertes. Mis ojos bajaron procurando trazar una línea recta por sus perfectos abdominales hasta llegar a la uve peligrosa donde empezaba plantearme cosas que podían resultar azorantes.

Repentinamente, aunque no era la primera vez que una de mis excursiones de investigación me topaba con él y me quedaba odiosamente admirando su imponente masculinidad, sentí algo diferente: Un escalofrío recorriendo mi espina dorsal.

Subí la mirada llevada por un impulso para encontrarme sus ojos azul marino atravesando los míos desde la distancia.

Podía haber tomado muchas decisiones, pero, ante la voz de alerta que sentía en cada poro de mi piel, me levanté para salir literalmente corriendo en dirección a mi casa. Bueno, la vivienda familiar en realidad, donde nos hallábamos los Dulleys al completo.

Mi padre era médico para la manada, Roth era su nombre y “Mirada aguileña” su mote por lo observador que permanecía siempre; Mi madre, Samantha, una guerrera retirada para cuidar de su familia. Algunos decían que era poco común, con un retintín innecesario, que la hembra fuera más letal que el macho. Mi padre era un gran lobo pero sabía utilizar otros medios por encima de la violencia.

En cuanto a Kora, mi única hermana, dos años mayor que yo, era la muñeca perfecta. Una de las

más populares del clan, por lo menos entre los jóvenes como nosotras, sentía una predilección por la frase “Es lo que se espera” para perpetuar toda la acción absurda que invitara a infravalorar a una hembra.

Cerré de un portazo al entrar en la casa y eso era tan raro que Kora se acercó a mí curiosa.

- ¿Qué te pasa? -interrogó olfateando aún en su forma humana a mi alrededor.

- ¿Qué haces? -inquirí apuntándola molesta.

-Comprobaba si al fin habías hecho algo que mereciera la pena, pero supongo que eso no va a pasar nunca. -contestó torciendo el morro.

Lo que yo consideraba algo que valiese la pena recordar, seguramente para ella era un molesto trabajo dentro de la academia militar de lobos. Todo lobo perteneciente a la manada, fuese hembra o macho, debía pasar por un proceso de formación militar para poder unirse a los guerreros en caso de necesidad extrema en guerra.

Una vez pasados los cursos obligatorios y la graduación, proceso donde aún nos encontrábamos Kora y yo, decidían que función íbamos a realizar dentro del clan.

Pese a los dos años de edad que me separaba de mi querida, pero insoportable, hermana, íbamos al mismo curso, el último para acabar la graduación. Y eso se había producido debido a su sumo interés por los chicos y las clases que requerían contacto con ellos, junto al poco desempeño por cualquier clase de teoría o estudio en solitario.

Lavé mis manos y el rostro antes de sentarme a cenar; Ya me ducharía de mi incursión antes de ir a la cama.

Mi madre me estudió como si ocurriese algo pero acabó por servirme mi plato sin hacer ningún comentario. Escuchamos entonces todos con atención los avances de mi padre en su última investigación, que parecía estar siendo fructífera.

Acabé por irme a la ducha dos horas después con la sensación de haber conseguido poner entre la espada y la pared la mente de mi padre, lo cual era satisfactorio por la complicación que representaba.

- ¡Aisha! ¡Aisha! -Los alaridos de mi hermana mientras me secaba llamaron de forma alarmante mi atención. -Tienes que bajar. -informó al llegar hasta mí.

Sus ojos estaban inusualmente abiertos y al agarrarme las manos, noté las suyas temblorosas.

- ¿Para qué? ¿Qué pasa? -interrogué poniéndome nerviosa.

No me contestó consiguiendo que me alterase aún más. Decidí ponerme un pantalón gris de chándal cualquiera con una sudadera blanca de dormir típica y salí escaleras abajo casi calzándome las zapatillas al mismo tiempo.

Al llegar al recibidor, tuve que detenerme extrañada con la escena que captaban mis ojos.

Jayce, el alfa, paseó sus ojos azul marino de mis padres, quienes parecían haber estado manteniendo alguna clase de conversación con él, hacia mí.

¿Qué hacía él ahí?

Rebusqué en mi mente una explicación lógica pero nuestro breve incidente, donde me había pillado observándole, no me resultaba relevante. Quizá, en realidad, no tenía nada que ver conmigo. Sí, eso debía ser. Seguramente necesitaba algo de mi familia, en su conjunto, y de ahí que yo tuviese que estar presente.

-Hija. -Mi padre me observó realmente pensativo. -El alfa acaba de pedirme tu mano para contraer matrimonio. -explicó cuidadosamente sin que esto tuviese sentido alguno para mí. -He tenido a bien responderte que era desconocedor de tal intención pero que, si no me equivoco, no tenemos objeción en aceptar.

Parpadeé porque quería poner mi razón en lo que estaba ocurriendo pero... ¿Cómo podía mantener la calma? ¿Por qué iba a querer el alfa convertirme a mí, entre todas las mujeres lobo del clan, en su esposa?

Mi padre había sido prudente en su respuesta pues era darle el sí, porque al alfa sin motivo no podía decirle que no, pero cuestionarme de alguna forma qué estaba pasando; Como si yo lo supiera.

-Hablemos. -exigí probablemente más contundente de lo que debía.

No esperé respuesta alguna antes de encaminarme al exterior de la casa. Notaba sus pasos tras de mí como puñales en el estómago.

-Aisha, no hemos tenido ocasión de hablar mucho pero estoy seguro de que sabes cómo va la jerarquía lobuna. -dijo con retintín. No me detuve. No contesté. -Tienes que parar. -anunció.

En aquella ocasión, su voz fue más contundente. Decidí hacerle caso pese a la rabia de incompreensión que bullía en mi interior.

-No entiendo qué clase de broma o locura, porque solo puede tratarse de una de esas dos opciones, te ha llevado hasta mi casa para decir esas cosas, pero estaba convencida de tener un alfa cuerdo. -espeté cruzándome de brazos.

Como si aquel simple gesto pudiese protegerme del lío que empezaba a sentir.

-No puedes referirte a mí en esos términos. -aseguró ofendido.

-Pues debo estar volviéndome yo también loca. -rebatí siendo firme.

-Vamos a casarnos porque es lo mejor para el clan y no hay discusión. - ¿Era una amenaza? -Yo necesito a una esposa por razones que ahora no vienen al caso y tú eres una buena opción. Lewis avala tu trabajo como estratega... No veo mejor opción, entre las que hay...

-Dejando a un lado los motivos... -comencé a decir intentando salvarme de la jaula no buscada que se cernía sobre mí. -Si hay otras opciones, deja que yo te dé otro punto de vista sobre ellas. A lo mejor soy capaz de ver cosas que tú no. -aseguré.

-Ya he contemplado todo lo que tenía que tener en cuenta así que... No hagas esto más difícil. Serás mi esposa dentro de dos lunas; Vivirás en la mansión principal; Me respetarás como esposo además de como alga; Velará por el bien del clan. -enumeró antes de quedarse completamente serio. -Es un honor, intenta no parecer horrorizada. -solicitó con algo de burla escéptica en su voz.

Le vi marcharse del mismo modo que había llegado y, pese a intentarlo, no pude moverme en lo

que me parecieron horas. Quizá en algún momento despertaba dejando esa locura en un mal sueño. El viento de la fría noche comenzó a ser gélido consiguiendo que fuese cuestión de supervivencia moverme.

Llegué a casa sin hacer ruido pero todos los integrantes de mi familia habían decidido quedarse despiertos hasta mi regreso. Lo entendía, yo hubiera hecho lo mismo, pero no era lo que necesitaba.

Fui a pasar de largo pero el carraspeo profundo de mi padre hizo que me detuviese para girarme solo un poco a mitad de la escalera.

- ¿Está todo solventado? ¿Algo a lo que los Dulleys debamos enfrentarnos? -cuestionó lo más paternal y protector posible.

Si me negaba, mi familia lo perdía todo...

-Claro, seré la esposa del alfa en dos lunas. -anuncié.

CAPÍTULO 2

AISHA

Despertarme sabiendo que sería en tan poco tiempo la mujer del alfa no tuvo sentido para mí.

¿En qué estaba pensando Jayce?

Miré el techo de mi habitación como si esperase que aquella imagen se quedase guardada en mi retina para cogerla en los momentos que vendrían en un cuarto desconocido.

¿Tendríamos intimidad?

La sola idea consiguió que mi piel se calentase de manera estúpida. Sí, algo tuvo que ver que yo hubiese soñado, como me había pasado en contadas ocasiones, sobre todo cuando nos habíamos encontrado en situaciones como la del lago, con su impecable cuerpo.

Me pegué mentalmente. Yo no era como el resto de lobas de la manada, él mismo lo había dicho. Yo le valía porque no tenía interés en él.

¿Y si aparentaba tenerlo?

Era cuestión de hacer eso. Qué estaba bueno era una realidad pero eso me importaba un comino, no era suficiente para querer unir mi vida a él: Prepotente, mujeriego, alfa... Demasiado.

Me levanté de un salto, casi histérica, para ir directa a la ducha. Esforzarme era poco para lo que había hecho en mi intento de oler a vainilla, me gustaba esa fragancia y me representaba.

El día mereció, sin embargo, que aplicase algo de esencia de almendras.

¿No tenía entendido que era un aroma intenso para un lobo?

¡Tenía que ser suficiente evidente mi falso interés repentino como para asustarle y que se echase atrás!

Mi armario era aburrido hasta decir basta porque mi ropa consistía en atuendos de camuflaje y cosas deportivas para ser útil o estar cómoda.

Chasquéé la lengua antes de torcer el morro dado lo que iba a tener que hacer.

Mi hermana no se sorprendió en sí de verme pero seguía con esa cara de estupefacción por mi inminente boda con Jayce.

-No me puedo creer que tuvieras algo con el alfa y no le lo dijese. -Su suspiro fue de verdadera frustración.

El mío en respuesta no se quedó atrás.

-No tengo nada con él. -atajé molesta poniéndome a rebuscar entre sus vestidos.

-Pues os vais a casar. -señaló rodando los ojos.

-Ya te digo yo que no. -afirmé.

La verdad era que, si lo miraba desde la lógica de lo que ella podía estar viendo, que yo le robase un vestido ceñido negro y unos tacones del mismo color, no ayudaba a pensar que no iba en busca de reafirmar el "Sí, quiero".

Mis padres me miraron también como si me hubiese vuelto loca. Quizá por mis pintas a las diez de la mañana; A lo mejor por mi extraña actitud; O porque no entendían cómo era posible que el alfa, desde su punto de vista, se fijase en mí.

Comprobé el reloj para dirigirme al exterior Oeste donde Jayce debía estar presenciando combates entre los jóvenes graduados el año anterior.

¿Qué posiblemente tenía que centrarme en mi propio horario militar? Posiblemente, pero era él quien, para mí, se había vuelto completamente loco.

Su segundo, Ronny, le hizo una inclinación de cabeza cuando me vio. Él debía saber lo de la "proposición".

Jayce me atravesó con sus ojos profundamente azules para posicionarse frente a mí en un pestañeo.

Recorrió mi vestimenta de arriba a abajo, en una milésima de segundo. Pero mi maldito pulso debió acelerarse al creer que se había detenido un instante más de lo necesario en mi busto.

-Me buscabas. -dijo con la voz algo ronca.

- ¿Es una afirmación? -inquirí cabreándome.

Sabía que mi baza, la idea que había tenido, conllevaba mostrar un interés por él desesperado como hacían el resto de lobas consiguiendo su agobio y retirada, pero su ego y seguridad... ¡Me ponía enferma!

-Sí. -respondió secamente.

- ¡Pues no! -rebatí arrugando un poco la nariz

Giré sobre mis talones, con cuidado de no hacer ninguna pifia debido a los tacones, y me fui tan rápido cómo había llegado.

En cuanto entré dando un portazo a la vivienda familiar me miraron como si se me hubiera ido la cabeza por completo.

Dejarme caer en la cama, boca abajo, fue la mejor opción que se me ocurrió.

- ¿Qué pretender hacer? -inquirió mi hermana desde el marco de la puerta.

-Quiero parecerme a ti, solo veinticuatro horas. -solté agobiada. -Él quiere casarse conmigo porque no le intereso. -Mi explicación era escueto apero a alguien tenía que hacer partícipe de aquella locura. -Si me ve ser... Más como las demás... -dejé las palabras a medias en el aire.

-No creo que una vez que te ha escogido, se eche para atrás. -Se quedó pensativa. -Además, no veo por qué no ibas a querer casarte con Jayce. -Una pausa. -Es perfecto. -añadió. -Pero creo que puedo ayudarte en tu propósito de librarte de ese matrimonio. -concluyó asintiendo.

¿En qué había pensado con esa convicción?

A las tantas de la noche, volvió a aparecer en mi habitación. Iba despampanante con un vestido amarillo que poco dejaba a la imaginación.

-Ponte este blanco y vámonos. -comunicó desapareciendo momentáneamente.

Me coloqué el ceñido vestido, porque toda su ropa era entallada y tras sentirme insegura al subirme a los tacones, dejé mi pelo suelto. Hizo un amago de prestarme su neceser de maquillaje, pero solo recogí un poco de brillo de mi mesilla para adornar mis labios.

Ya iba suficiente expuesta.

- ¿Cuál es el plan? -interrogué siguiéndola hacia la taberna.

-Tú sígueme la corriente que yo te libro, sin problema, de eso que tú no quieres. -contestó con un retintín que yo no quería.

Entramos en la taberna para que todo el mundo comenzase a saludar efusivamente a mí hermana. Famosa prácticamente.

Rodé un poco los ojos.

Me cogió la mano para llevarme hasta el final del lugar hallando a Jayce, quién nos miró junto a los dos hombres lobo que lo acompañaban.

- ¡Jayce! -chilló mi hermana demasiado emocionada.

-Kora, siempre por aquí. -comentó mi "futuro marido" sin ninguna expresión.

-No tenía ni idea de tu intención de casarte. -Le tocó el hombro. -Pero no estás enfocando bien.

¿Pero era siquiera posible que su idea fuese levantarme a Jayce?

- ¿Le vas a dar argumentos al respecto? -intervino Ronny, quién parecía atento a la situación y divertido con ello.

Mi hermana se rió coqueta y estúpidamente moviendo los hombros de una manera que ondeó su melena rubia tan diferente a mi casa cada roja.

-Puedo. -afirmó.

-No los tiene. -solté borde de pronto.

Los ojos de Jayce cayeron sobre mí al apartarse mi hermana sorprendida por mi voz. Otras miradas le siguieron.

Jayce se acercó en dos pasos y rodeó mi cintura con su brazo. El calor subió por mi cuerpo. Me quedé sin respiración.

Su boca se pegó a mi oído para susurrar.

- ¿Qué pretendes?

-Nada. -contesté queriendo soltarme disimuladamente de su agarre.

Pero la situación era complicada y cuando mi hermana volvió a sonreírle a Jayce... Algo se removió dentro de mí.

-Estaba segura de que no querías casarte, hermanita. -soltó mi hermana pese a que eso no se debía decir dado que mi mano la había pedido el alfa.

-Pues te equivocas. -rebatí sonriendo maliciosamente. -Estoy encantada con la maldita idea. -aseguré.

Quizá usar la palabra "maldita" no había sido del todo acertado.

-Bueno... Siendo así... -Kora se encogió de hombros disgustada. -Me voy con mis amigas.

La vi irse convencida de haberla visto actuar como una maldita perra. Su plan básicamente había sido pasarme por encima; casarse con el alfa; y dejarme en ridículo con el disfraz de haberme hecho un favor.

Giré sobre mis talones y anduve algunos pasos pero Jayce recogió con cierto cuidado mi codo para retenerme.

- ¿Ya te vas? -interrogó divertido. No lo tenía por un burlón. -Creía que pretendías hacer alguna cosa absurda como ridiculizarme para no casarte conmigo. -explicó.

-En realidad. -murmuré mientras volvía a mí mente la idea original. Me giré hacia él para pasear mis dedos por su pecho en una subida hacia su hombro que él siguió con su mirada. -Creía que podíamos conocernos mejor si vamos a enamorarnos. -añadí forzando eso último para intentar asustarle.

Su primera respuesta, todo lo contrario a lo que esperaba, fue una carcajada ronca y profunda.

-Ya veo. -Pasó por delante de mí dejándome un poco atrás. Se detuvo. Inclino la cabeza hasta pegar sus labios al lóbulo de mi oreja. -No era un mal plan, pero yo sé que tú no estás enamorada de mí.

No solo había perdido otra luna cuando me levanté sino que sabía que no iba a conseguir lo que quería. Jayce no iba a cambiar de opinión.

No ayudaba tampoco haber soñado con él susodicho y sus marcados abdominales.

-Buenos días. -Mi madre entró cuando ella no solía hacerlo, y menos sin llamar. -Deberíamos ir preparando las cosas para la ceremonia; decidir el recogido que llevarás.

-Dudo que todo eso importe. -mascullé. Ella me miró mal. -Porque es algo que Jayce tiene muy claro. -añadí para su tranquilidad, aunque yo no lo decía como algo positivo.

Dejé que mi madre lo escogiera todo por mí junto a mi hermana, quien parecía haberse olvidado de su guarra jugada de la noche anterior.

No me hacía ilusión así que, sencillamente, lo dejé en manos ajenas.

Abandoné la casa ataviada con mi típica ropa de camuflaje.

Lo que yo necesitaba era no pensar en todas las connotaciones de lo que iba a ocurrir.

Conseguí coger una posición privilegiada en una línea escarpada donde podía ver con claridad tanto el lago como el camino hacia el bosque negro. Rastreeé tumbada lo que me pareció una eternidad hasta sobrepasar el límite del bosque.

Ya había anochecido y las aguas que empezaban a caer mojaban mi ropa.

Me incorporé para volver andando tranquilamente cuando un chapoteo en el lago me hizo detenerme.

Tuve que parpadear varias veces para procesar lo que estaba viendo.

Jayce estaba dentro del lago, con el pecho desnudo como otras tantas veces. Reposaba sus brazos sobre las rocas mientras Victoria, una loba muy del estilo de mi hermana, de hecho era de su grupito, embutida en un ridículo bikini, se acercaba lentamente a él.

-Victoria, deberías irte. -dijo Jayce tranquilo sin mover ni un sólo músculo.

¡Si no estaba de acuerdo con la situación, que moviese su real culo!

- ¿Por qué? ¿Por esa tontería de la boda? -contestó la tía, no corta ni perezosa, sonriendo como la loba, y no expresamente como licántropa, que era.

-He decidido casarme. Yo no cambio de opinión con facilidad. -afirmó Jayce sin acritud.

¡Qué se moviera de ahí!

¿Y a mí qué me importaba?

No quería casarme con él, pero si iba a hacerlo, no me iba a dejar faltar el respeto de esa forma.

¿Se suponía que iba a estar acostándome con otras estando casado conmigo? ¿Y conmigo?
¿Pensaba acostarse?

Me azoré solo de pensarlo pero decidí que ese era problema de la Aisha del futuro.

Salí de entre los árboles y carraspeé.

Ella me miró queriéndome fulminar. Él solo se rió sin darse la vuelta. Él podía percibirme desde ahí.

- ¿Se te ha perdido algo Aisha? -interrogó la sinvergüenza de Victoria.

¿Cómo podía tener tan poca vergüenza? ¿No le removía la conciencia no un poquito? Todos sabían lo de la boda porque era imposible que algo así no corriera como la pólvora. Además, yo había escuchado su afirmación al respecto.

-Sí, mi futuro marido. ¿Y a ti? -inquirí colocando los brazos en jarras para dejar firme mi posición.

¡Qué si me iba a de allí era con la boda cancelada o se tenía que ir la otra!

-Nunca se os ha visto juntos. -alegó poco dispuesta a dejarlo estar.

-Ese no es tu problema, lárgate Victoria. -espeté sintiendo un fuego algo inoportuno en mi interior.

No eran celos, solo que no era correcto lo que te estaba presenciando. Por mí honor, por mí orgullo.

- ¿Jayce? -inquirió ella aleteando sus pestañas hacia él.

-Jayce. -murmuré yo en un tono poco amigable.

Él miró siguió sin girarse para mirarme.

Qué se atuviera a las consecuencias de sus próximas palabras.

-Victoria, déjanos solos. -ordenó.

Involuntariamente, solté el aire que había estado conteniendo.

CAPÍTULO 3

AISHA

El bosque pareció quedarse expectante ante la inédita escena. Hacía frío y las gotas de lluvia amenazaban con convertirse en un chaparrón. Jayce seguía, a pesar de todo, dentro del agua, observándome como un animal que ha localizado a su presa.

Me crucé de brazos como si eso pudiera protegerme de él si decidía atacarme por haber estropeado lo que fuese que pensaba hacer con Victoria.

¿Pensaba de verdad hacer algo con ella cuando íbamos a casarnos al día siguiente?

Me giré, cansada de esa lucha titánica de miradas, dispuesta a no decir nada más, pero Jayce apareció ante mí, mojado y semi desnudo, impidiéndome el paso.

- ¿Me buscabas? -interrogó en un tono que delataba más afirmación que pregunta.

-No. -negué contundente. ¡Qué no pensara ni por un segundo que a mí me importaba su vida más allá de lo que me concerniese! Pero si nos casábamos... Todo iba a ser de mi incumbencia. -No me parece bien que tengas esa desesperación por casarte si tienes... - ¿Cómo lo expresaba? Notaba mis mejillas arder. -Estos encuentros.

-Yo no la he buscado, ella me encontró en el lago. -dijo tan calmado que tuve ganas de pegarle un puñetazo.

-Quédate soltero. Haz lo que tengas que hacer. A nadie le importará. -rebatí sintiendo repentino calor.

No me gustaba tener aquella conversación, pero mucho menos esa punzada molesta anidada en mi estómago.

-A nadie debería importarle, pero lo hace. Y tranquila, haré lo que "tenga que hacer" contigo. -soltó.

Casi me traga la tierra; casi me atraganto con mi propia saliva; y encima el color de mis mejillas debía ser ya escarlata.

-Esto... O no. Tampoco me molesta tanto. -rebatí espontánea, sin pensar: Puñeteramente asustada con la idea. No dijo nada consiguiendo que mis nervios crecieran. -Se suponía que me elegías a mí porque no me gustabas. ¿Dónde entra lo de tener..., lo que sea, en ese argumento? -inquirí.

No quería una noche de bodas al día siguiente. Yo...

- ¿Te sabes la palabra, verdad? Sexo, Aisha. Dilo. -solicitó demasiado cerca.

-Sé la palabra. -repliqué sin querer decirla.

Notaba su cercanía de una forma arrolladora: En su olor a menta; en el calor que emanaba; en la sugerencia de sus labios.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué tenía que reaccionar involuntariamente de esa forma ante él? ¿Sería capaz de percibirlo?

-No te he escuchado decirlo. -aseguró dejando que sus manos reposarán en mis caderas evitando que huyese.

-Basta Jayce. -exigí apartando sus manos. -No te tenía por un niño. -acusé intentando controlarme.

-Ni yo a ti. -afirmó levantando una ceja a modo de interrogación.

-Te arrepentirás de casarte conmigo. Nos condenarás a los dos. -aseguré como si eso fuera a hacer que cambiase de opinión.

-Soy el alfa. -respondió casi como si esperase que eso fuese una justificación.

Lo más desconcertante fue que, justo a continuación, se largó.

Decidí volver a casa.

A casa paso que daba, sentía una presencia cerca de mí. Eso de estar tan nerviosa me estaba dejando fatal. Rastree un poco el aire pero solo percibía la fragancia de Jayce. Estúpida cabeza.

Mi vivienda estaba en completo silencio y me esforcé porque siguiera así. Por desgracia, Kora demostró estar despierta cuando pasé por el hueco de la puerta de su habitación.

- ¿Haciendo cosas de mayores con el alfa? -interrogó divertida.

-No digas estupideces. -reté algo molesta con la importancia que todo el mundo le estaba dando al dichoso tema.

-No son tonterías Aisha. Qué mañana, en unas horas si nos ponemos técnicos, vas a casarte con un macho de los pies a la cabeza. Pasarán cosas y deberías estar dispuesta a ello. -afirmó ya seria.

- ¿Por qué crees que te ha elegido? No te ofendas, pero no lo entiendo.

Claro que me ofendía.

-Siento que te moleste tanto que me haya escogido a mí en lugar de a ti. Algo tendré. -rebatí antes de dejarla allí para encerrarme en mi habitación.

¿De dónde había salido ese sentimiento de posesión hacia mi nueva posición con Jayce? Era consecuencia derivada de lo imprevisto que era todo, se me pasaría...

Los toquecitos en la puerta llegaron sin haber podido pegar ojo. Mi madre entró con unos ungüentos que, debía haber preparado mi padre, y empezó a aplicar esa pasta con un algodón, sin permiso, en mis ojeras.

- Si hubieras descansado... -retó bufando. -Elegí el vestido por ti. Espero que te quede. -prosiguió. Me senté con las piernas cruzadas sobre la cama. -Reacciona Aisha. La boda es en una hora. -recordó.

Eso lo sabía de sobra pero los detalles eran insustanciales. No había tenido tiempo de hacerme la idea.

Me duché y dejé que hicieran por mí.

Al mirarme al espejo casi me costó reconocerme.

El vestido blanco con encaje fino tanto en el escote como en los brazos. Entallado hasta la cintura y con vuelo suave de seda hasta el suelo.

Mi cabello rojizo recogido solo parcialmente dejando mechones a cada lado para enmarcar el rostro.

Iba natural en el maquillaje con los labios decorados por un leve brillo.

-Me miro y no sé si soy yo. - murmuré sin estar segura de si iba a poder hacer aquello.

¿Por qué tenía que ir de muñeca si me había escogido seguramente porque no le parecía ni guapa?

-Yo ya estoy. -anunció mi hermana apareciendo en el marco.

Iba ataviada con un mono rojo de tiro alto, escote bajo y transparente en las caderas. Su pelo rubio era una cascada perfectamente alisada y sus ojos azules estaban bien maquillados.

Me sentí molesta pero acabé por callarme. Ella no tenía la culpa, al fin y al cabo, de ser más guapa que yo.

¿Y si Jayce decidía en el último momento que prefería casarse con la Dulleys atractiva delante de todo el mundo?

Tragué saliva sin registrar en qué momento habíamos salido de casa.

Llegamos a la mansión principal bajo muchas miradas curiosas. No sé iba a hacer, por lo que mi madre había averiguado, una ceremonia con toda la manada, pero cada miembro era consciente de que iba a ocurrir.

Entramos a la mansión y uno de los encargados de allí nos indicó que pasáramos al gran salón.

Mi mente estaba ocupada intentando entender por qué no había ninguna clase de decoración. Bueno, todo habría ido a parar al salón de la ceremonia en cuestión. Abrió la puerta por nosotros y el panorama fue...Confuso.

En el centro había una mesa de roble colocada en posición horizontal cuyo mantel era beige. Dos centros de flores, uno a cada lado del papel que era el acta matrimonial a firmar, era la única decoración existente.

Después del impacto inicial, caí en las personas presentes.

La madre del alfa, Fiona; Su segundo, Ronny; Y sus dos hermanos: Jaiden y Jack.

¿Eso era todo?

Jayce llegó entonces aunque se suponía que yo debía de ser la última en llegar.

Se plantó junto a mí y me observó en silencio. No dijo nada y se agachó para ser el primero en firmar el acta.

-Ronny. Jaiden. -dijo.

Estos procedieron a firmar en los huecos destinados a los testigos.

Mi respiración se fue condensando en un gran enfado.

¿Tan poco merecía nuestra maldita boda cuando me estaba anulando la posibilidad de casarme en un futuro con alguien a quien amase y que me amase?

-Dame la pluma. -exigí de pronto arrancándole de las manos el objeto a Jaiden. Me agaché y firmé justo donde debía hacerlo. - Pues ya está. Ceremonia terminada. -afirmé.

Salí de allí dejando el ramo encima de la mesa.

Me quité el dichoso recogido mientras iba sin rumbo fijo por la mansión.

Vi una chica más o menos de mi edad con unas toallas bien dobladas así que supuse que trabajaba allí.

-Oye. -saludé bruscamente. Se debió asustar porque dejó caer todo al suelo. -Perdona. -Me puse a ayudarla. - ¿Sabrías decirme cuál es mi habitación? Está claro que no será la misma. - murmuré sabiendo que no debería haber dicho eso último en alto.

Pero estaba tan enfadada... Porque no sabía ni qué había esperado al respecto.

-Oh, sí, esto... -Elevó las toallas. -Era para dejar ahí.

La seguí.

La habitación era enorme. Estaba limpia y preparada con lo básico, pero tan vacía como prometía ser mi nueva vida.

-Gracias, esto... -Me quedé en blanco.

-Lori. -respondió sonriendo.

-Gracias Lori. -remarqué.

Me dejó sola y, como no había pensado, porque no estaba yo para pensar, en qué necesitaba ayuda para quitarme los botones que cerraban por detrás el alto del vestido, simplemente rompí tela hasta que me lo conseguí quitar.

Genial, absolutamente genial.

La rabia me cegaba y no era capaz de usar el raciocinio.

¿Qué diantres se suponía que iba a ponerme?

Me metí en la ducha como si pudiera quitarme la sensación de desprecio que se había anudado en mi estómago.

Me envolví en la toalla y me senté en la cama sin tener ni idea de qué esperaba.

Asomé la cabeza, después de un buen rato, por la puerta sujetando muy fuerte la toalla contra mi pecho. Alguien pasaría por ese pasillo en algún momento.

Por desgracia, fue Jayce quien entró al pasillo y se quedó mirándome fijamente.

-Dile a Lori que venga. -exigí procurando sonar digna antes de cerrar de un portazo.

CAPÍTULO 4

JAYCE

-Dile a Lori que venga. -soltó Aisha asomando la cabeza por el marco de la puerta de su habitación.

Desde mi posición vi sus ojos azules bien abiertos y como se sostenía con una mano la toalla contra el busto, aunque intentaba que no se viese.

¿Quién diantres era Lori?

Intenté concentrarme, aunque me resultaba bien difícil, porque yo debía conocer, como alfa, a cualquiera que pudiera estar por ahí.

Si dos pasos a la derecha y luego a la izquierda. Me encontré con Ronny, mi segundo y mejor amigo, quien me miraba con cara de risa y desconcierto.

- ¿Ya te ha afectado estar casado? -interrogó.

-Lori. -respondí sin que eso pudiese tener mucho sentido para él.

Justo una mujer pasó por nuestro lado y se sobresaltó girándose hacia nosotros. Así que esa era Lori..

-Dígame señor. -respondió rápida.

-Aisha te busca. -expliqué sintiéndome muy raro en ese papel.

Ella salió echa una bala y yo simplemente me quedé ahí.

- ¿Has hablado con ella? -preguntó Ronny.

-No, ni voy a hacerlo ahora. Vamos. -atajé.

La boda había sido algo muy sencillo y discreto, como debía ser, pero, al parecer, ella no había firmado rápido porque quisiera irse. Según mi madre, ella estaba enfadada.

¿Por qué?

No podía ni imaginármelo.

Me había quedado algo fuera de lugar al entrar en el gran salón y ver a Aisha vestida de blanco, tan arreglada, tan... Diferente. Pero había sido tan rápido que no tuve tiempo de decirle nada al respecto.

Algunos de los presentes en el combate de jóvenes instruidos se sorprendieron de verme allí pero no sé qué se suponía que iba a hacer si no era eso.

Los de último año debían prepararse para las pruebas finales y ese día tocaba físico, lo único que merecía la pena presenciar en mi opinión.

- ¿Pondrás un modo? -inquirió el instructor Garen mirándome contento de verme por allí.

Los jóvenes querían impresionarme y eran capaces de sacar su mejor potencial cuando me

quedaba en el combate.

-Modo KO o rendición. -dije consiguiendo vótores entre la gente.

Lo cierto era que, para mí, ningún otro modo tenía sentido. En la vida real, en las peleas con nuestros enemigos naturales, no existía posibilidad de puntos o algo así, o ganabas por KO y ellos morían, o era justo al revés.

Estaba sumido en los movimientos más o menos precisos de Kurt peleando contra Liam cuando empecé a ser consciente de un murmullo a mi alrededor. No me costó vislumbrar la causa, pues Aisha hizo aparición colocándose en la fila de los siguientes en competir.

No había pensado en ello ni por un instante. Ella estaba en ese último curso militar y no habíamos hablado de que nuestra boda cambiase nada al respecto. Lógico era que se graduarse, pero...

- ¿Jayce? -inquirió Ronny muy pendiente a mi izquierda.

Negué lentamente, de manera casi imperceptible, para que supiera que no tenía ni idea de qué se suponía que íbamos a hacer al respecto.

¿Luchaba contra otros normal? ¿Qué tan lícito era que pegasen a mí reciente esposa sin moverme de mi sitio?

Procuré, mientras que el chisme no descendía y llegaba su turno, hacer contacto visual. Entender de alguna forma lo que pasaba por su cabeza o si esperaba que yo la exonerase de la prueba.

-Están moviéndose en la fila. -murmuró Ronny señalando la evidencia.

Nadie quería luchar contra ella.

-Aisha. -Mi voz se escuchó clara por encima del resto.

Ella subió repentinamente la cabeza, cruzando sus ojos verdes con los míos. Notó como era objetivo de las miradas de los demás y hubiera jurado que eso le produjo una fuerte incomodidad. Se acercó con la espalda recta y en silencio. Mi hermano saltó de mi lado para dejarle hueco y ella se colocó a mí lado sin siquiera dirigirme la palabra.

El impacto inicial se fue disipando. Ciertamente ayudó que estuviese en silencio casi como si fuese su papel desde siempre estar ahí a mi lado.

Cómo si de una prueba del destino que no esperaba tener que pasar de tratase, le tocó a su hermana y la gente la vitoreó. Oí algunos comentarios sobre qué, de ir a casarme, Kora hubiera sido una mejor opción. Si yo era capaz de oírlo, ella también, pero ahí siguió impertérrita.

Kora ganó pese a que no era precisamente una gran luchadora, quizá que le tocase contra un hombre lobo que quisiera estar con ella le ayudó.

Se acercó risueña hasta donde estábamos.

- ¿No te librarás del combate de graduación, no? Eso es injusto. -dijo medio divertida hacia Aisha.

-Haré lo que tenga que hacer. -aseguró Aisha con cara de pocos amigos.

- ¿Vienes a la caza? -interrogó entonces, ya con esos combates terminados, Ronny.

Era un día con bastante niebla, y eso invitaba a los vampiros a querer entrar a nuestro territorio. Mi deber era defenderlo.

-Por supuesto. Vamos. -contesté directamente siguiéndole.

Fue un día tranquilo pese a algunas intervenciones casi ridículas en puntos clave. Algunos del grupo se esparcieron por el territorio para descansar tirados hablando mientras que yo me quedé absorto observando un punto en mitad de la nada.

Tanta tranquilidad...

- ¿Qué se siente al estar casado? -cuestionó Ronny sacándome de mis propios pensamientos.

-Es lo mismo que no estarlo. -aseguré queriendo no pensar en ello.

- ¿Quieres hablar de lo que ha pasado en el combate? -inquirió.

- ¿Qué crees que ha pasado? -Una defensa era un buen ataque.

-Sé lo que ha pasado. Tú y ella no habéis hablado absolutamente nada sobre lo que haríais tras la boda. Tampoco de si eso afectaría a su graduación. -Hizo una pausa. -Además, tu madre aseguró que ella estaba decepcionada con la ceremonia está mañana. -recordó.

-No sabía que te preocupara tanto mi matrimonio. -afirmé irónico.

-Entiendo que te has visto empujado a hacerlo por la presión de la propia manada, pero mucho peor quedará que se note que es un desastre. -explicó.

-Gracias por amargarme la noche. -Me fijé en que el resto del grupo quiso irse ya a casa. -Voy a transformarme. Flanquea mi espalda. -ordené.

Pensaba cansarlo adrede por meterse donde no debía y crear esos pensamientos que no tenían cabida en mi personalidad.

Ya de madrugada volvimos al centro, delante de la mansión, y tornamos de nuevo a nuestra forma humana.

-No sé tú, pero yo estoy cansado. Nos vemos mañana. -dijo con confianza dejando claro que había entendido la reprimenda.

Llegué a mi habitación y me quité la camiseta dejándola tirada en algún lugar con intención de meterme a la ducha.

Justo al salir, solo envuelto con una toalla a la cintura, noté un aroma familiar, pero antes de poder hacer nada, un libro casi golpea mi cabeza. Por una milésima de segundo habían sido suficientes mis reflejos.

Aisha me miraba furibunda. Ataviada con un camisón negro hasta las rodillas y con el pelo suelto cubriendo hasta el busto.

- ¿Se puede saber qué haces? -interrogué estupefacto.

-Qué haces tú es lo que me he preguntado yo en las últimas horas. -contestó cruzándose de brazos.

- ¿Se supone que estás enfadada conmigo? -pregunté enarcando una ceja.

-Nos hemos casado está mañana. Tú tendrías que haber venido a estar conmigo a una hora decente. ¡Era nuestra maldita noche de bodas! -vociferó.

Repentinamente, contra todo pronóstico, me hizo gracia la situación así que dejé salir una carcajada. Eso debió enfadarle más porque buscó algo que tirarme.

-Aisha, estate quieta. -solicité acercándome en dos pasos acortando la distancia casi por completo entre nosotros. - ¿Y qué querías que pasase en nuestra noche de bodas? No sabía que estuvieses impaciente porque me metiese en tu cama. -murmuré sintiéndome repentinamente tenso.

Sus ojos se abrieron y su respiración empezó a ser más agitada. Di un paso más hacia delante y ella puso su mano en mi pecho para detenerme.

-Se supone que no te gusto. Que no me gustas. -dijo con el tono ahogado.

-Ten eso claro cuando me pidas que pasemos una noche juntos. -contesté ya sintiendo un hormigueo que no esperaba.

Era la situación. Eso fue lo que me dije frenando aquello separándome de golpe.

- ¿Qué se supone que vamos a hacer entonces el resto de la eternidad? Es que no piensas. -recriminó de repente bufando.

-Si quieres jugamos a algo. -ironicé.

No debí explicarme bien en mi ironía, quizá porque mi tono amenazaba con no salir como debía, porque se giró.

- ¿Qué juegos tienes? -interrogó entonces.

Me quedé paralizado porque, en ese momento, aunque nunca había pensado en eso con ella, todo lo que pasaba por mi mente era sucio.

-En mi habitación... Ninguno al que quieras jugar. -asegué.

- ¿Cartas? ¿Ajedrez? -inquirió sin darse por vencida en la conversación.

-En... El salón principal, supongo. -contesté.

Desapareció literalmente corriendo para volver de la misma forma pero con algunos juegos en las manos. Se subió a mi cama para sentarse con las piernas cruzadas y empezó a colocar las piezas en sus respectivos lugares.

No supe qué hacer al respecto así que me metí al baño, tras coger unos pantalones cortos y una camiseta, para después sentarme a jugar al ajedrez.

¿Tenía algún sentido?

Sorprendentemente, cuando me di cuenta, habían pasado horas en las que habíamos estado ambos inmersos en distintos juegos.

-Me voy a ir ya. -anunció mirando por la ventana que poco le quedaba a la luna de estar fuera. Se mordió el labio y quise saber qué estaba pensando. -O... ¿Crees que la gente hablará si no dormimos en el mismo cuarto? -inquirió.

¿Por qué tenía que ser así? Todo lo que decía conseguía sacarme de mi lugar seguro. Yo le había dicho que íbamos a casarnos; Se suponía que no iba a afectar en nada en mi rutina...

-Duerme aquí. -accedí enseguida.

CAPÍTULO 5

AISHA

Algo dentro de mí había decidido jugármela porque no conseguía entender por qué le había dicho de dormir en la misma habitación. Aunque tenía cierto sentido porque... Nos habíamos casado. Tampoco era cuestión de dejar que todo el mundo supiera que nos habíamos emparejado así porque no le resultaba atractiva.

¿Qué pareja jugaba en su noche de bodas? ¿Pero no era precisamente lo que yo quería? Yo no hubiera querido que pasase nada...

Me tumbé en la cama tapándome con la manta y girándome hacia la puerta de la habitación. Noté en el colchón el peso de Jayce. Era como si supiera exactamente dónde había caído cada milímetro del cuerpo de mi marido. Su respiración era tranquila e intenté acompasar la mía a la suya.

- ¿Estás despierto? -interrogué en la oscuridad de la habitación.

-Sí. -respondió ronco, sexy.

-La gente no tiene por qué saber por qué me elegiste. No queda bien. Yo tengo mi valor. -dije queriendo dejar eso claro.

-No es como si yo tuviese que darle explicaciones a nadie, Aisha. -respondió como si mi comentario le hubiera enfadado.

El silencio fue comiéndome porque me arrepentí de haberle dicho eso. Él no me gustaba, pero... La situación era tan difícil.

En algún momento me debí dormir porque abrí los ojos cuando el sol ya estaba en lo alto. Me quité las legañas a las prisas y me giré pero Jayce ya no estaba allí.

¿Se habrían atrofiado mis sentidos? Todo lo invadía su fragancia de una forma arrolladora.

Decidí levantarme y cambiarme para quitarme todos los pensamientos innecesarios que estaban apareciendo en mi cabeza.

Salí de la casa dispuesta a hacer mi trabajo de investigación sobre el terreno. Encontré a Lewis acercándose a mí, sin embargo.

-Hay una parte del último trabajo que levantó una sospecha sobre mí. -anunció enseñándome un mapa. -Aquí terminaste una línea como de forma repentina, pero en una investigación anterior habías trazado un rastro enemigo en esa misma terminación. -enseñó.

Lo miré asintiendo al comprobar que era cierto.

-Me pongo a ello. -respondí contenta.

Era justo lo que necesitaba. Ocupar mi mente en mis cosas para no pensar en si mi vida había sido marcada para siempre.

Recorrí el territorio a conciencia, poniendo atención en cada relevo sospechoso. En algún

momento del tiempo, me di cuenta de cómo mi graduación sí había cambiado. Nadie había querido competir conmigo porque era la mujer del alfa, pero al fin y al cabo, yo estaba segura de tener un buen potencial físico con el que poder enfrentarme a eso...

Un olor prácticamente imperceptible a hierro; El sentimiento frío corriendo por mi espina dorsal... Vampiros.

Me giré porque estaba convencida de que era más de uno. Sabía luchar, como todos, pero no era una profesional experimentada.

Jayce salió de la nada entonces parándose delante de mí, tan de repente que fui directa a chocar con su pecho. En cuestión de segundos, ese olor se disipó mientras que la fragancia a menta y calor del alfa, lo llenaba todo.

Los vampiros habían huido ante su presencia.

- ¿Qué estabas haciendo? -preguntó sin soltarme, con la mirada puesta en algún lugar detrás de mí.

Oí cuando llegaron los demás.

Ronny me miró y enarcó una ceja por un segundo; Jaiden había ido también; Henry, que era experimentado llegó una milésima más tarde.

-Nos vamos. -aseguró Ronny.

El resto le siguió.

- ¿Habéis venido a protegerme? -interrogué con una seguridad haciendo cosquillas en mi estómago.

-Los vampiros nunca han sido bienvenidos aquí. -respondió separándose. -No te alejes tanto. -añadió antes de inclinar la cabeza para que me fuese hacia el centro de la vida de la manada.

Medité si llevarle la contraria pero escogí no hacerlo.

Llegué a mi casa. Mi madre se tiró básicamente hacia mí para empezar a hacerme parabienes.

- ¿Te trata bien la vida de casada? -cuestionó mi hermana levantándose.

- ¿Tú no deberías estar en clase? -pregunté sabiendo que era capaz de suspender el examen de estrategia otra vez.

-Soy la cuñada del alfa, de algo me tendrá que servir. De hecho, creo que ha subido exponencialmente mi valor. -soltó dejando claro que no pensaba cambiar nunca.

-No va a salvarte de hacer los exámenes. -rectifiqué.

-Tú, sin embargo, ya apareces como graduada. -señaló. Parpadeé digiriendo esa información que, como no podía ser de otro modo, me sentó mal. -Es un chollo que no te mereces. -atacó.

-Niña, no le hables así a tu hermana. Es lógico que, siendo la mujer del alfa, no va a estar al mismo nivel que el resto de los que ni siquiera se han graduado. -corrigió mi madre.

- ¿Es un privilegio? Yo lo veo un poco humillante. -solté frustrada.

-El caso es no estar contenta. -Frunció el ceño. Mi madre se fue a hacer la comida. - ¿Cómo es

estar con él? -inquirió ávida de cotilleo.

-Pues... - ¿Cómo iba a decirle que ni habíamos hecho nada ni iba a pasar porque lo único que iba a conseguir que hiciera conmigo era jugar a juegos de mesa? ¿Y por qué ya no me salía pensar que yo tampoco quería nada más que eso? Mi cuerpo me traicionaba. -Ha sido una experiencia increíble. Estoy segura de que, pese a que es mi primero y será mi único, no tengo nada que envidiarte. Ninguno de tus amantes puede estar a su altura. -solté todo lo mentirosa y convincente que fui capaz.

-Madre mía, me has puesto los dientes largos. -Suspiró. -No me lo esperaba. Siempre tan... Mojigata. -Esa crítica pareció molestarla más a ella que a mí. -Si hubiera sabido que esperarme me hubiera llevado al alfa... ¿Crees que fueses virgen le motivó? -preguntó con ganas de salseo.

-En realidad, hermanita, simplemente es que tengo una belleza que tú no sabes ver. Y mi listón estaba muy alto. -respondí cortante.

Me fui a mi habitación dejándola enrabiada. Por una parte, me sentí sola al tumbarme en mi cama porque no sabía con quién podía hablar de la verdad de lo que pasaba con Jayce.

Acabé por armarme de valor ya de noche para irme directa a mi habitación conyugal.

Me hallé sola en el cuarto por lo que aproveché para comprobar que mi pijama, compuesto por pantalón corto gris y una camiseta blanca, estaba en su sitio. Me metí bajo la sábana solo hasta las rodillas y noté mi corazón acelerarse un poco cuando la puerta se entreabrió y los ojos azules de Jayce cayeron sobre mí.

Por un momento era como si no se acordase de que compartíamos cuarto, después se quitó la camiseta en mi presencia sin ningún tipo de pudor. Recorrí sus abdominales mientras contuve la respiración. Después desvié la mirada rápido intentando ocultar el rubor de mis mejillas.

-Deberías ponerte la camiseta que llevabas ayer. -dije mordiéndome el labio, nerviosa.

-Me sorprende que te importe verme sin camiseta después del sexo tan increíble que tuvimos ayer. -soltó consiguiendo que me atragantase.

- ¿De dónde has sacado eso? -interrogué con ganas de que la tierra me tragase.

¿Estaría demasiado roja? ¿Sería capaz de oír mi exagerada alteración interna?

-Tu hermana lo ha puesto en boca de toda la manada. -respondió entrecerrando los ojos en mi dirección.

-No sabía que poner tu estatus de amante por las nubes podría ser un problema. -asegué convencida de que lo mejor que podía hacer era ponerme a la defensiva.

Se subió a la cama por el lado contrario acercándose demasiado a mí. Su piel rozó la mía cuando se inclinó para susurrar en mi oído.

-La fama no necesito inventármela. -aseguró.

-Me alegro por ti. -dije cabreada separándole con la mano. Enarcó una ceja ante mi reacción. -Es lo que tocaba decir, no le des más vueltas. -concluí.

- ¿Es lo que tocaba decir? Deberías saber que no tengo necesidad de que digas nada que no sea real. -Un poco más cerca. Mi piel se erizó. -Si vuelves a decir algo así, tendrá que ser porque lo

hayas vivido.

- ¿Jugamos? -pregunté de pronto. Puse el tablero de ajedrez entre nosotros. Parpadeó como si no pudiera creerse mi actitud.

-Juguemos. -respondió mirándome con intensidad. -Pero quien gane le hace una pregunta al otro y tiene que responder con sinceridad.

-Desconocía que te gustase apostar. -recalqué.

-Desconocía que pudiera querer saber algo de alguien que no estuviese a mi alcance por otros medios. -replicó.

Por desgracia para mí, ganó él.

Lo inquietante fue que decidió guardarse esa pregunta para otro día.

CAPÍTULO 6

JAYCE

Casarme con Aisha no había resultado como esperaba. Posiblemente porque ella era mucho más de lo que yo había podido pensar a primera vista.

A la hora de escogerla, habían sido determinante dos cosas: El poco interés que ella, al contrario que otras chicas, había mostrado en mí; Y lo pesado que era Lewis respecto al trabajo excepcional que ella hacía en cuanto a seguridad de la manada se refería.

Conocía a todos los miembros de mi clan, por supuesto, pero con ella me había cruzado un par de veces. Siempre pillándola escondida en algún lugar para comprobar si nuestro territorio peligrosaba. Además de eso... Tenía una extraña tendencia a pillarme semidesnudo y en situaciones comprometidas.

Podía engañarme a mí mismo por aquello de que mis decisiones solían ser muy meditadas, pero lo cierto era que había tomado algo trascendente en unos minutos. Había llegado hasta su casa para exigirle que se casara conmigo y me encontraba teniendo que lidiar con una esposa que no sabía muy bien si quería volverme completamente loco o si estaba perdida en lo que nos estaba pasando.

Habían pasado siete lunas desde que nos casamos y, desde ese primer cabreo inicial, no habíamos dejado de compartir cama. Eso sí, no pasaba absolutamente nada.

Bueno...

Me gustaba jugar con ella a juegos de mesa, posiblemente porque su inteligencia ponía a trabajar mi cabeza.

Y luego estaba eso otro...

Sentía repentino calor cuando no debía. Si se reía descaradamente o si ponía esa cara de pícaro cuando sabía que iba a ganar.

Se empezaba a relajar después de varios minutos incómodos a mi llegada a la habitación. Como si no supiese de qué humor iba a llegar o si me iba a apetecer echarla pero... Por raro que fuese, no me apetecía echarla.

Aquella tarde, estaba pensativo cuando Ronny golpeó mi espalda.

- ¿Y? -interrogó con una expresión divertida en el rostro.

- ¿Y qué? -cuestioné sin saber de qué hablaba.

- ¿Es verdad que solo te acuestas con tu mujer? Hay varias lobas por ahí molestas con eso. -respondió soltando una carcajada infantil.

La manada hablaba... Claro que sí.

-Por fin tienen exactamente lo que querían. Un alfa familiar, centrado en hacer cachorros. -soltó Jaiden, mi hermano inmediatamente menor, llegando hasta nosotros. -Pero... ¿Sabes qué? -inquirió.

Ronny le pegó un codazo como si supiera exactamente lo que él iba a decir y no le gustase.

-Sorpréndeme. -azucé.

A mí las cosas me gustaba que me las dijeran en la cara. Para poder responder, con palabras o con alguna dentellada si era necesario.

-No se ve a tu esposa mucho con la gente, eso no gusta. -comenzó a decir con expresión de ir a tocarme mucho más mis ganas de partirle la cara. -Y quienes están suficiente cerca de ella, aseguran que falta algo en el rastro que ella desprende de ti. -añadió.

-Pero eso a nadie le importa y menos a ti, mocosito. -Ronny le dio un puñetazo amistoso.

-Te aseguro que mi vida conyugal está siendo muy divertida. -aclaré.

No era mentira, pero entendía exactamente a qué se refería.

Jaiden se fue fastidiado por no haberme conseguido sacar de mis casillas y entonces noté el cambio en la mirada de Ronny, poniéndose serio.

-Sé que no la has marcado. -afirmó

Claro que no la había marcado, porque eso era mucho más que casarme con ella. Era unir nuestra esencia más pura de lobos; Conseguir ser uno en todos los aspectos; Sentir lo que el otro sentía hasta el punto de conllevar un dolor irreparable su pérdida.

Había visto a lobos perder la cabeza por eso.

- ¿Qué les molesta exactamente de que no se mezcle mucho con la manada? No hace nada inapropiado. -aseguré encogiéndome de hombros, poco dispuesto a hablar de "marcar".

-Es rara. -contestó. Salió solo de mi un gruñido y comprobé como mi reacción, la cual no había sido meditada, sorprendía a mi amigo. -Me refiero en cuanto a la vida social. -rectificó. -Le gusta más estar a la suya, con los proyectos de batalla y eso. -prosiguió.

- ¿Y preocuparse por la seguridad de la manada no es lo que se supone que debe hacer como mi esposa? -cuestioné enarcando una ceja.

-Estaría bien, de todas formas, que intentase estar más presente. No le haría mal a ninguno de los dos. -aseguró.

-Se lo comentaré. -dije con pocas ganas.

-No voy a meterme en cómo gestionas tu dormitorio. -empezó a decir ganándose de nuevo un gruñido bajo. -Pero si te has atado de por vida... Que sirva para algo. -añadió.

Oí un ruido entre los matorrales y decidí que era momento de terminar aquella conversación.

Mi madre estaba paseando tranquila por el territorio, siempre con cara de saberlo todo, sin entender lo difícil que era para mí tomar ciertas decisiones.

-Haré un baile para la graduación. -informó sin pedir realmente, como debía, permiso. -Así, como entre los graduados está tu mujer... Habrá oportunidad de que todos la vean en su cargo. Pero... -Se miró las uñas distraída. -Falta que me digas si va a combatir o no. -preguntó veladamente enarcando una ceja.

Aisha no entraba en sus planes como nuera, y ni siquiera porque fuese mala, sino porque ella siempre había tenido la esperanza de que la que fuese mi esposa, cuando un milagro consiguiese que me casase, se convirtiese en su nueva hija; Que le hiciese caso en todo; Que la acompañase en sociedad; Que se sentase con la cabeza gacha a su lado en los eventos sociales; Y que le diese pronto nietos a los que educar a su manera.

-En realidad, eso no es de tu incumbencia todavía. -aseguré.

Decidí irme a hacer mis quehaceres diarios, abandonando cualquier idea de mezclarme con personas que quisieran saber más de mi vida conyugal. Parecía que haberme casado, por las circunstancias, no era suficiente para todos los miembros de la manada.

A la hora de dormir, tardé más de lo habitual en ir a mi habitación y, eso, solo se debía a las malditas ganas que no tenía de hablar de lo que tenía que hablar con Aisha. Ella estaba inquieta, pasando páginas del libro que descansaba en su mesilla normalmente, y tan sólo me miró de reojo cuando entré.

- ¿Un día largo? -preguntó ante mi silencio.

Era como, si solo con mi presencia, fuera capaz de saber que no tenía humor para ponerme a

jugar a nada.

- ¿Qué has hecho hoy? -interrogué quitándome la camiseta antes de meterme al baño, sin cerrar del todo la puerta, para terminar de desnudarme.

-He ido a investigar por ahí. -respondió con un deje interrogativo en la voz.

-Pues tienes que interactuar con la manada. -afirmé antes de cerrar la puerta y meterme a la ducha.

Dejé que el agua corriera por todo mi cuerpo. Era relajante que ardiese cada rastro de tierra que había en mí. Pensé en lo mucho que había cambiado mi vida y en cómo, incluso tomando decisiones medianamente obligado, no cambiaba lo mucho que la manada decidía meterse en mi vida.

- ¿Qué has querido decir con eso? -interrogó Aisha entrando, sin ningún miramiento por mi desnudez, al baño.

Pareció caer en la cuenta de ese hecho enseguida porque se ruborizó hasta decir basta y se giró aunque no abandonó la estancia.

-Creo que es una petición simple. -dije tenso por estar compartiendo espacio desnudo.

¿Y si le arrancaba el pijama y hacía algo que dejase mi rastro en ella aunque no la marcara? No se me hacía nada raro la idea de compartir cama para jugar a juegos de adultos.

-Pues yo no veo a quién le tiene que importar lo que yo haga. No me dijiste nada de eso cuando me obligaste a casarme contigo. -refunfuñó.

Sabía que era cierto que la había obligado pero, por algún motivo, el recordatorio me molestó.

-Mi madre va a preparar un baile para la graduación. Tienes que ir guapa. -continué.

Fue como activar un demonio porque cogió lo primero que vio, un bote de champú, y me lo tiró. Tuve que cogerlo en el aire y no resbalar en la ducha. Se fue del baño dando un portazo.

Salí observando cómo se había metido bajo las cobijas poco dispuesta a seguir hablando conmigo.

-Apaga la maldita luz. -solicitó con pocas maneras.

-Me tienes que decir si quieres competir en el baile de graduación. -proseguí. No contestó más que con un bufido. -Y no me hables así. -No dijo nada. -Tampoco puedes tirarme cosas. Creía haberte dejado claro eso en nuestra noche de bodas.

-Tú nunca dejas claro nada. -rebatí consiguiendo que empezase a enfadarme. -Y claro que voy a competir, no soy una damisela en apuros. -añadió. -Además de eso... -dejó las palabras en el aire volviendo a ponerse roja, como si quisiera estrangularme por la rabia.

- ¿Además de eso? -pregunté en un intento absurdo de comprenderla.

-Nada. -Se incorporó un poco y golpeó con su mano cerrada mi pecho. -Eres un mal marido. -aseguró.

Bufé un poco.

-Tampoco es que tú seas la esposa estrella. Ni siquiera te acuestas conmigo. -recriminé aunque ni siquiera había querido decirlo así.

¿Qué me pasaba?

Era imposible dejar pasar la electricidad que envolvía el ambiente cuando ella se ponía así. Y encima estaban esas ganas incontrolables de tirarla en la cama para arrancarle la ropa para que tuviese razones para hablar de mí como amante.

-Pues vete a buscar otra. Y de paso que sea una que no tenga que ponerse guapa para ir al baile. - gritó antes de abandonar la habitación.

¿Qué acababa de ocurrir?

CAPÍTULO 7

AISHA

¡Si quería llevar a una mujer que fuese una muñeca a ese estúpido baile que se buscaba a otra!

Que me pusiese guapa... ¡Cómo si yo no lo fuese!

¿No lo era?

Golpeé la almohada de la habitación que me había sido asignada al principio de todo y maldije todas las noches que no había dormido allí porque, a consecuencia de eso, estaba fría de cojones.

¿Y por qué no le gustaba a Jayce?

Me mordí el labio, confusa. No era que me importase no gustarle pero... Había sentido una maldita conexión durante aquellos días en los que me había llegado a plantear sino era... Nuestro destino propio el que nos había llevado a ese enlace tan poco usual. Pero no, solo era una estúpida que había querido verle algo romántico a toda la desgracia que envolvía mi vida, y por lo visto, mi futuro.

Unos golpes suaves en la puerta llamaron mi atención lo suficiente como para dejar de lloriquear. Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano antes de andar de puntillas hasta la puerta y entreabrirla. Y todo porque si fuera Jayce... Habría tirado la puerta abajo de ser necesario. No era nada suave ni delicado precisamente.

Y aún así...

¡Mierda, si yo no era como todas por qué empezaba a pensar como ellas!

La visita nocturna resultó ser Lori, quien me miraba con cara de circunstancias.

- ¿Te ayudo en algo? -cuestioné intentando volver a esconderme en un rostro impenetrable.

Sorpresa que no funcionase ni por asomo.

- ¿Quieres hablar? -preguntó más confidente de lo que esperaba. -Bueno, soy de las pocas personas que están en esta mansión y... Casualmente estaba en este piso. -Sonrió un poco. -Oí el portazo, nada más. -recalcó aunque no sabía cuánto de eso era cierto.

-Él es... Irritante. -musité.

-Es el alfa. Está hecho para el poder y no siempre eso le permite tener sentimientos. Quizá no es tan delicado como te gustaría pero... Sé que por lo menos te está siendo fiel. -soltó.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

Había sido una pregunta que rondaba mi mente cada noche aunque fuese una vez. Yo no quería que se acostase con otras, y aunque me repetía que era porque no estaba dispuesta a aguantar eso en mi propio círculo social con el que tenía que convivir y socializar, había algo más.

Él despertaba un sentimiento de posesión que... No quería tener, pero ahí estaba.

- ¿Has venido para consolarme, no? -pregunté poco acostumbrada a tener... “amigas”.

-No se te ve muy sociable y... Yo tampoco lo soy. Y ni siquiera es por trabajar aquí. Me da pereza todo lo que representa muchas de las personas que convivimos en la manada. -explicó muy por encima. -He pensado que podría ayudarte a no sentirte sola y quizá podías necesitar algo. -añadió.

-Pues... Ya que lo dices... -Me quedé pensativa. - ¿Guardarás lo que te cuente? -interrogué cautelosa.

Si le decía mis cosas y resultaba traicionera, de esas que hablaba por ahí, podía dejar en mal lugar a mi marido e incluso a mi familia.

-Estoy dispuesta a hacerlo. -dijo extendiendo su brazo. -De hecho, me extraña con mi edad. - Que no debía ser más que cinco años por encima de la mía. -No haberlo hecho nunca. También que no tengas tal sello con tu hermana.

Los lobos teníamos ciertos pactos con la naturaleza. Uno de ellos nos permitía hacer pactos de lealtad hacia una persona. Todos llevábamos grabado el símbolo de la luna con la tierra y el lobo en medio que representaba al alfa. Eso nos hacía sellar pactos para no desobedecer y establecer la manada como prioridad.

Con gente de confianza se podía trazar el árbol de la amistad.

Sorprendentemente, necesitar hablar, me llevó después de tanto tiempo sola, a buscar una aliada. Así sellamos el trato.

-Sabes que fue por elección suya pero que él no me quería... Solo lo hizo por su imagen, por lo que hablaba la manada. -solté ya liberada.

-Lo sé. Todos lo saben. Pero hay quien le gusta más hablar que a otros... La manada no quería que se casara contigo. No eres sociable, ni intentas hacer amistades dentro. Quizá entiendo que políticamente no eres una gran pieza para posibles tratos con otras manadas y eso... -Empecé a poner mala cara. Tanta sinceridad casi que me dolía. -Pero puedes ser buena esposa del alfa. Eres inteligente y fuerte. Buena loba. -aseguró.

- ¿Algún plan? Porque todo el mundo espera que sea un fracaso por lo visto. -bufé.

-Primero tienes que acostarte con tu marido. -anunció.

Casi me da un infarto de verdad de la impresión que medio.

-Pero... - ¿Se le podía mentir a alguien de quien te habías fiado como para hacer un pacto? - ¿Cómo sabes eso? -pregunté.

-El rastro de él en ti es sumamente débil. Entiendo que compartís cama pero nada más. -respondió encogiéndose de hombros. -Todas las lobas que han ido a por él en algún momento, saben cómo es ese rastro, incluso sin sentimientos de por medio. Además... Está lo de la marca. -murmuró.

- ¿Marca? -pregunté dándome cuenta.

Era sumamente joven para haber pensado en ello. Pero algo discernía muy bien las parejas de los mates, y era esa marca que había entre lobos para marcarse por la eternidad.

-Estaba claro que a eso no llegaría Jayce con tal de poner contenta a la manada pero... Mínimo esperan que sea una unión fructífera para dar cachorros. De eso también tiene que estar preocupada Fiona, la madre del alfa. -explicó. -Así que te recomiendo que uses toda esa cabeza inteligente que Lewis dice que tienes para ponerte a los miembros de tu parte, también a tu marido. -señaló.

- ¿Solo con intención de que dejen de hablar mal de mí y de él? -pregunté frustrada de repente.

- ¿Sientes algo por Jayce? -preguntó volviendo a usar su tono confidente.

-Es confuso estar con él. -murmuré.

-Esto... Es un alfa que ha estado mucho tiempo solo... -Carraspeó. -Puedes ser su esposa ideal de cara a la manada, pero no te enamores Aisha. -recomendó. -No creo que sepa querer. -añadió.

Eso me sorprendió tanto que ladeé la cabeza. Parecía muy sincera.

- ¿Y qué hago? -pregunté indecisa.

-Te buscaré algo con lo que sorprender en la fiesta de graduación, pero tienes que ganar tu combate. También intenta acostarte con Jayce lo antes posible. -respondió como si hiciese una lista de la compra. Se dirigió a la puerta. -Ah, y gracias por confiar en mí Aisha. Sentí que podíamos tener una buena conexión de amistad desde el primer día que llegaste aquí. -Sonrió antes de desaparecer.

Medité mirando al techo de la habitación hasta que llegué a una conclusión que para cualquier mente lógica era absurda.

Me duché y fui envuelta en la toalla hasta la habitación de Jayce. Entré sin tocar para meterme directa entre las sábanas.

Noté el bote que metió Jayce para quedarse de pie junto a la cama, mirándome con los ojos muy abiertos, confuso.

- ¿Qué crees que estás haciendo? -preguntó con la voz ronca.

-Vamos, Jayce, lo has tenido que hacer muchas veces. Pues... Venga, terminemos con esto. -solicité tragando saliva.

Nada podía explicar mis nervios en ese momento. Temblaba mi cuerpo. Me sentía con la cara ardiendo y mis manos estrangulaban las sábanas una y otra vez a la espera de lo que tenía que pasar.

¿Qué tan malo podía ser? ¿Cuánto podía doler?

De todas formas, la esperanza de encontrar un alma gemela se había truncado en el momento de casarme.

Madre mía, que lo hiciese cuanto antes hubiera sido mi mejor deseo pero... Ahí se quedó, quieto sin decir nada, con su amplio pecho musculoso descubierto, y su respiración profunda.

-No va a pasar Aisha. -dijo muy serio.

¿Estaba enfadado?

¿Por tener que acostarse conmigo?

Me levanté sin ser consciente de mi completa desnudez para pegarle con ambos puños en el pecho. Me cogió de las muñecas con firmeza pero sin hacerme daño.

-No me pegues, Aisha. -ordenó.

Su boca inundó la mía sin previo aviso.

CAPÍTULO 8

AISHA

La vergüenza volvía a tornar mi cara colorada cada vez que pensaba en como Jayce había, literalmente, huido de su propia habitación en el momento en el que yo me había metido en su cama.

¿Tan imposible era la idea de acostarse conmigo?

Yo había sentido cierta electricidad entre nosotros los días previos e, incluso, en algunas frases había entendido que se le pasaba por la cabeza que fuese un matrimonio real en todos los aspectos... Pero me debía haber equivocado.

¡Pero en algún momento tendría que pasar!

No, no, y no.

Ya no iba a pasar nunca porque yo no iba a volver a pasar esa vergüenza jamás.

Me dejé caer una vez más en la esquina de la cama de Jayce, cuando entró Lori.

- ¿Por qué no podía ser en tu habitación? -interrogó con tono de reproche mirando hacia todas partes.

-Porque quiero comprobar cuánto tiempo es capaz de huir de mí. -señalé molesta.

-Deduzco que no fue bien la noche. -murmuró.

-No puede ir bien porque es un troglodita que no sé qué espera de este infierno de matrimonio. - bufé.

-Pues seguro que este vestido no suaviza las cosas. -dijo bajito.

Por supuesto que ese vestido no iba a suavizar absolutamente nada, porque era preciosamente provocativo y no lo quería llevar puesto.

-No lo haré. -anuncié indignada mirándome los pliegues verde oliva brillante resaltando el tono de mi piel.

-Ir al baile está claro que vas a ir, así que deja de moverte que te abroche bien por detrás. -Lori iba también arreglada, tanto, que me apunté mentalmente fijarme en si miraba a algún macho en concreto. -Lo que sí tienes que decidir, pero ya, es si piensas competir.

-Claro que tengo que hacerlo pero.... -Miré hacia ningún lugar en particular. - ¿Y si pierdo?

-No puedes perder. -La voz de Jayce se hizo potente y grave al entrar, sin llamar en su habitación. Le vi hacerle una inclinación de cabeza a Lori para que desapareciese y, aunque puso cara de culpabilidad, lo hizo. Jayce se acercó entonces a mí espalda para empezar a trabajar con los nudos del corsé. No estaba preparada para ese momento... Para su cercanía. -Estás muy guapa. -murmuró buscando mis ojos en el espejo.

- ¿Por qué no puedo perder? -pregunté sintiendo acelerado cada poro de mi piel.

-Porque eres mi mujer y debes ser un ejemplo. -respondió consiguiendo, sin motivo aparente, que me enfadase.

Me giré hacia él para enfrentarle.

-Evidentemente es mi intención ganar. Sé que soy buena. -dije de forma acusatoria. -Pero hay muchos factores.

Me agarró de la cintura para pegarme por completo a su cuerpo. Asomó la cabeza hacia la parte de mi espalda consiguiéndose que si respiración estuviese en mi oído.

Demasiado cerca.

Hacía mucho calor.

-No pierdas. -exigió en un murmullo.

Fui a rebatirle pero beso mi cuello dejando el roce de sus labios caliente sobre mi piel justo antes de irse.

¡Por el amor de la luna!

No me quedaba respiración cuando me decidí a abrir la puerta de la habitación, donde Lori esperaba muy atenta, para bajar al baile.

En el gran salón todo el mundo iba arreglado tanto que tuve que preguntarme si yo no iba a pasar totalmente desapercibida. No era lo que necesitaba pero sí lo que quería.

-Todo el mundo te mira. -murmuró Lori a mi lado. -Si quieres me aparto un poco. -señaló

- ¿Por qué? -interrogué curiosa de pronto.

-No soy súper popular. -remarcó algo incómoda.

No había caído en pensar en eso. Ella se dedicaba a una tarea más bien banal dentro de la manada y eso era porque su rendimiento académico militar, en algún momento, se habría visto truncado.

-He sido mala amiga, ni siquiera sé cosas de tu pasado. -dije agobiándome de pronto mientras me abanicaba.

-Eso no importa ahora, Aisha, levanta la cabeza. Jayce viene hacia aquí. -comunicó.

La mirada de mi marido me atravesó sin saber descifrar su estado de ánimo o qué esperaba.

-Vamos a bailar. -dijo a modo de orden.

Era el alfa y aunque nunca había abierto un baile, era lógico que lo hiciese si estábamos casados.

Era raro bailar con Jayce, básicamente, porque lo hacía de maravilla pese a que yo no lo había visto bailar nunca.

Un cosquilleo inesperado se instaló en mi estómago al mirarle a los ojos, que me atravesaban sin decir nada. Se pegó un poco más a mí y eso consiguió que mi piel se erizase.

-Mira la lista de combate cuando terminemos de bailar. -murmuró.

Aquella petición me puso algo nerviosa, pero anuló el encanto que me estaba envolviendo segundos antes.

La canción terminó. Nos separamos. Y solo entonces caí en todas las miradas de la gente hacia nosotros.

Algunos parecían contentos, otros, no tanto.

¿Por qué había miembros de la manada que no me veían como una buena opción?

Me aparte sigilosamente hasta la lista donde, no por casualidad, me esperaba Lori.

-Lucharás contra tu hermana. -dijo antes de poder mirar la hoja.

¿Contra Kora? ¿Por qué? ¿A quién se le había ocurrido semejante idea?

Mi pulso iba a toda velocidad sin entender cómo esperaban que me pusiera a ganar a mi hermana de esa forma por lo que, internamente, se desató para mí un problema moral.

En algún punto de aquel baile, hallé a mis padres en la distancia, sin querer acercarse para no estropear el momento graduación.

-No es una casualidad. -dijo Lewis a pocos centímetros de mí llamando tanto mi atención como la de Lori.

Lori pegó un pequeño y extraño bote por lo que tuve que preguntarme si Lewis le hacía sentir incómoda por algún motivo.

- ¿Qué no es casualidad? -pregunté en un tono confidencial, entendiendo que si él había utilizado ese tono, era por algo.

Lewis y yo nos llevábamos muy bien a pesar de no hablar mucho. Él alababa mi trabajo por lo que, de alguna forma, él mismo había sido partícipe en mi elección como mujer del alfa.

-Hay malas lenguas en todos los clanes. Hay quien opina que Kora hubiera sido una mejor elección. -respondió escuetamente.

¿Una mejor para casarse con Jayce? ¿Por qué? A ella no le preocupaba en absoluto el deber para con la manada. No sabía de estrategia y no estaba del todo convencida de que pudiera decidir anteponerse a las necesidades de alguien que no fuese ella misma.

¿Entonces?

¿Solo porque le sonreía a todo el mundo? ¿Tener facilidad para exhibirse y mantener conversaciones triviales?

La localicé entre la multitud, con un vestido rojo fuego que poco dejaba a la imaginación. Muchos ojos caían sobre ella.

Respiré hondo antes de acercarme, tras tocarle el hombro a Lori para que supiera que pensaba volver.

-Hermanita. -exclamó al verme. -Qué guapa. He llegado a pensar que vendrías directamente vestida con ropa de combate. -añadió.

Aquel retintín no lo esperaba.

¿Qué significaba?

Recordé entonces cómo su solución a “mi problema” había sido intentar quitarme a Jayce de marido.

¿Era posible que ella misma se viera como mejor opción para el alfa? ¿Y por qué?

-Lógicamente, siendo la mujer del alfa, yo tengo que ir con una presencia. Siento, por un día, estar incluso más vistosa que tú. -ataqué sonriente.

-Bueno, bueno... Las dos hermanas de la familia Dulleys juntas. -Victoria, esa odiosa loba que no se daba por enterada respecto a la situación de casado de Jayce, se acercó a las dos.

-Mira, no sabía que ciertas personas tuvieran que estar por aquí. -dije dejando las palabras en el aire. -A lo mejor habría sido buena idea ir a la taberna. Allí han ido muchos de los miembros que, por una cosa o por otra, no pintaban nada aquí.

-Me ha parecido emocionante ver vuestro combate. De hecho, creo que va a haber algunas modificaciones en el combate de graduación. -anunció sonriendo de una forma que consiguió que me pusiese en alerta.

La vi irse contoneándose tal y como había llegado.

- ¿Qué ha querido decir? -interrogó mi hermana también nerviosa.

-No lo sé. Nos vemos en el combate. -dije sabiendo que la ceremonia bonita estaba a punto de terminar para los graduados como yo.

Sinceramente, y aunque siempre le había restado importancia, no entendía por qué tenían que hacerse los combates en mitad de un baile en el que todo el mundo iba arreglado hasta decir basta. Era el ser lobos en estado puro, la fuerza en combate por encima de todo.

Me fui acercando, lo más rápido posible, hacia Jayce. Era como si una necesidad apremiante me empujase a buscarle para... ¿Qué me ayudase? Era un sentimiento nuevo, como de necesitar protección, como si algo terrible estuviera a punto de suceder.

Sus ojos profundos y su mandíbula apretada cayeron sobre mí por un instante, pero, cuando iba a alcanzarlo, un guerrero experimentado se puso delante de mí para indicarme que era hora de reunirse para todos los graduados.

Seguramente podía quitarle del medio, mi cargo era superior dentro de la manada... ¿Pero en qué lugar me dejaba eso? ¿En una niña consentida, que nunca había sido, que quería hablar con su marido por un mal presentimiento?

Nos alineamos con nuestro contrario, publicado en la lista, que en mi caso era mi hermana. Sentía cada latido de mi corazón pesado a más no poder.

Los combates se fueron sucediendo sin que les prestase mayor atención mientras intentaba ver un indicio sobre qué era lo que había cambiado: Aparentemente, nada.

Por fin, me tocó.

Tras las transformaciones, intenté ser delicada pero contundente en cada movimiento y, tal y como esperaba por dentro, gané sin demasiada dificultad a Kora.

¿Qué era lo que no me cuadraba entonces?

Jayce asintió en mi dirección pero permaneció tan serio que no fue tranquilizador.

Entonces, ocurrió algo inesperado.

Entraron al salón tranquilamente otros jóvenes, lobos y lobas de mi edad que no eran de nuestra manada.

Analicé sus andares, facciones, ropas y jefes.

Eran los graduados de las manadas vecinas.

¿Por qué?

Escuché atentamente a Victoria, quien se había ofrecido, cómo no, a explicar ese nuevo acontecimiento. A alguien, aunque no sabía a quién y pensaba investigarlo, se le había ocurrido juntar a los graduados en combates superiores. Los que habíamos ganados nos enfrentábamos con los ganadores de otras graduaciones.

¿Para qué?

Victoria sonrió en mi dirección y lo entendí.

Era más probable que perdiese cuantos más combates disputase.

“No puedes perder”, las palabras de Jayce resonaron en mi cabeza como puñales.

Él sabía que iba a pasar, tenía que saberlo, era el puñetero alfa.

Y no lo había compartido conmigo para que estuviese preparada.

Un fuego, consecuencia del sentimiento de traición que se anidaba en mi pecho, empezó a quemarme desde dentro.

Apreté tanto los dientes que pensaba que iba a conseguir partírmelos. Las uñas se clavaron en la palma de mi mano producto de la misma rabia.

Encontré la mirada de empatía de Lori pero, por mucho que le busqué no conseguí cruzarme con los ojos de Jayce.

Estúpidamente, esa rabia me llevó a ganar todos los que disputé.

En cuanto terminé, entre la aprobación de los miembros de la manada, quienes parecían algo más contentos sobre que yo fuese la mujer del alfa, desaparecí llegando hasta la puerta principal.

¿Se creían que mi vida era un maldito juego?

¡No lo era! ¡Claro que no!

-Aisha. -La voz dura y penetrante de Jayce a mi espalda solo consiguió que redoblase mis pasos. Fue inútil, pues él era inevitablemente más rápido que yo.

- ¿Qué quieres? -pregunté enfurecida por las circunstancias.

-No es algo que yo pudiera evitar. -dijo como si supiese exactamente por qué estaba molesta.

- ¿No podías avisarme? Jayce, compartimos cama. -Solté una exhalación de frustración al aire. - Se supone que vamos a compartir toda nuestra eternidad.

-Aún así. A mí me gustan las cosas justas. Decírtelo no lo era. -respondió tenso.

-He ahí una prueba más de lo que somos. -espeté. Enarcó una ceja, confundido. -Bueno, de lo que no somos. No somos mate, y a ti, más allá de tu responsabilidad social conmigo, te importo una mierda. -recalqué.

Me giré para irme. Aceleré el paso. Lloré.

Y él no vino a por mí.

CAPÍTULO 9

JAYCE

Era completamente de día cuando me cansé de dar vueltas por el territorio solo.

-Parece que alguien no ha dormido mucho. -Roth se acercó prudencialmente a mí. - ¿Todo bien? Aisha ganó. -dijo con cautela.

-Todo bien con eso. ¿Terminó de forma correcta la graduación y el baile? -interrogué queriendo evitar el tema de Aisha.

Aunque no podía dejar de pensar en ello.

-Sin incidentes. -respondió.

Notaba a mi compañero incómodo.

-Ella viene ahora a quejarse de no ser mates. ¡Claro que no lo somos! ¿Qué esperaba? -solté enfadado. -Pero eso no significa que no me importe. Es mi deber protegerla y que se sienta bien. -añadí ante su atenta mirada. - ¿Qué quiere de mí? Explícamelo Roth. -ordené.

-A lo mejor si por lo menos fueseis un matrimonio al uso... -murmuró.

Lo dejé allí hablando solo porque todo lo que decía conseguía alterarme de nuevo. Subí a mi habitación convencido de encontrarla vacía pero, en cuanto encaminé el pasillo indicado, su fragancia se hizo muy clara.

Me paré en seco. Dudé.

¿Por qué esa noche sí había escogido dormir en mi habitación?

Todo lo que hacía rompía las barreras de lo que era lógico en mi cabeza.

Me acerqué para abrir despacio, sin saber lo que encontrarme, para hallarla profundamente dormida. Tenía el rostro relajado y su pelo caía como una gran cascada por la almohada. Recorrí de manera involuntaria todo su cuerpo con mis ojos. Algo se despertó en mí como había pasado en otras ocasiones.

¿Por qué no estábamos nunca juntos por completo? ¿Qué era lo que lo impedía?

Me metí en la cama sintiéndome cansado. Ella, reaccionó a mi presencia acercándose, aún dormida, hasta apoyarse en mi pecho.

-Quería decírtelo, pero era mi deber como alfa. -susurré sabiendo que no me oía.

Besé su frente y me quedé dormido sumido en la calma.

Abrí los ojos sintiéndome muy descansado. Supe en cuanto lo hice que debía haber dormido más de la cuenta y me incorporé regañando a mi vaguedad. Miré hacia ambos lados buscando a Aisha en la habitación pero no la encontré.

¿Por qué no había dicho nada al despertar? ¿Qué pensaría al verme con ella?

Para volver a sorprenderme, porque esta debía ser su habilidad vital principal, entró con una bandeja llena de comida.

Al verme despierto, se quedó parada estudiándome en la distancia, como si sopesase qué podía decirle.

Dejó la bandeja justo al lado mía y se sentó en una esquina callada.

- ¿Vas a comer? -preguntó entonces enfadándose de la nada mientras se cruzaba de brazos. -Me he molestado en cocinártelo.

-Pues gracias. -dije dubitativo. Probé un bocado de la tortilla y, sinceramente, la olfateé muy bien para asegurarme de que no estuviese envenenada. -Creía que estabas enfadada conmigo.

-Ya, pero se me ha pasado. Además, sería un poco violento que hoy precisamente estuviésemos peleados. -aseguró.

- ¿Por qué? ¿Qué pasa hoy? -inquirí hasta con cierto miedo.

-Hoy vamos a acostarnos. -declaró.

Casi me atraganto y tuve que pegarme un par de golpes en el pecho para pasar la tortilla.

No dije nada porque no tenía ni idea de qué decir al respecto. ¿Cómo había decidido eso? ¿Y por qué sonaba a tarea que pretendía quitarse del medio?

- ¿Por qué? -interrogué.

- ¿Por qué no? -replicó mostrándose más enfadada a cada segundo.

-No suelo planear eso así. -señalé intentando que entendiese.

-Ya sé que sueles divertirte a tu manera. Y no me importa. -dijo aturullándose. -Pero esto es una situación entre nosotros que hay que solucionar de inmediato. No me gusta cómo habla la gente. -prosiguió. Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación hasta que se acercó a mí para pararse demasiado cerca.

Su exquisito olor me envolvió dejándome por un momento paralizado. - ¿Prefieres que sea ahora o esta noche? ¿Con una vez vale para cuánto tiempo? -interrogó en una verborrea incómoda.

Para subir grados a la locura del momento, se quitó la camiseta.

Un gruñido natural, emitido por mi forma más animal, salió involuntariamente de mí. Ella abrió un poco los ojos.

Me levanté y me acerqué a su cuerpo. Cogí con mis manos su cintura para pegarla aún más. Aspiré su fragancia evitando cualquier espacio que pudiera existir.

- ¿Sabes cómo funciona, Aisha? No lo entiendes... -Mi mente pensaba a más velocidad. Me sentía totalmente embriagado por ella. Era una fuerza muy superior a lo que podía controlar. - Una vez que lo hagamos, no querrás volver a parar. Me aseguraré de ello. -murmuré a modo de promesa.

¿Qué era esa fuerza que se apoderaba de mí para unirnos?

Soltó un jadeo, más dulce que cualquier otra melodía que hubiese escuchado.

-Quizá esta noche. -respondió entonces intentando alejarse.

Pero ya era muy tarde. Mi lobo quería lo que ella había ofrecido, y lo quería de una forma fiera que lo envolvía absolutamente todo.

-Será ahora. -aseguré.

Besé su cuello delicadamente. Rocé con mis nudillos con suavidad su barbilla y deslicé mis dedos por la silueta de su cuerpo. Aisha se estremeció ante mi contacto por lo que me volví aún más loco. Se dejó hacer totalmente y me sentí repentinamente responsable de todo lo que pasase.

Y lo era.

Lo supe en ese momento: Ese momento era diferente a todos los demás.

Me levanté dejándola profundamente dormida. La miré, casi como si fuese desde otros ojos, sintiéndome satisfecho y jodidamente asustado.

¿Cómo era posible que Aisha fuese...?

La había escogido a las prisas por motivos concretos y lógicos.

Salí ataviado solo con un pantalón de chándal gris holgado. Muchas de las personas con las que me crucé, por no decir todas, se quedaron cotilleando a mi paso.

-Así que ha pasado... -dijo Roth saliendo, como siempre, de la nada.

- ¿Por qué siempre haces eso? ¿Salir de la nada? ¿Comentarlo todo? -pregunté irritado.

-Veo que no estás de muy buen humor. -respondió sin ofenderse para nada. -Es mi deber como tu segundo saberlo todo. Y aunque te parezca mentira, la gente nota cuando desaparece un día el alfa. -Su burla era evidente.

-Somos un matrimonio. No entiendo qué tiene de raro que nos acostemos. -recordé en alto a la defensiva.

-No es eso lo que me sorprende. Ese cotilleo pasará rápido. Es lo otro lo que no esperaba. -Un silencio incómodo. -Pero, de verdad, me alegro por ti. -soltó de la nada.

Noté todo mi cuerpo ponerse a la defensiva. Era el mismo sentimiento que se había instalado en mí al pasar todo, al darme cuenta.

-No sé a qué te refieres. -dije tenso.

-No tiene nada de malo. -aseguró suavizando en parte su voz.

-No tiene nada de malo porque no es lo que estás pensando. -rectifiqué haciéndole una advertencia.

-La suerte que tienes de haber encontrado a tu mate es... De hecho, quizá eso te llevó a elegirla. -explicó.

-Ella no es mi mate. -aseguré contundente.

Lo dije claro, alto y sin ningún tipo de fisura. En mi lenguaje corporal se notaba que estaba dispuesto a someter a cualquiera que se atreviera a contrariarme en aquel momento.

-Tener un mate no es ser débil, Jayce. -dijo bajito, confidente, prudente.

-Jamás la marcaré porque ella no es lo que tú piensas. Puede ser una buena soldado y podemos llegar a ser un matrimonio que no se mate todos los días. Pero si ha pasado algo, es porque ella me lo ha pedido y no le iba a decir que no. Es mi mujer y no puede acostarse con nadie, yo tendré que hacerlo entonces. Olvídate de cualquier idea romántica o lobuna porque no es así. - corté contundente.

La olí antes de verla.

Aisha estaba a mi espalda.

Me giré encontrando su gesto serio. No salió corriendo ni mucho menos, solo levantó la barbilla para mirarme orgullosa. Eso sí, en sus ojos no vi rastro del brillo con el que se había dormido en mi pecho después de haberse entregado a mí.

No estaba dolida.

Aisha me odiaba.

CAPÍTULO 10

AISHA

Había sentido una conexión única y especial al entregarme a Jayce. Tanto que me había levantado con la seguridad de haber estado inquieta por nada en cuanto a mi destino. Seguramente la luna sabía que él era mi mate y su forma de juntarnos no había sido nada que no pudiera quedar en una anécdota en el futuro.

Pero había salido todo mal. Como siempre. Jayce no me quería, no pensaba marcarme, y yo había caído en amarle sin medida por bajar la guardia.

Él no salió detrás mía cuando decidí irme, con la cabeza bien alta, casi como si no me hubiera dolido oír esas palabras tan duras, las que había soltado sin piedad sobre mí hacia Roth.

No pude, aunque lo intenté, disimular del todo la vergüenza que sentía y que estaba amenazando con dejar la punta de mis orejas rojas.

Los miembros que me crucé de la manada en mi camino, sin embargo, parecían mucho más contentos con mi presencia que la última vez. Había conseguido acostarme con mi marido y ganar mis combates de graduación; No querían nada más porque eran demasiado simples.

Sin saber que iba hacia allí, acabé en la casa Dulleys familiar con la esperanza de encontrar algo de consuelo.

Mi madre puso el té a hacer en cuanto me vio y me acercó un trozo de bizcocho.

-Los matrimonios pueden ser algo complicado en ocasiones. Y dado que Jayce es el alfa... -dejó las palabras en el aire, posiblemente al ver mi cara de rechazo.

-A lo mejor es que está demasiado acostumbrado a que todo el mundo justifique su actitud solo porque es el maldito alfa. No es el dueño y señor del universo. -reclamé frustrada.

El té de hierbas del bosque podía ser tranquilizador, pero no hacía milagros.

-Del universo puede que no, pero sí de esta manada. -recordó con cariño mi madre.

-Pues no es mi dueño. -dije enfadada.

-Claro cariño. -respondió más condescendiente de lo que esperaba.

- ¿Ya te da problemas la vida de mujer del alfa? -preguntó mi hermana de forma repelente.

-Sé que tu envidia hacia mí no te permite ver lo buenas hermanas que hemos sido siempre, pero sal de mi vista Kora. -amenacé.

-A lo mejor puedes simplemente dejar de aparentar que estás destinada a eso. -respondió con más seriedad de la que esperaba. -El alfa puede elegir más de una esposa, y más si no tiene mate. No creo que esté mal visto siquiera. -argumentó.

-A lo mejor te estás juntando con quien no debes últimamente. -Lori me había comentado que la había visto con Victoria en más de una ocasión.

Me echó una mirada de odio que tuve a bien ignorar devolviéndole una sonrisa.

Unos golpes en la puerta nos alarmaron a las tres. Mi padre apareció también enseguida para abrir la puerta.

Lewis no tenía precisamente buena cara y algunas gotas de sudor hacían brillar su frente.

-Necesitamos tu ayuda Aisha. -Entró con el permiso concedido de mi padre de inmediato. -Creo que tenemos una grieta de seguridad. -soltó sorprendiéndome.

Desde que Jayce era alfa, había menos ataques y con mis útiles investigaciones, eran aún menos comunes.

- ¿Qué es lo que ha pasado? -interrogué.

-Bueno, no estoy seguro. Jaiden vio a un vampiro en el límite del territorio hará un par de horas. No sabe identificar si era solitario o es perteneciente a una horda. -explicó.

-Vamos al lugar. -sugerí.

Conforme nos acercamos al sitio del accidente, me encontré admirando los ojos de Jayce, escrutándome desde demasiado cerca.

-No entiendo que no puedas decirme nada más. -Roth parecía disgustado, aunque él nunca lo estaba, por lo menos las veces que yo había tenido ocasión de verlo.

-Es que... Quizá son los nervios. -sugirió Jaiden encogiéndose de hombros.

Me acerqué a Jayce aunque no tenía demasiadas ganas de verle la cara. Él no se dirigió a mí sino que siguió inmerso en seguir las conversaciones que se estaban teniendo en el grupo acerca de lo ocurrido.

-Jaiden no es culpable de nada. -aseguró a la defensiva Jack.

-Yo no he dicho que lo sea. -rectificó Roth. -Pero hay cosas que se está callando. -añadió.

Me fijé en el terreno para hallar una melena familiar entre unos matorrales. Lori.

Así que Jaiden y Lori...

-Digamos que lo que Jaiden estuviese haciendo o no, no es relevante. Por lo que sea, no puede proporcionarnos más información. Lo mejor es que se vaya. -apunté ante la atenta mirada de todos. Quizá algunos no sabían qué pintaba yo en aquello. Me daba igual. La seguridad era cosa mía. -Es más, todo el que no sea imprescindible, fuera del terreno. -ordené.

-Tú no eres nadie para dar órdenes aquí. -saltó Victoria provocando verdadera tensión en el ambiente.

Mi loba interior quería rebozarla por el suelo.

-Ella está muy por encima de ti en la pirámide jerárquica, harías bien en recordarlo. -aseguró Jayce provocando una sorpresa general disimulada.

Victoria se retiró aunque no llegó a irse.

Empecé a rastrear el ambiente; Buscar huellas; Arrastrarme por ahí y por allá... Pero algo no me cuadraba en aquel panorama.

-Puede haber sido una locura puntual. El ansia de algún vampiro por entrar a territorio lobuno y matar a uno de los nuestros. -sugirió Roth acercándose.

-Sí, es posible. -murmuré aunque no lo creía de verdad.

-Que redoblen la seguridad. -ordenó Jayce consiguiendo que todos se dispersaran.

Él, por supuesto, se quedó detrás de mí en completo silencio.

Decidí seguir con mis cavilaciones.

-No piensas irte. -afirmé respirando hondo.

-Si no es algo puntual, podrían volver. -respondió tranquilo.

-Como si te importara. -dije poniendo los ojos en blanco.

-Me importas. -murmuró.

-Ah sí, claro, lo de tu imagen... -susurré agachándome a mirar una huella.

-No tiene nada que ver con la imagen. -aseguró sin conseguir que eso me detuviese. Me cogió entonces la mano girándome hacia él. -Yo no puedo sentir lo que siento. -afirmó.

- ¿Y qué se supone que sientes? -interrogué con un nudo en la garganta que no me dejaba reaccionar del todo.

El aleteo se instaló en mi estómago con algo que no debía sentir. No cuando le había oído decir esas cosas; no cuando sentía que todo podía desmoronarse si él decidía seguir buscando a su alma gemela lejos de mí.

-Tengo una responsabilidad como alfa. No puedo poner a cientos de miembros en riesgo por mis sentimientos. No está bien. -aseguró apretando mucho la mandíbula.

- ¿Insinúas que estás enamorado pero que emparejarse está mal? -pregunté sin creerme que pudiera decir algo así.

¿Pretendía que me creyese que no quería marcarme en base a unos principios morales del bien común?

-Sé que lo está. Si nos llegase a pasar algo a alguno de los dos, el otro podría seguir. -Respiró hondo pesadamente.

-Dirás que tú podrías seguir. Yo no sería la alfa. -recalqué señalando con el dedo a su pecho acusatoriamente. -Estás tan jodidamente enganchado al poder que renuncias a todo lo demás.

-Nada es más importante que la seguridad de la manada. -señaló de nuevo.

-Entonces da igual lo que creas sentir. No es real. No soy yo. -afirmé con una lágrima recorriendo mi mejilla.

Si podía pensar así...

Él sería mi mate, pero yo no era la suya.

No era algo lógico ese amor de lobos que nos llevaba a emparejarnos así que... Si él podía pensar en un bien superior... La luna se debía estar riendo de mi destino.

CAPÍTULO 11

JAYCE

Todo iba mal y no tenía, por primera vez desde hacía muchísimos años, idea de qué hacer.

El territorio estaba posiblemente con alguna grieta de seguridad; La manada estaba estúpidamente contenta con mi matrimonio; Tenía a Victoria cabreada con mi defensa de mi mujer, aunque era más que lógico; Y aunque había descubierto que Aisha era mi mate, no podía dar el paso de marcarla.

Se puso a llover a mares para hacer el día aún más oscuro mientras deambulaba buscando a Roth, quien parecía haberse evaporado.

Tras un buen rato, lo divisé subido a un árbol observando algo. Subí hasta ahí para hallarlo mirando a Victoria, que estaba con Kora, la hermana de Aisha. Discutían sobre algo.

- ¿Qué pasa? -interrogué.

-Yo me encargo. -respondió respirando hondo.

-Roth. -Le detuve. - ¿Crees que hago mal? -pregunté haciéndole partícipe de mi vida privada aunque no era algo común en mí.

-Lo que le pasó a tu padre, le ha pasado a otros alfas. Pero el clan tenía a personas malas entre sus filas. - respondió antes de irse.

Mi padre había sido un alfa ejemplar, y un padre de familiar inigualable. Sin embargo, un mate está condenado a sentir lo que su pareja sienta y... Cuando un vampiro atacó a mi madre, el dolor de mi padre fue igual llevándolo a la muerte.

El clan se sumió en el más absoluto caos, con muchos hombres lobo luchando para ser alfa; Destrozando familias que quedaron faltas de padre. Todo fue sufrimiento.

Cerré los ojos ante el recuerdo de esa época oscura, cuando yo aún era niño, donde vi cambiar constantemente el clan de alfa y de reglas. Las familias con inseguridad; El terror de la incertidumbre;

Como se aprovecharon los vampiros de esa desorganización...

Me fui dejando que Roth se encargase de lo que fuese que estuviese pasando con Kora y Victoria porque yo tenía que conseguir, porque era una necesidad vital para mí, que Aisha no me odiase y que estuviese dispuesta a amarme sin límite pese a su gran decepción.

La hallé, tras mucho buscarla porque sabía camuflar muy bien su rastro, sumergida en un lago rodeado de rocas, muy lejos del centro de la manada. Estaba semidesnuda apoyada en una roca. Mi cuerpo reaccionó instintivamente al verla pero, un segundo más tarde, me encontraba cabreado.

- ¿Y si alguien te ve? -inquirí con mi lobo queriendo destroz a todo el que pudiera ver el

cuerpo de Aisha.

-A nadie le importa que yo esté aquí y deberías estar buscando alguien con quien pelear. Yo no tengo ganas. -respondió encogiéndose de hombros.

Ese gesto me molestó pero sacó parte de su busto a la superficie volviendo a encender mi parte más animal. Me quité la camiseta y me metí al agua para acercarme a ella lo más rápido que pude. Mis manos fueron a volar a sus caderas porque la necesitaba más cerca de mí.

-Mírame. -ordené suave, colocando dos dedos debajo de su barbilla. -Sé mía. -murmuré con necesidad.

La piel me gritaba que no aguantaba lejos de ella. Mi lobo la reclamaba todo el tiempo pero, con la luna en alto, era casi extenuante.

-Jayce... -Bajó la cabeza en lugar de alzarla. -No estoy dispuesta. -sentenció.

Se intentó zafar de mí en cierta medida pero la mantuve cerca de mi cuerpo, el cual era su lugar.

- ¿A qué? -pregunté tragando saliva porque nada bueno podía salir tras esa frase.

-A que tengamos nada bajo tus condiciones. -aseguró mirándome tras esos grandes ojos verdes.

-Tú eres mi mujer. -Ese recordatorio no pareció hacerle cambiar de opinión. -Y lo tenemos todo. -añadí volviendo a alzarle el rostro.

-Lo que tú digas... -dejó las palabras en el aire. -Tu hermano tiene novia, por cierto. -continuó consiguiendo sorprenderme de nuevo. -No lo digo para que te metas donde no te llaman, pero sé que por eso pudo ver lo que pasó con el vampiro. -añadió.

- ¿Quieres hablarme de algo que me preocupe por algo en especial? -No contestó. - ¿Quizá para no seguir teniendo esa conversación? -cuestioné.

-Siento que está pasando algo que se nos escapa. -respondió bien diligente, como siempre era. -Creo que investigaré con Lewis más al respecto. -añadió.

Le di un pequeño empujón hacia mí. Toqué su bajo vientre volviendo a encenderme por completo. Ella rodeó con sus manos mi cuello.

Al final, que se entregase a mí, dado lo que éramos, era lo que su loba le pedía a gritos. Sabía que con la cabeza fría odiaría a cada instante mi decisión, pero su piel necesitaba que yo la cubriese. El solo pensamiento sobre que llegase un día en el que no quisiera, de verdad, tener nada conmigo, me hizo reclamarla más pasional que nunca.

Aisha lo era todo: Pasado, presente y futuro.

Por primera vez en mucho tiempo, tras alcanzar el clímax dentro de ella, tuve que preguntarme si no era yo el que estaba equivocado. Tuve ganas de susurrar palabras que nos encadenasen como mate y... El miedo volvió a hacer presencia después de tanto tiempo en mí.

Me aparté de ella y me alejé del lago.

Roth me vio pasar. Negué con la cabeza para que no me preguntase y, tras encogerse de hombros, le hice un gesto para que vigilase, sin mirar demasiado, el lago. Solo me faltaba que alguien viese a Aisha, además de desnuda, vulnerable.

¿Y por qué estaba vulnerable?

Porque yo era incapaz de ofrecerle lo que ella me pedía. Ese tipo de encadenamiento solo traía caos. Yo se lo debía a la manada, a la paz de todos sus miembros que habían confiado en mí suficiente para no desafiarme durante tanto tiempo.

-No creo que estés siendo demasiado inteligente. -comentó Jack, mi hermano, aunque solía ser callado y observador. -Es verdad que te hace vulnerable, pero nos hace más lobos y más humanos al mismo tiempo. -argumentó.

- ¿Te has puesto filosófico por algo en particular? -pregunté sin saber bien por qué todo el mundo decidía que era una buena idea meterse en mi vida aunque yo no había hecho ningún movimiento que indicase que era lo que quería.

-Porque estoy pensando en irme de la manada, y me gustaría estar seguro de que todos los que os quedáis sois felices. -respondió dejándome fuera de juego.

-No puedes irte. A mamá le daría algo y tampoco entiendo dónde pretendes ir, aquí estás bien. Es tu sitio. -asegué cabreado convencido de que la gente se había propuesto hacerme la vida imposible.

-En ocasiones hay que abandonar el que crees que es tu sitio para hallar el que de verdad lo es. -afirmó más pensativo de lo que le había visto alguna vez. -Siempre estaré a tiempo de volver. -añadió para destensar el ambiente.

Era mi hermano, no quería que se fuese lejos, pero admiraba la capacidad que estaba demostrando para seguir su intuición aun separándose de la comodidad de la que disfrutaba como mi familia, como familia del alfa.

Hice todas las tareas que quedaban rutinarias antes de perderme en alguna parte de mi enorme biblioteca mientras, cada segundo y medio aproximadamente, miraba por la ventana para asegurarme de saber cuándo Aisha regresaba de su peculiar inmersión en el agua.

Sentí su presencia aun cuando no estaba seguro de haberme quedado dormido. La vi caminar hacia mí, despacio, con un aspecto serio y distante. Me levanté para tocarla y se apartó. El miedo se hizo real entonces consiguiendo que la bilis subiese hasta mi garganta. Sentí una sacudida en el pecho.

-Jayce... -murmuró Aisha en mi oído.

Me desperté dándome cuenta de que había sido un sueño. Bueno, una pesadilla. Una que sabía que, de cumplirse, acabaría con mi propia vida.

- ¿Estás bien? -pregunté desconcertado, girando la cabeza en todas las direcciones. - ¿Es de día? -cuestioné extrañado al ver el sol entrar por la ventana.

Aisha colocó una de sus manos en mi frente.

-Tienes fiebre y eso es... Muy raro. -susurró. Posó sus labios repentinamente en mi piel para corroborarlo y asintió dejándome saber que así era. -Tú no deberías ponerte malo. -asegué separándose solo para comenzar a dar vueltas sin ton por la habitación. -Ayer cuando entré y no te despertaste yo... Bueno, pensé que fingías. -admitió encogiéndose de hombros.

-Estoy malo... -dije en tono bajo. No me encontraba mal, y había pasado fiebre en otras

ocasiones puesto que era la forma en la que mi lobo quemaba cualquier enfermedad que pudiese entrar en mi cuerpo, pero que no me diese cuenta de que Aisha había entrado.

-Estoy casi segura de que te han envenado Jayce. -aseguró mi mujer, quien no me quitaba ojo.

-Creía que estabas enfadada, no preocupada. -afirmé.

La prefería gritando que mirándome con esa cara de terror.

-Mira, Jayce, una cosa es que tenga ganas de matarte constantemente, y otra muy distinta que vaya a dejar que alguien lo haga. -sentenció antes de desaparecer.

Negué lentamente con la cabeza. Lo último que necesitaba era tener un traidor entre mis filas y uno suficientemente cercano como para envenenarme.

CAPÍTULO 12

AISHA

Alguien había intentado matar a Jayce y eso revolvía a mi loba interior de tal forma que quería ir por todo el territorio arrancando cabezas.

¿Quién?

El por qué me parecía bastante evidente: Alguien quería ser alfa. Solo por algo así un lobo intentaría matar a otro de una forma tan ruin.

Hallé a Lewis perdido entre sus libros y mapas, como siempre. En cuanto entré, paró lo que estaba haciendo para mirarme.

- ¿Investigarás hoy una zona en particular? -cuestionó intrigado. Negué con la cabeza. - ¿Entonces? ¿En qué puedo ayudarte? -inquirí.

-Necesito saber qué venenos tenemos al alcance nosotros, los miembros. -interrogué procurando que la sangre no hirviese en mis venas.

-Si tienes algún problema con alguien, incluso si es una loba, Jayce puede arreglarlo. -afirmó agrandando los ojos, como si no me reconociese.

Yo nunca haría algo así.

-Vamos Lewis. -bufé.

-Pues... El ejemplar más amplio que tenemos de venenos en tierra es... -Se movió por su cuarto científico. -Este tomo. -continuó.

Lo abrí sabiendo que él había realizado múltiples anotaciones que mejorarían mi búsqueda.

- ¿Y para qué es? -preguntó.

-Alguien ha intentado envenenar a Jayce, y pienso descubrir quién. -expliqué molesta con tener que retrasar mi investigación.

-Eso es una acusación muy grave. -murmuró deteniéndose.

Lo cierto era que solo había una salida para el actor de ese delito: La muerte. Me encogí de hombros incapaz de sentir ninguna culpabilidad al respecto de mis pensamientos. Era algo animal, instintivo.

- ¿Tienes alguna idea de quién ha estado haciendo cosas sospechosas en los últimos días? ¿Algo que se me haya podido escapar dada mi... reciente vida sentimental? -inquirí confiando en mi maestro.

-Sé que estás poniendo más corazón de lo que deberías en la investigación. -regañó de pronto consiguiendo que me cruzase de brazos inmediatamente como si con eso pudiese negar todo lo que dijese a modo de barrera. -En algo así, no puedes fiarte de nadie, ni siquiera de mí. -explicó. -Piensa que yo fuese, por un segundo el asesino. -Gruñí instintivamente aún sabiendo que no era así. -Habrías descubierto cómo vas a investigar; que te has dado cuenta; y la vulnerabilidad del

alfa al veneno utilizado. -enumeró.

Sí, no había sido muy precavida, aunque solía serlo.

-Y ahora que me ha quedado claro que podría haber fastidiado mi investigación antes de empezarla... ¿Me acotas los venenos que podrían tumbar a un alfa y que sean actuales? No digo que el asesino no sea alguien mayor. -Me quedé reflexionando mientras lo decía. -Pero nadie ha hecho viajes largos que yo sepa y... Se tiene que poder conseguir desde aquí. -afirmé.

-Lori es curandera. -dijo entonces serio.

¿Lori? No me gustaba nada esa idea porque sabía que no podía ser.

-No.

-Y está rara. -continuó.

-Está actuando raro por un tema sentimental. -acoté sabiendo que tenía que deberse a su romance escondido con Jaiden.

-No te reconozco Aisha... -De nuevo ese tono de maestro tan severo. -Tú siempre eres brillante en tus trabajos... No puedes descartar a todo el que te caiga bien. Esto no es una broma. -acusó.

Aquella regañina me cayó como un jarro de agua fría. Tenía razón. Mi emocionalidad se estaba poniendo, por primera vez en mi vida, en el medio de mi raciocinio. No, necesitaba tener la cabeza fría si quería llegar al fondo del asunto.

-Empezaré por donde hay que empezar. -aseguré.

Genial, lo primero que me tocaba era poner en tela de juicio a Lori, que era la única amiga que tenía.

Deambulé hasta dar con Lori, quien salía sola de detrás de una arboleda recolocándose la ropa, como si escondiese algo en ella.

- ¿Qué llevas ahí? -pregunté sin cortarme.

Si éramos amigas, tampoco era como si tuviese que esconderme las cosas. De hecho, yo sabía lo de Jaiden, y eso debería facilitar las cosas en cuanto a investigación.

-Un regalo. -respondió enarcando una ceja.

Y la veía tan incapaz... ¿Y si cambiaba la estrategia para no ser simplemente una cabrona desconfiada? La vida de Jayce estaba en juego.

-Necesito saber algo sobre plantas. -murmuré. - ¿Qué hay a nuestro alcance para envenenar a alguien? -inquirí.

Lori abrió tan desmesuradamente los ojos que tuve que preguntarme por qué las pocas personas que me conocían también pensaba que estaba suficiente loca para matar a alguien de esa forma tan ruin.

-El envenenamiento no es mi mejor campo medicinal por razones obvias pero... Puedo averiguarlo. -respondió tan leal como me esperaba.

- ¿Lo harías por alguien que quisieras mucho? -interrogué intentando hallar una convicción que

me ayudase.

-Podría llegar a hacerlo si fuese cuestión de vida o muerte supongo. -meditó. - ¿Qué pasa? -
inquirió ya algo inquieta.

- ¿Has quedado con Jaiden? -cuestioné. Solo alcanzó a asentir. -Pues le esperaremos las dos. -
afirmé.

Ella se quedó en silencio. No era como si la idea de que mi mejor amiga y confidente hubiese intentado matar a mi mate por algún tema amoroso jerárquico con el hermano de Jayce me hiciera especial ilusión, pero yo no era ninguna estúpida y... Jayce lo era todo para mí, se quisiera vincular conmigo o no.

- ¿Por qué aún no te ha marcado? -preguntó encogiéndose de hombros una vez que dio por sentado que alguna explicación tendría lo de estar las dos allí plantadas.

-No veo que Jaiden tenga intenciones de boda... -ataqué. Ella se sintió algo dolida, lo vi. Me arrepentí y le puse una mano en el hombro. Todo el tema de las marcas era jodidamente difícil.

-Ni las va a tener. Hoy hemos quedado aquí para dar por zanjada nuestra relación. -explicó llamando de nuevo mi atención.

- ¿Por qué? ¿Solo porque no eres lo que esperan para el hermano del alfa? -cuestioné irritado.

Ladeó la cabeza.

-Aisha. -murmuró sorprendido y visiblemente incómodo Jaiden al llegar.

- ¿Viste a tu hermano ayer a alguna hora del día? ¿Dónde y qué hacía? ¿Comía o bebía algo? -
cuestioné intentando volver al tema principal.

-Pues lo vi un rato, mientras que nos daba una charla a mí y a Jack sobre nuestras responsabilidades. Bebía como siempre. -contestó molesto con mi repentino interrogatorio.

- ¿Y había gente con él que no fuerais vosotros? ¿Cerca quizá? -inquirí.

-Nadie que no fuese de la familia. -respondió ya fijando sus ojos en Lori. - ¿Qué ocurre?

-Nada. -fingí, muy mal, antes de irme sin dar más explicaciones.

¿Qué hacía buscando culpables entre personas que, evidentemente, le querían?

Dejé ir la rabia que sentía en un grito cerca del lago.

- ¿Día difícil? -preguntó mi hermana llegando tranquila.

-Hoy no estoy para discutir contigo Kora. -respondí. -Quizá sí para un abrazo. -añadí sorprendiéndola.

Me abrazó.

-Si necesitas cualquier cosa, sabes que estoy aquí. -bajó la cabeza un poco. -Soy como soy, pero eres mi hermana y te quiero. -añadió.

-Si él me hubiera marcado yo sabría exactamente el momento en el que le envenenaron. Podría saber quién le quiere hacer daño. -solté de repente.

- ¿Envenenar? ¿A quién? ¿A Jayce? -interrogó nerviosa.

Me eché otra cereza de la bolsa que llevaba mi hermana y de la que me había ofrecido a la boca.

-Kora. -Escupí de pronto la comida. -A ti no te gustan las cerezas. -añadí bajito. - ¿Quién...?

Todo se hizo borroso.

“Nadie que no fuese de la familia” era lo que había dicho Jaiden. Claro, Kora lo era a ojos de todos. Al entenderlo, me dolió el alma: Kora había envenado a Jayce. Y ahora a mí.

¿Pero sabía ella lo que había hecho?

- ¿Qué te pasa? ¡Aisha! -gritó Kora zarandeándome.

- ¿Qué has hecho Kora? -interrogó una voz profunda poco registrada en mi mente

¿Roth?

CAPÍTULO 13

JAYCE

Mis latidos estaban irregulares y no conseguía estar tranquilo. Era como si todo mi ser me dijese que algo iba mal.

Jack me miraba intentando descifrar qué cojones me pasaba pero ni yo mismo lo sabía. Solo daba vueltas por mi biblioteca.

-Han intentado envenenarme. -confesé aunque era reconocer algo que no me gustaba. - ¿Dónde está Aisha? -inquirí.

En esos momentos me arrepentía por cada poro de mi piel de no estar vinculado a ella con la marca. Debía ser dulcemente sanador saber en todo momento que estaba bien...

¿Y por qué no iba a estarlo?

Jaiden entró a la casa dando un portazo que retumbó y solo lo paré con una mano desde el hombro. Negó con la cabeza. Todos los hermanos éramos así. Nuestros problemas eran solo nuestros.

- ¿Has visto a Aisha? -pregunté.

-Hace rato, hacía preguntas... -Se intentó destensar de lo que fuese que le había pasado. -Estaba rara, creo. -añadió.

-La quiero aquí. -respondí en una orden clara.

Salí disparado hacia fuera e incluso me transformé para visualizar más rápido cada pedazo de tierra.

Roth aulló justo en ese preciso momento y a mí se me congeló el corazón.

Llegué al río para encontrarme a Aisha tirada en el suelo. Kora estaba allí, pálida, con las manos en los ojos como si no quisiera mirar.

Lori llegó enseguida al haber sido llamada y Lewis también.

Me agaché y le cogí la mano. Su pulso era tan débil que me pregunté si no le quedaban escasos minutos de vida.

- ¿Qué le pasa? -pregunté rugiendo prácticamente.

-Está envenenada. -respondió Roth, con la mandíbula tan apretada que pareció que iba a rompérsela.

- ¿Cómo? -interrogué sabiendo que quien fuera iba a pagarlo con su maldita y miserable vida.

-No lo sabemos. Alguien puso veneno en estas cerezas que Kora llevaba. -respondió Roth.

- ¿Alguien? -grité consciente de que se me oiría por todo el territorio. -Pues que ese alguien se esconda bajo tierra porque no le quedan más horas de vida de las que tarde en enterarme de su

nombre.

Lori no paraba de machacar plantas e introducírselas en forma de líquido a Aisha en la boca. Su pulso se mantenía al mismo ritmo y el mío sentía que se iba apagando al mismo tiempo que el suyo.

-Está muy arraigado, si se hubiese actuado al empezar... -murmuró apartándose. -No puedo hacer nada más. Es su cuerpo el que tiene que hacer el resto. -añadió apartando la mirada.

Yo no podía vivir sin Aisha y esa realidad me golpeó en el alma con tanta fuerza que tuve que preguntarme por qué había tenido que pensar que marcarnos era algo malo. Era como estar marcado, porque yo no podía ni quería vivir sin ella, pero no había notado que le pasaba algo para poder ayudarla.

-Fuera. Todos. -ordené.

Le cogí la mano y posé mis labios sobre los suyos. La lógica, que hacía ya horas que se había marchado cuando la luna se colocó en lo alto del cielo iluminándonos, dio paso a la desesperación.

-Jayce... -susurró ella.

-Estoy aquí, siempre lo he estado. -respondí tragando saliva.

-Me alegro de que no lo hicieras. -aseguró volviendo a cerrar los ojos.

No, no y no. Eso no era una despedida. Y ella no podía alegrarse de que no la hubiese marcado porque eso iba en contra de lo que éramos; de lo que significaba ser mates; de lo que yo la necesitaba viva y a mi lado aunque nunca lo hubiese expresado así.

Entonces, todo dio igual porque, desde el día en el que encontramos a nuestro mate, solo eso importa. La marqué aún sabiendo que el dolor entraría en mi cuerpo y que si ella no sobrevivía yo tampoco lo haría aunque mi aceleración curativa fuese capaz de neutralizar tan veneno.

Todo se volvió borroso así que, me acosté a su lado y cerré los ojos mientras nos abrazábamos.

¿Eso no era la paz?

Siempre, era siempre.

Abrí los ojos con el sol saliendo y sonreí. Si yo estaba vivo, ella también.

-Jayce, estás loco. -murmuró pasando sus dedos con amor por el perfil de mi mandíbula.

-Lo estaba, ya no. -respondí besándola.

LA HISTORIA DE JACK

CAPÍTULO 1 JACK

Ser hermano del alfa y abandonar la manada era algo muy inhabitual pero era lo que yo había decidido hacer.

Despedirme de todos fue absurdamente sencillo y lo había sido porque no tenía vínculos más allá de mi propia familia, quienes me aguantaban en mi seriedad por necesidad.

Jayce asintió con la cabeza, era su forma de sonreír, ya que las únicas veces que se le oían carcajadas era cuando Aisha decía algo. Ella tenía una barriga creciente en su interior y, pese a que eso podría haber sido un buen motivo para retrasar mi viaje, escogí irme con la promesa de volver cuando me llegasen las nuevas de ser tío.

¿Dónde iba alguien como yo?

Las montañas eran casi infinitas por lo que me convertí en el gran lobo oscuro que era y corrí en esa forma sin rumbo ninguno. Al cabo de horas, paré para buscar algo de comer junto al lago aprovechándome de lo abundantes que parecían los peces.

Hice fuego para ponerlo a cocinar mientras dejaba al sol la camiseta, que se había empapado en el proceso de pesca.

-Apaga eso. ¿Estás loco? -inquirió una mujer saliendo de la nada, pisando mi fuego tras tirarle tierra sin miramiento.

No contenta con eso, se acercó a mí comenzando a olfatearme. ¿Mujer lobo? ¿Por qué estaba sola? Ese pensamiento me hizo ponerme en guardia tensando cada parte de mi cuerpo.

- ¿Quién eres? -interrogué de mala gana. - ¿Y por qué has tirado tierra en mi comida? -cuestioné girándome hacia ella. Su intención fue irse sin más, pero la retuve sosteniéndola del antebrazo. Me observó tras unos grandes y asustados ojos azules. -Habla. -exigí.

-Baja la voz. -ordenó rápida llevando una de sus manos a mi boca para obligarme.

Estuve a punto de cometer una barbaridad pero, por algún motivo, me detuve con más paciencia de lo que había tenido alguna vez. Quizá era porque supuse que debía haber algún motivo. Bajé su mano apartándola despacio.

-Empieza a explicarte o esto no va a acabar bien.

- ¿Sabes? No me gustan las amenazas. -Hizo una pausa en la que se pegó aún más consiguiendo que inspirase un aroma a vainilla. -Además, soy yo quien te está salvando a ti. -añadió.

Luego ese perfume me distrajo lo suficiente para no poder nada cuando salió literalmente corriendo. Al instante siguiente, dos vampiros salieron de algún lugar y tuve que proceder a desatar a la bestia que llevaba dentro sin ninguna intención de ser amigable.

No me molesté en enterrar los cuerpos. Solo encendí la hoguera de nuevo para quemar las

cabezas y asegurarme de que no pudiera resurgir nada de ellos. Nada bueno podía salir de la muerte.

¿Dónde se había metido esa mujer?

Por mucho que intentaba deshacerme de la idea de buscarla, acababa por seguir su casi imperceptible rastro.

Ella había sentido a esos vampiros antes que yo pero eso era, desde mi perspectiva, dado mi historial de agudeza en sentidos, difícil.

¿No era entonces que ella sabía que venían por otro motivo? ¿La irían persiguiendo?

Eso no era imposible dado que los vampiros perseguían tanto humanos para alimentarse como hombres y mujeres lobo por diversión.

¿Pero qué hacía sola?

Llegué a la orilla de un río donde, tras varios intentos, localicé un pequeño hundimiento en el barro.

Cualquier movimiento dejaba rastro, por pequeño y cuidadoso que éste fuera.

Me sumergí en el agua tanteando con cada uno de los sentidos de mi cuerpo una posible amenaza. Me fijé en la cascada final, hacia donde llevaba la corriente, durante unos segundos antes de nadar hacia allí. Salí por las rocas una vez atravesada sabiendo que, de haber tenido que huir, aquella hubiera sido una salida inesperada y posiblemente elegida por mí.

- ¿Me sigues por algo en especial? -La mujer de ojos azules me observaba sin detener el movimiento de estrujar con sus manos el cabello mojado, del que intentaba quitar los restos del agua ya que, por todo lo que mis ojos podían ver, se había en efecto zambullido.

- ¿Qué haces aquí sola? -cuestioné ignorando lo bien que se definían las curvas sobre las prendas mojadas.

Carraspeé y miré hacia otro lado.

-Podría preguntar lo mismo. -acusó.

-Dudo que estemos en la misma situación. Es, cuanto menos, inusual ver a una mujer lobo sola en mitad de un bosque como éste. -Hice una pausa esperando una verborrea como respuesta. Se quedó callada. - ¿Piensas contestar?

-No veo quién eres tú para obligarme a hacer algo que no quiera. -retó levantando la barbilla orgullosa de pronto.

-Podría obligarte si quisiera a hablar. -amenacé bajo.

No se me conocía por mí abundante paciencia precisamente. Era un hombre lobo retraído, callado, contundente. No era el que se elegía para apaciguar las aguas ni llegar a acuerdos. Jaiden era más de eso.

- ¿Sabes qué? Yo me iba ya. -soltó mirando a cada lado antes de empezar a andar subiendo las rocas laterales.

Me lo pensé durante unos segundos, pero acabé por seguirla.

¿Y si simplemente me iba y la dejaba?

No, la curiosidad me podía.

Mierda.

Ella sabía que a cada peldaño yo iba detrás, porque movía sus orejas de una forma casi imperceptible e incluso desde mi posición podía oír como su pulso era irregular.

Tuve cuidado al coger de agarre alguna roca de las que ella había utilizado como resorte empujando con sus pies hacia abajo porque eran más frágiles como punto de apoyo. Cuando llegó a la cima, algo debió salir mal en su último empuje porque la vi caer y, antes de darme cuenta, la tenía agarrada contra mí con mi mano libre, la que no me sostenía a mí en la gran escalada, alrededor de su cintura.

Sus ojos azules penetraron aún más en los míos mientras que su boca, entreabierta por el mismo miedo, quedaba muda.

Su mano descansaba en mi pecho y estuve seguro de oír al doble de tiempo su corazón latir nerviosa.

Antes de poder plantearme nada más, la alcé hacia arriba consiguiendo que alcanzase la cima para después impulsarme a mí hasta el mismo sitio.

Ya a salvo, nos quedamos mirándonos en un absoluto silencio.

CAPÍTULO 2

SHIBA

Ese hombre lobo me había salvado la vida y, eso, era algo que no muchos hacían. Intenté reponerme mientras lo observaba sin decir nada.

-Si nos ponemos técnicos, yo te salvé a ti primero al avisarte de los vampiros. -dije sabiendo de primera mano que un ataque era una buena defensa en muchas ocasiones.

-Los hubiera matado si hubiesen intentado algo, independientemente de tu actuación. -contestó con la mirada entrecerrada. ¿Sería peligroso? Mi corazón latía de forma irregular ante su escrutinio. ¿De dónde había salido? - ¿A qué manada perteneces? -interrogó.

-Das por supuesto que no puedo ser una loba solitaria. ¿Y si lo soy? -cuestioné procurando alzar la barbilla de forma orgullosa.

-Si lo fueses... -Se acercó solo un paso pero ya estaba lo suficiente cerca de mí como para que se hiciese evidente su fragancia a lobo guerrero, una mezcla extraña de fuego y hojas secas con un tono dulzón. Nadie de mi manada olía así o, yo, no había sido capaz de percibirlo. -Sabrías que un error como el de las rocas te hubiese costado la vida. -anunció.

-A lo mejor estaba dispuesta a correr ese riesgo como mujer independiente. -solté colocando las manos a cada lado de las caderas para reafirmar mi posición.

Esto, al contrario de lo que era mi intención, provocó en él una carcajada profunda. Su risa retumbó en mis oídos y, por la expresión que puso cuando terminó, determiné que no se reía muy a menudo.

-Claro que sí... -murmuró. -Te acompaño. -concluyó pese a mi gran discurso.

Estúpido engreído.

¿Se pensaba que no era capaz de cuidarme sola? ¿Y quién era él?

Decidí que era una buena idea, ya que se lo creía tanto, tenerle dando vueltas sin sentido por el bosque. En algún momento dejaría de querer estar “acompañándome” de vuelta a mi manada cuando yo lo que hacía precisamente era huir de ella.

¿Por qué?

Bueno, era algo complicado.

Suspiré pensando en ello y, sin querer, me gané una nueva mirada de intriga de su parte. Genial, mi nuevo problema tenía unos sentidos verdaderamente desarrollados.

- ¿Quién eres? ¿Por qué no te conozco? Debes estar muy lejos de casa porque mi herm... Yo, lo sé todo. -cuestioné.

Me salía tan natural nombrar a mi familia que había estado a punto de meter la pata. Por suerte, había rectificado a tiempo.

- ¿Quién es tu hermano? -preguntó.

O no había sido tan hábil.

-No es tu problema. -aseguré antes de estallar. - ¿Es que te da igual perder tu maldito tiempo? ¿No tenías un lugar al que te dirigieras cuando nos encontramos? -chillé colocándole el dedo índice sobre el pecho como si eso fuera a ser una amenaza contundente.

Para desquiciarme del todo, decidí esbozar una media sonrisa.

¡No era una niña estúpida como todo el mundo pensaba!

-Ya, bueno. -respondió sin inmutarse.

En algún momento del camino sin sentido, y sin responder a mis preguntas, tomó la delantera como si supiese exactamente dónde ir. Yo para aquel entonces me encontraba perdida de verdad. ¿No era lo que quería? Bueno... Más o menos.

- ¿Eres un psicópata? -pregunté fijándome en su ancha espalda y musculados brazos.

¿Y si decidía hacerme daño?

A lo mejor sí era un poco inconsciente como todo el mundo decía.

-Me han definido de muchas formas a lo largo de mi vida. Puede que alguien me haya llamado así alguna vez, pero no es el adjetivo predominante que se utiliza. -argumentó tan engreído que quise pegarle de nuevo. -Y te aseguro. -continuó casi como si hubiese tenido ojos en la espalda. - Que no suelo ser tan paciente, agradece que lo esté siendo.

- ¡Yo a ti no tengo que agradecerte nada! Es que me voy ahora mismo porque, de todas formas, no sabes ni a dónde iba y no es que yo quiera seguirte para no quedarme sola. -dije en una verborrea de las mías.

Me giré andando con la cabeza bien alta hacia ninguna parte. Volvía a mi plan original: Alejarme de la manada y de sus costumbres antiguas que no dejaban que me desarrollase tranquila. Quizá encontrar un bonito poblado donde todos fuesen humanos, tener un trabajo... Bueno, lo que fuese sin tener que obedecer las órdenes de Omar que carecían de sentido.

Me quedé quieta observando cómo los grandes árboles se mecían a la par de un fuerte viento que había decidido levantarse. Unas gotas mojaron mi cara dejándome saber que empezaría a caer tormenta en cualquier momento. Genial. Intenté ponerme a correr porque lo cierto era que... Era una rastreadora nefasta.

Se me daba bien esconder mi rastro, eso sí, pero reconocer el de los demás... Nunca había sido mi fuerte. Quizá era porque me había pasado toda mi infancia escondiéndome para no hacer lo que fuese que esperaban de mí en cada momento.

¿Quién decidía que las cosas tenían que seguir siendo así?

Anduve y fui cambiando el rumbo según veía que la tormenta creciente se interponía en lo que procuraba hacer. En un momento, las palabras de Omar resonaron con fuerza en mi cabeza “Una loba sola, en el lugar equivocado, es un regalo para los vampiros”.

Algo se movió de forma rápida entre las hojas mientras mi pulso crecía a cada segundo su velocidad. Me eché un poco para atrás al oír ese rugido bajo, parecido a un siseo, que caracterizaba a los no muertos.

Salió tan atropelladamente saltando hacia mí que solo pude gritar. Antes de que sus colmillos llegasen a mí un gran lobo gris oscuro le dio una dentellada que consiguió decapitar al susodicho.

El aroma que percibí fue inconfundible: El extraño que me había salvado... Lo había vuelto a hacer.

Volvió a su forma humana para mirarme tras sus ojos negros como el azabache. Su expresión era de un lobo enfadado.

¿Con los vampiros? ¿Conmigo?

-Sígueme. -ordenó.

Y, aunque no solía ser mi modus operandi, decidí hacerlo.

CAPÍTULO 3

JACK

- ¿Tienes un nombre? -cuestionó la mujer de ojos asustadizos que había estado a punto de morir por lo menos por tercera vez desde que me la había cruzado por primera vez.

-Shiba. -respondió bajito, pensativa.

Era muy probable que ya se hubiese dado cuenta de hacia dónde íbamos. Pese a que me había costado un rato, había acabado por conseguir rastrear su aroma en tiempos pasados. Así que, si nada se volvía en contra de mis propios sentidos, la estaba llevando de nuevo al espacio seguro de su manada.

¿Por qué habría huido?

La miré de reojo en el punto exacto en el que estuve segura de que reconoció la entrada a su territorio.

-Ve. -dije ante su paralización. -Y ten cuidado. -añadí por algún motivo desconocido.

-No tenías derecho a hacerme esto. -acusó golpeando mi brazo, consiguiendo que me girase para mirarla directamente a los ojos. -Yo soy una mujer libre, no tengo por qué acatar el quedarme dentro de una manada si no quiero. -añadió.

-Eso no es así. -sentenció una voz potente, autoritaria. Levanté la vista para ver a un hombre pelirrojo, tanto como lo era ella, de pelo raso y rasgos fuertes. Familia seguro. -Como hermana del alfa tienes obligaciones y, una de ellas, es no meter extraños en mi territorio. -añadió.

Al segundo estaba rodeado de varios hombres lobo mirándome amenazantes. Bueno, tampoco tenía nada mejor que pelearme con ellos porque, en realidad, no tenía ningún camino definido. Aunque eso no era exactamente lo que había pensado al irme de la manada por un tiempo...

-Solo me ha traído hasta aquí, me encontró perdida. -dijo la incógnita de ojos azules.

Hermana de un alfa huyendo... Tan inusual como intrigante.

- ¿Y tú eres? -cuestionó el evidente líder mientras me analizaba.

-Jack. -respondí como si mi simple nombre fuese una carta de presentación. -Y ya me iba. -añadí.

-Deberías quedarte a cenar, como compensación por el seguro esfuerzo que has tenido que hacer para que mi hermana, insufrible e inconsciente, te hiciese un mínimo de caso al querer traerla a un lugar seguro. -sugirió el alfa.

-Estaría mal rechazar algo como eso. -dije aunque no hubiera sido mi intención en ningún momento hacer tal cosa. -Aunque estaría mal sentarme a la mesa de alguien cuyo nombre no conozco. -alenté.

-Soy Roco, alfa y líder de las montañas del norte nevado. -Su presentación fue escueta. Tampoco yo le pedí más explicaciones.

Entré a su territorio sabiendo que un lobo solo no era nada comparado con una manada, pero

convencido de que podría salir airoso de cualquier situación. No estaba en mi carácter tener miedo o sentirme apabullado por ser menos numeroso.

En algún momento, alcancé a otra chica pelirroja nombrar a la mujer incógnito Shiba. Así que ese sí era su nombre...

Llenaron la mesa de manjares. Tuve que fijarme en lo numerosos que eran. Más que curiosas fueron las preguntas de algunos sobre quién era yo.

-Así que hay que estarte agradecido a ti. -soltó un hombre alto, con el pelo rizado marrón. Me levanté para darle la mano ya que le noté un perfil amenazador. -Por traer a la joya de vuelta. -continuó.

Shiba puso los ojos en blanco a la par que llegaba, evidentemente había oído el comentario.

¿Joya?

Me dieron ganas de reírme pero me contuve.

-Solo la acompañé, pero estoy seguro de que se hubiese defendido sola. -respondí ganándome por completo una mirada azul penetrante.

-No está bien meterle esas ideas en la cabeza. -reprendió uno a mi derecha.

No dije nada al respecto, pero observé entonces mejor la distribución de la mesa. Roco y a uno de sus lados, su hermana Shiba. Todos los demás asientos, estaban ocupados por hombres variopintos que pasaban su vista de Roco a Shiba alternativamente.

- ¿Puedo preguntarte algo Roco? -interrogué ganándome un silencio sepulcral que no había proyectado. Dejó su copa antes de hacer un gesto como dándome paso. - ¿Cuándo será el enlace? -inquirí.

Le dio por toser. Todos abrieron los ojos un poco más. Quizá porque no entendían cómo yo había averiguado tal cosa.

- ¿Enlace? -preguntó sin estar sorprendido realmente.

- ¿De quién? -interrogó alterándose de pronto Shiba. Silencio.... - ¿Mío? ¿Eso es lo que son estos miembros que se sientan a la mesa? ¿Pretendientes? -cuestionó.

-Supongo que no hay por qué ocultarlo. Todos estos buenos lobos están interesados en contraer matrimonio con Shiba, pero aún no está decidido quién. -respondió.

Shiba dio un golpe en la mesa que consiguió que la copa que sostenía entre sus manos se rompiese dejando un fino reguero de sangre en su piel. Después se retiró sin ningún tipo de decoro.

-No pretendía causar molestias. -avancé. Me levanté para acercarme a Roco en señal de respeto. Era cierto que no estaba siendo del todo sincero: Había querido comprobar si la aludida sabía de su próximo destino.

-No pasa nada. Era cuestión de días que lo supiera, intentaba tener las ideas un poco más claras al respecto. -Se removió un poco incómodo.

-Los matrimonios concertados son poco habituales en las manadas por lo que sé hoy en día. -

lancé.

¿Qué necesidad?

-Puede que lo sean, pero son lo más inteligente que hemos perdido como hombres lobo, e incluso como manada, a lo largo del tiempo. -reflexionó.

No estaba de acuerdo, por lo menos no del todo.

-Debería irme ya, me espera un largo viaje por delante. -dije a modo de despedida. Era hora de irse, mi cometido por aquellos lares había terminado. -Gracias por tu amabilidad y por la cena. -concluí.

Salir de aquel salón me produjo un injustificable alivio. Dejé salir de mis pulmones aire que no sabía que había tenido contenido.

Levanté la cabeza dispuesto a irme del territorio cuando oí varios improperios. Dudé pero acabé por ir hacia ese aroma a vainilla.

Shiba estaba arrancando parte de su ropa para tapar la herida que se había hecho en la mano.

-Si simplemente vas a ponerte unas vendas a el botiquín más cercano... -aventuré.

- ¿Tú no te ibas? -inquirió enfadada. -De hecho, no sé si tirarte un zapato a la cabeza o darte las gracias. -Hizo una pausa. Seguía furibunda, lo notaba en cada gesto de hastío. -Supongo que en el fondo lo sabía. Pero comprobarlo... ¿Cómo se supone que va a elegir quién es para mí? Yo no necesito a ninguno de ellos. Soy independiente. -afirmó.

-Tu hermano parece un alfa de tradición antigua. Elegiré a quien crea que te mantendrá más a salvo. -divagué.

- ¿Cuántos años tienes? -preguntó de pronto.

Solo esboqué una media sonrisa, tan poco habitual en mí.

-Muchos. -respondí.

- ¿Alguna forma de evitar mi inminente boda o tener alguna decisión en ella? -inquirió.

- ¿Qué te hace pensar que voy a ayudarte? -cuestioné sin entenderla.

-No lo sé. -afirmó dubitativa por un instante. -Si vas a marcharte, ahí está el sendero. No tengo dudas de que sobrevivirás solo allá donde vayas. -añadió altiva.

-Tienes demasiado carácter. -afirmé. -Y sí, deberías simplemente conocerlos y ver con quién te llevas mejor. No creo que se niegue a dar tu mano a quien sea que te vaya a doler menos dado que te está obligando cuando la mayoría de las manadas ya no tienen ese tipo de matrimonios.

- ¿Qué manadas conoces? -inquirió curiosa.

-Propón eso, tampoco es como si fuese a haber una competición como se hacía siglos atrás. -concluí.

- ¡Eso es! -chilló. Y de verdad que subió el tono tan mientras que me cogía del brazo que dudé repasando qué había dicho. -Pero con el listón muy alto, y con opciones para ser yo la vencedora, la que decida. -añadió emocionada.

-Tú eres una mujer lobo. -dije en alto. -No podrías participar en eso ni aunque convencieras a tu hermano de elegir ese antiguo y desconcertante método. -expliqué.

-No pasa nada. Ven. -solicitó sin darme verdadera opción.

Ella cogía mi brazo para guiarme a seguirla.

¿Por qué no?

Tampoco había pensado en ningún momento qué haría al irme de la manada por un tiempo. Seguirle parecía una opción... Entretenida.

Aunque yo no solía ser alguien de ese carácter...

CAPÍTULO 4

SHIBA

Recorrí sin soltar a Jack del brazo la distancia que separaba nuestra posición actual de la que me llevaría directa a mi libertad.

Se le había ocurrido al extraño lobo que me acompañaba y que había decidido salvarme en más de una ocasión, pero me había parecido la única idea factible dada mi situación.

Yo sabía que Roco quería casarme con algún lobo de su parecer, claro que sí, esa era la razón principal de mi huida, pero comprobar que ya tenía hasta los candidatos preparados... Consiguió que algunas arcadas alcanzasen mi cuerpo de inmediato.

Yo no quería entregar mi vida a alguien que no me quisiera, por mucho que aceptase darme una buena vida y protegerme.

¿Dónde quedaba la idea romántica de hallar en los largos años de vida que tenía por delante a mi mate?

Había historias de todo tipo sobre ello, que pasaban de generación en generación, pero al gran Roco, quien parecía un alfa hecho de hierro, no le afectaba en absoluto. Algunos decían que la muerte temprana de mis padres y el haber tenido que hacerse cargo de mí mientras se abría camino por ser alfa, jugaban un papel determinante en su carácter. Pero... Yo tenía la idea de que también le convenía ser así.

Ser estricto con mi posible pareja... Era algo que hubiera visto lógico.

Determinar que tenía que casarme con veinticinco años reales... Una idiotez.

-Hermano. -Mi llamada alegre le debió sorprender porque dejó la conversación que estaba teniendo para mirarme. -Sé que todos estos lobos, aunque con algunos de ellos no he entablado conversación en mi vida, son candidatos a casarse conmigo. Pero creo que deberían ganárselo. -acuñé.

Solté a Jack tras una mirada de éste indicando que aún le tenía cogido del brazo.

-Te aseguro que tendré en cuenta tu opinión. -respondió más por compromiso e incomodidad que otra cosa.

- ¿Sabías que antes había competencias para conseguir marido? -cuestioné ganándome más de una mirada de esos lobos que querían casarse conmigo supuestamente.

-Juegos de habilidad. -contestó uno de ellos levantándose de pronto. Lo observé. Fergus era un hombre lobo astuto y hábil en la lucha. -Deberías hacer unos. -avaló.

Otros de los implicados vitorearon la propuesta. Lo bueno y malo de los hombres lobo era que siempre se creían suficientes fuertes y valientes como para ganarle a todos los demás.

- ¿Qué ganas? -inquirió mi hermano, gran conocedor de mi disconformidad con que eso sucediese.

Su interrogación había sido bajita, casi un murmullo.

-Quiero participar yo misma en las pruebas de habilidad y, si gano, elegiré con quién casarme. - Conforme lo fui diciendo, vi un combate en su interior. -O si prefiero no hacerlo por el momento.

-Nadie competirá contra ti. -aseguró Fergus bajito, como si fuese una advertencia hacia Roco.

-Yo lo haré en su lugar. -soltó de pronto Jack.

No sé si yo fui la que más giró la cabeza hacia él, pero la que se me grabó a fuego en la retina fue la expresión de Roco.

- ¿Lucharás por ganarte su mano? Eres un lobo de fuera de la manda. -señaló mi hermano hacia Jack, quien mantenía un rostro inexpugnable.

-No. Participaré como su representante. -afirmó sin dedicarme ni una seña. -No veo qué pueden temer los lobos de tu manada de un forastero como yo. -Se encogió de hombros. -Si gano yo, ella decide. -aclaró nuevamente.

Vi tantos cambios en la forma de los rostros que no pude ni registrarlos todos. Si alguien se negaba, hubiera dado a entender que le tenían miedo al extraño dispuesto; Pero que participase...

-No veo por qué no. -aceptó más rápido de lo que esperaba mi hermano. -Te darán alojamiento Jack mientras que ponemos en orden qué juegos de habilidad serán y cuánto durarán. -Hizo una pausa. -Y, hermanita, nosotros nos retirábamos ya. -concluyó.

Le seguí entendiendo que era lo que quería hasta que alcanzamos su querida biblioteca. Cerré la puerta al entrar.

- ¿Entiendes que al aceptar eso que tú misma has propuesto, te casarás con el mejor candidato? - preguntó bien serio. Asentí con demasiadas cosas rondando por mi cabeza. -Reconozco que con las cartas que tienes ha sido una jugada astuta, pero ese tal Jack... Si te deja tirada, te quitará valor. -aclaró pensativo.

-No lo hará. -respondí firme.

-No le conoces. -afirmó.

-Pues he hecho mi apuesta. -reté. -Veremos si gano. -concluí antes de marcharme.

Fui a mi habitación a cambiarme y tirarme a la cama sin dejar de oír los grandes murmullos de la fiesta que continuaba en el salón principal.

Más de uno estaba contento con el giro de los acontecimientos, pero a mí, casi creadora de la idea, se me había hecho un nudo en el estómago.

Me asomé, aún sabiendo que iba inapropiada en pijama, para comprobar que no había nadie en los pasillos. Por algún motivo que no iba a ponerme a descifrar, sabía exactamente dónde quería ir. El olor a hojas con toque dulce estaba tras la puerta de la habitación del fondo.

Iba a llamar cuando oí ruido al principio del pasillo. Sí, lo más inteligente que se me ocurrió, fue atravesar la puerta sin tocar primero.

No se tapó el ancho torso desnudo cuando entré, solo terminó de abrocharse el pantalón de chándal gris. Mi mente no pudo evitar pensar que si hubiera allanado sus aposentos tan solo unos

segundos antes, lo habría pillado totalmente descubierto.

-En esta manada no sé, pero de donde yo vengo, se llama a la puerta. -espetó serio, con la barbilla alzada y cruzando los brazos sobre el pecho.

-¿Y de dónde vienes? -inquirí procurando que el color rosado que seguro había inundado mis mejillas se disipase.

¿Había estado yo alguna vez tan cerca de un hombre en esa posición y vestimenta? Quizá en el río, pero, desde luego, lejos de ser un encuentro a solas.

- ¿Importa? -cuestionó dando un paso hacia mí.

-Quiero saber si me dejarás tirada antes de terminar los juegos de habilidades. -Una pausa en la que ninguno dijo nada. -Me juego mucho. -añadí.

-Tengo palabra. -respondió escueto. -Y deberías irte a tu habitación. -murmuró dando otro paso.

Mi pecho se quedó sin aire de pronto ante su cercanía.

-Me da miedo que busques la aprobación de mi hermano para quedarte en su manada. -confesé.

-No tengo intención de quedarme. De hecho, solo me he alejado por un tiempo de mi hogar. Haré una parada aquí el tiempo de ayudarte a tener la elección en tu mano, y me iré. -aseguró.

- ¿Por qué? -interrogué con verdadera curiosidad.

Aquel extraño era alto; era fuerte; su pelo era negro como el azabache, al igual que sus ojos; desprendía olor a fuego dulce y hojas secas; tenía un torso fuerte y admirable.

¿Por qué estaba solo?

¿Por qué me había salvado?

Dio un paso más de forma que el espacio personal era prácticamente compartido.

-No lo sé... -afirmó en un susurro. -Y ahora, vete. -ordenó.

No solía hacerlo, pero decidí irme.

Era como si mi cuerpo me hubiese gritado que hacerle caso era una idea genial en aquel instante.

¿Qué podía pasar si no me marchaba de esa habitación en aquel momento?

CAPÍTULO 5

JACK

Miré la luna a través de la ventana preguntándome por qué me había metido yo en semejante situación.

Yo no era impulsivo y aquello no iba conmigo.

Bueno, los hombres lobo éramos competitivos y unos juegos me podían mantener tan lejos de casa y su rutina como estar entretenido.

¿Por qué me sonaba a excusa barata?

Porque no estaba en mis planes y porque esa mujer... Cuando sus ojos azules recorrieron mi cuerpo desnudo, algo se encendió de una forma animal que no era ni correcta.

No dormí demasiado. Estaba en territorio que podía llegar a considerar hostil si las cosas se torcían, al fin y al cabo, todos eran de la misma manada excepto yo. ¿Estaría interfiriendo en los planes de algún hombre lobo ya convencido de ir a casarse con Shiba?

Me despejé y salí con cautela al exterior. No había demasiado movimiento por lo que me permití estirarme con tranquilidad.

Una fragancia a vainilla llegó hasta mí de inmediato. Me giré para hallarla a escasos metros de mí con sus ojos bien clavados en mi rostro.

-Te traigo ropa limpia. -Me tiró prácticamente la ropa. Cogí una de las camisetas y, sin dejar de observarla, me cambié. Su pulso cambió de ritmo y estaba casi seguro de que el mío también.

-Así que aquí estás... -dijo Roco llegando hasta donde nos encontrábamos.

-No veo dónde iba a estar si no. -respondí tranquilo.

-A lo mejor la idea de competir en unos juegos con otros hombres lobo, quienes tienen completada la formación militar y han sido aceptados para varios puestos diligentes dentro de la manada, te había tirado para atrás. -señaló pretendiendo hacer que me sintiese intimidado.

Así que estaba dando por supuesto que era un lobo solitario repudiado por mi manada de origen por no ser lo suficientemente bueno. Me salió una sola carcajada ronca que pareció sorprender a los dos hermanos.

-Soy un hombre lobo de palabra y, en la medida de mis humildes capacidades, intentaré que Shiba gane. -Ella tenía una mueca de disgusto que no comprendí del todo bien. - ¿Cuándo empezaremos? Me gustaría continuar mi viaje lo antes posible. -apremié.

Lo cierto era que no me veía tan capaz de aguantar el decoro y la estupidez por mucho tiempo más. Yo era valorado en la manada de Jayce porque era un buen guerrero. Precisamente, el tener que estar movido por “quedar bien” por ser de la familia del alfa, era uno de los principales motivos de aquel viaje en el que pensaba volver a reconectar conmigo mismo.

-De hecho, voy a hablar con los demás. Son juegos así que... Que empiecen de inmediato. -

contestó Roco.

Shiba se acercó a mí para golpearme con el puño en el medio del torso sin previo aviso. Enarqué una ceja ante su acto. El pelo rojo le caía rizado como una gran cascada de fuego iluminado por lo cristalino de sus ojos.

-No soy un hombre con mucha paciencia. -advertí. -Y, desde mi punto de vista, te estoy ayudando.

-Pues si te lo vas a tomar a broma, no haberlo hecho. -Volvió a pegarme aunque yo ni me inmuté. -Haber estado unos días; conocer al resto de participantes; explorar el territorio. ¡Los estás subestimando! -gritó.

-A lo mejor eres tú quien me está infravalorando a mí. -sugerí cuadrando la mandíbula para contenerme.

-Vamos. -chasquéo la lengua. -Estás solo, serás joven e inexperto... Contaba con todo eso cuando lo dijiste puesto que de haber participado yo misma tampoco podría haber hecho mucho pero... Realmente había puesto a mi favor las ganas de ganar, de demostrar; Mínimo lo que yo habría hecho por mí misma. -Su retahíla de suposiciones me pusieron aún más serio.

-No soy como tú piensas. -declaré en una única frase que era la justificación que creía que merecía.

Me había metido en un follón ajeno y así me lo pagaba... Me iría a seguir mi viaje después del primer maldito juego. Que aprendiese que, a falta de más opciones, con tener una salida, era la que había que coger.

Anduve sin fijarme demasiado a dónde iba ella, aunque era capaz de seguir aspirando su fragancia y por eso estaba seguro de que no debía andar lejos, hasta el centro de la pradera, donde un grupo de hombres lobo se reunía alrededor de Roco.

-Ahí estás... -dijo al ser consciente de mi presencia. -Les estaba contando que tienes prisa por empezar; que no has querido ni un poco de tiempo de adaptación.

Notaba lo que oía en la melodía de su voz. Era lo mismo que en el discurso de Shiba pero con una combinación de alegría. A lo mejor sí podía haber utilizado el tiempo que habían decidido brindarme para explorar las posibilidades pero... ¿No que yo no era impulsivo?

Solo asentí.

Tenía que recuperar mi templanza, mi cabeza fría.... Joder, así era como todos los que estaban en mi vida me conocían.

- ¿Sabes que serás el último en esa tabla? -inquirió un hombre lobo joven, de aspecto rudo con su camisa de cuadros y su barba dejada.

-Puede ser. -respondí tranquilo.

Apunté mentalmente de todos ellos: Fergus era el que había hablado en la cena, lo que lo convertía en el que más seguro se veía hablando con su alfa; Olaf, el chulo leñador de barba anaranjada que se había dirigido a mí en esa forma tan despectiva; Julius, quien se había unido a la manada relativamente hacía poco voluntariamente puesto que era amigo de Roco de algunas cacerías contra vampiros, rubito y atleta; Sam, César y Milán, quienes eran normales y

corrientes, jóvenes y entusiastas con rasgos parecidos entre ellos, pelo castaño y tamaño estándar para un macho de menos de cincuenta años vividos desde cumplir la mayoría de edad lobuna y dejar de crecer.

Algo más me detuve de nuevo en cuanto a Patt, un hombre lobo cuya experiencia se leía en los ojos, y parecía más interesado en derrotar a los demás que en casarse con Shiba. Alto, rudo en los brazos, con una cicatriz cubriendo parte de su cuello.

-Hay forasteros que caen peor que otros. -dijo entonces el único que me quedaba por anotar. -Soy Thor. No soy de la manada en sí, pero como si lo fuera. -añadió.

- ¿Amigo del alfa? -interrogué escudriñando su rostro.

-Sí, del clan en sí. Nos protegemos mutuamente entre clanes porque mi padre es el alfa de la montaña más cercana; Es como si fuésemos una dividida en dos. -respondió amigablemente.

De ahí la prisa por casar a la hermana... Era objeto de una disputa política por el territorio y la jerarquía que incumbía a cada hombre o mujer lobo de aquellos picos del norte.

CAPÍTULO 6

SHIBA

Los juegos eran un total de siete, uno por cada día de la semana. Claro que sí. En una simple semana iba a quedar decidida mi maldita vida sin opción a rechistar.

Sabía el día que me escapé las intenciones de mi hermano, pero no tenía tanta idea de que fuese a producirse tan rápido.

Observé al representante que iba a luchar por mí desde la distancia, ya colocado en el centro del valle sin ningún tipo de gesto que indicase que estuviese nervioso. Enseguida otros que no tenían nada que ver ayudaron a montar el escenario: Tiro con arco.

Simple, tan antiguo como nuestros propios inicios.

Se seguía enseñando como primera arma de lucha contra los vampiros. Antes de poder transformarnos, la opción que teníamos era dar un flechazo al enemigo con cuarzo en su punta. Eso podía paralizarlos el tiempo suficiente como para separar la cabeza del cuerpo y echarlas al fuego impidiendo que resurgieran en cualquier forma que encontrase la muerte de traerlos de vuelta.

-Esto va a ser pan comido, pongan como lo pongan. -dijo Julius.

Julius era bueno en las cacerías, yo sabía que precisamente por eso era amigo de mi hermano. Pero su actitud chulesca... Hice una mueca.

-Deberías intentar conocer un poco a cada uno de los participantes. -dijo mi hermano tranquilo colocándose justo a mi lado. -Me parece bien que veas cuánto vale cada uno de ellos, pero todos son buenas opciones. Yo mismo hice la criba antes de sentarlos a la mesa con nosotros. -acuñó.

-Tú, en base a tus criterios. -regañé. -No creo que tenga nada que ver con nadie. -aseguré.

-Sam, Milán y César son más o menos de tu misma edad real. -rebatí.

Bufé cuando alguien pitó para dar comienzo. Iban a ser varias rondas. La primera a tiro parado; La segunda a objetos en movimientos; La tercera...

- ¿Por qué van a disparar a personas? -cuestioné tras escuchar su explicación.

-Nadie saldrá herido innecesariamente. De todas formas, lo primero es ver las anteriores. -Hizo una pausa. - ¿Has hablado con el forastero? ¿Sabes de dónde salió? No le veo nervioso.

No contesté a ninguna de sus preguntas porque, la verdad, no tenía ni idea. Había hablado con él tan poco... Pero estar a su alrededor era perturbador, emanaba respeto y poder poco propios de un lobo solitario desterrado por su manada original.

En parado todos fueron diligentes en sus tiros con flecha. En movimiento empezaron a notarse algunos fallos pero nada preocupante. Fergus y Thor fueron espectaculares. Pero al fin y al cabo, era solo conseguirlo o no conseguirlo. Jack lo consiguió sin florituras, tan poco preparado que dio a entender que lo había conseguido prácticamente por suerte.

- ¿Suerte de principiante? -inquirió Roco rascándose la barbilla. -Dejar tu futuro en manos de alguien desconocido... Quizá no ha sido buena idea. -añadió.

-Tampoco era como si tuviese otra opción. -aseguré intentando permanecer digna en mi actitud.

Yo le había gritado a ese hombre lobo. ¿Y si decidía que no quería ayudarme y perdía en cada una de las pruebas tirando por la borda la oportunidad de decidir?

Si era sincera, no creía que con ocho contrincantes tuviese oportunidad de quedar primero, pero, por lo menos, me daba un hilo de esperanza. Seguramente, no debía tener ni eso.

La tercera prueba era la más complicada, pues otros hombres lobo de la manada, contentos con la sola idea de hacer más feliz a su alfa, se dedicarían a correr con sus armas en alto dispuestos a que ninguna flecha les alcanzase.

-Lo ideal sería comprobar si son capaces de atravesar a un vampiro con su habilidad, pero dudo que alguno de esos fríos pudiera hacernos el favor. -Hizo un chiste y consiguió una pequeña sonrisa de mi parte. -No trato de hacerte la vida imposible, Shiba. Eres mi hermana, estás en lo alto de la escala social y... Serás más feliz. -aseguró.

-Tengo veinticinco años reales por lo que la prisa te la estás inventando tú. -afirmé ya hablando bajito procurando que nadie nos oyese. - ¿Hay alguna razón que yo desconozca por la que no deba odiarte por esa decisión? -interrogué.

Él ya no me miraba. Tenía los ojos entrecerrados y el entrecejo fruncido. Cuando decidí centrar mi atención de nuevo en los participantes, no entendí nada.

Todos los hombres lobo participantes como simuladores de vampiros tenían una flecha clavada en el peto a la altura del corazón, bien por delante bien por detrás, de color naranja.

¿Tenían más flechas?

Sí, pero ese participante había dado en el mismo lugar a todos y en un tiempo suficientemente rápido como para que yo estuviese hablando con mi hermano perdiéndomelo.

Era el color de Jack.

- ¿Cómo? -interrogó mi hermano buscando con la mirada a uno de sus amigos.

-Fue muy hábil, en cuestión de un minuto, tras clavar la vista en vuestra conversación. -informó Ludovick, tan fiel y familiar como si de un tío se tratase para nosotros.

Roco se levantó para acercarse hasta los participantes. Muchos de ellos miraban con desprecio a Jack. Yo clavé mi atención en lo tranquilo que estaba; en como su pulso no se aceleraba ni con la prueba ni con los desprecios ajenos.

- ¿Dónde aprendiste a disparar? -cuestionó Fergus hacia el claro victorioso.

Fergus era atractivo, y no tan mayor ya que la edad para los hombres y mujeres lobo no tenía tanto sentido. Su pelo era rubio ceniza y tenía unos ojos verdes muy bonitos. En ellos, probablemente por la cercanía que tenía con mi hermano, que a su vez le había permitido hablar conmigo más veces que el resto, vi intención de agradarme.

-Un hombre lobo debe valerse por sí mismo ahí fuera. -respondió. -Para protegerse a uno mismo, y a quien esté a su cargo. -añadió.

-Es curioso que tú hables de esa forma. -atacó sibilamente Olaf. -Digo... Por algo estabas solo ahí fuera. -azuzó.

-Lo dejamos aquí y ahora. -advirtió Roco ante el malestar de todos los demás. -Esta tarde haremos otra prueba. Coman y descansen. -ordenó.

El grupo se disipó. Los más cercanos, fueron como quien no quiso la cosa con mi hermano.

Sam, César y Milán intentaron entablar entonces un pequeño círculo conmigo. Se veían jóvenes con ganas, con fuerza, con la ilusión de conseguir casarse conmigo para subir de estatus, aunque veía también esfuerzos por agradarme.

-Lo de elegir... Es una buena forma. -afirmó Milán tímido. Le observé. -A lo mejor si gana, tenemos opción alguno de los que mejor te van a entender. -añadió.

Yo estaba con mi atención puesta en otro sitio: Jack deambulaba tranquilo hacia el límite del territorio.

CAPÍTULO 7

JACK

El tiro con arco no me alteró en absoluto. Era una actividad a la que estaba acostumbrado y no se me daba mal.

En realidad... No me preocupaban ninguno de los juegos que hubieran pensado. Era el mayor de los hermanos y había tenido ocasión de ver muchas convenciones sociales, incluso algunas que habían acabado desapareciendo como los juegos de aptitud.

- ¿Serás igual de bueno en todos? Por ir haciéndome la idea de ser libre. -dijo Shiba apareciendo detrás de mí.

- ¿Y qué viene después de ser libre? -cuestioné dejando caer mi espalda sobre un rudo árbol.

-No entiendo la pregunta. -respondió ladeando la cabeza.

-Tu hermano solo está contemplando que, en el caso de ganar, seas tú misma quien escoja, pero no que decidas quedarte sola a largo plazo. Eres una pieza de importancia política. -expliqué.

Se encogió de hombros.

-Tú dedícate a ganar que ya me encargaré yo del futuro cuando llegue. -bufó visiblemente molesta. -Y no estés tan tranquilo. -exigió colocando un dedo índice en mi pecho.

-Siempre exigiendo... -murmuré antes de encogerme de hombros. -Deberías tratarme mejor, por lo menos con el respeto que se merece lo que estoy haciendo por ti. -rebatí.

- ¿Es que crees que te voy a deber algo de por vida si es que ganas? -chilló de pronto.

No entendía su actitud.

¿Estaría loca?

-Primero tiene que ganar. -intervino Julius saliendo de ninguna parte. Engreído pimpollo, amigo del alfa, con el pecho hinchado como un pavo.

-No sabía que hubiera manadas donde escuchar una conversación privada estuviera bien visto. -acuñé.

-A lo mejor solo quiere asegurarse de que Shiba está bien. -Thor tenía un aspecto serio, con tatuajes en los brazos y alguna que otra mordedura que demostraba que había estado muy cerca de los vampiros.

- ¿Insinúas que voy a hacerle algo? -inquirí poniéndome tenso de pronto.

No me gustaba que me juzgaran sin conocerme y tampoco tenía ninguna gana de que me conociesen.

-No insinúo. Digo en alto que nadie sabe de dónde has salido y, eso, bien podría ser una señal de alerta. -respondió. -Por eso estamos haciendo más de un juego al día. Piénsalo. -añadió.

-Dejadle en paz. Él es mi invitado. -saltó Shiba, tan dispuesta a matarme como evitar que otros lo hiciesen por ella; Bueno, que lo intentasen.

Aproveché el gran revuelo para adentrarme en el bosque durante un rato. Comí lo que la naturaleza me ofreció con calma para después tumbarme a la orilla de un río helado que estaba entre aquellas rocas.

Abrí los ojos en cuanto la fragancia a vainilla llegó hasta mis fosas nasales. Me incorporé lentamente y tuve que coger al vuelo la piedra que volaba hasta mi cabeza. Al girarme encontré sus pupilas tan azules como siempre pero con una expresión furibunda.

- ¿Estás loca? -pregunté conteniéndome.

Acariciarme el puente de la nariz para calmarme era un gesto que todos los hermanos teníamos, pero yo no solía quedarme tanto tiempo en una situación que me incomodase.

-El juego va a empezar. Todo el mundo dice que te has ido por cobarde y yo te encuentro aquí tirado perdiendo el tiempo. -Su voz se alzaba varios tonos por encima de lo que me hubiera gustado.

Pero a ella le daba igual irritarme desde el mismo día en el que me conocí.

-Te sigo.

Eso era lo único que había alcanzado a decir porque si estallaba... Me iba a ir.

¿Y por qué no lo hacía si ella se atrevía a tirarme piedras a la cabeza?

En cuanto vi el juego, puse los ojos en blanco. Era en equipo: Tirar de la cuerda.

¿Y eso qué demostraba exactamente?

Te podía tocar con gente que no tuviese ninguna fuerza...

Como llegué el último, me puse en último lugar de la fila que me tocó. Ninguno de los de mi equipo me pareció que estuviese entusiasmado precisamente por colaborar con el forastero.

Ganamos enseguida. No hubo un esfuerzo real.

-Te ha tocado en el equipo adecuado. -dijo Roco llegando hasta mí de pronto. -Tengo la sensación de saber, que si no hubiera sido así, no estarías tan bien posicionado.

- ¿Estás asegurando que no tengo fuerza? -pregunté conteniendo una carcajada.

-Sé que fuerza tienen cada uno de los que se ha puesto a tirar de la cuerda. Hubieras ganado sin siquiera tirar. -respondió dándole una palmada en el hombro a Thor y otro a Patt, el de brazos rudos.

-Poner juegos de equipo ha sido tu elección, no la mía. -reté cuadrando la mandíbula.

-Y es... Una gran elección, como todas las que hace mi hermano. -intervino de pronto Shiba colocándose entre los dos. -Voy a recordarle a Jack donde duerme para que descanse para los juegos de mañana. -Tiró de mí hacia ella.

Acabé por claudicar, nuevamente sin entender por qué. ¿Me estaban llamando tramposo? ¿Qué no era un buen hombre lobo? ¿Qué edad pensaba ese Roco que yo tenía? Probablemente llevaba

más años de existencia de las que tenía ese joven alfa.

-Tu hermano es demasiado bravucón... -murmuré.

Shiba se paró de pronto. Me miró fijamente. Fue a golpearme pero paré en seco su puño. Se sorprendió pero solo unos segundos.

-A ti todo te resulta muy sencillo... No te juegas nada con esto. -replicó de nuevo molesta.

-Tú piensas eso, pero si decidí jugar, no fue para quedar peor que cualquiera de esos idiotas. -afirmé.

-Espero que tu orgullo me lleve a la libertad. -susurró hablando más para ella que para mí.

Se dio la vuelta para irse tan rápido como aparecía pero yo estaba cansado de esa actitud altiva y desagradecida así que la alcancé del antebrazo.

-No me hables con tal desprecio. Ser orgulloso no tiene nada de malo. Y me presenté voluntario antes de saber que tu hermano y el resto de ellos iba a comportarse así. -argumenté aunque yo no era nada proclive a dar explicaciones.

- ¿Y por qué lo hiciste? -interrogó alzando la barbilla tan orgullosa que nuestras narices se rozaron.

-Ganaré para que puedas escoger qué haces con tu vida. -respondí antes de soltarla más cabreado de lo que lo hubiera estado alguna vez en mi vida.

CAPÍTULO 8

SHIBA

El forastero era un enigma sin resolver para mí.

Di vueltas por mi habitación pese a que era hora de irse a dormir si no quería parecer una maldita no muerta al día siguiente, pero estaba inquieta y no había nada que me calmase.

Me senté frente al espejo del tocador para cepillarme repetidamente los rizos anaranjados. Una lágrima salió desde alguna parte para rodar por mi mejilla.

Jack había dado en el clavo y eso había dolido: Mi hermano no iba a dejar que me quedase sola a largo plazo.

¿Qué podía hacer entonces?

A lo mejor no tenía que cerrar mis opciones, alguno de ellos podía llegar a ser... Tolerable.

Me paseé nerviosa hasta que por el rabillo del ojo vi un movimiento bajo mi ventana. Sam y César estaban jugando a algo de lucha entre ellos. Decidí bajar. Al verme, los dos pararon de golpe.

-No quería interrumpir. -dije sintiéndome muy fuera de lugar por un momento.

-No interrumpes, es que... Es raro. -respondió Sam.

-Pero no tiene por qué serlo, somos de la misma edad. -añadió César.

Me puse a hablar con ellos de cosas banales, de lo poco que yo sabía sobre quiénes del mismo curso militar habían acabado con otros, de hipótesis sobre encontrar a nuestro mate después de casarnos con un tercero... Al final, me fue muy ameno hasta el punto de reírme a carcajadas en más de una circunstancia.

César decidió retirarse y Sam lo mismo, pero se quedó replegado perdiendo el tiempo por lo que, aminoré mi paso por si quería alcanzarme. Así fue.

- ¿Sabes Shiba? Ahora tengo un aliciente más por el que competir. -murmuró prácticamente en mi oído.

Me sentí bien de saber que mi futuro no tenía por qué ser tan malo incluso si Jack no ganaba. Jack me miraba con los brazos cruzados sobre el pecho apoyado en la puerta principal. Sus grandes ojos negros me atravesaban como si hubiese fuego en ellos. Fui a dar unos pasos más para hablar con él, pero se giró para desaparecer suficiente rápido como para que no pudiese hacerlo.

¿Por qué había salido de su cuarto?

¿Qué era lo que miraba con esa cara de desaprobación?

Unas hormigas se instalaron en mi estómago y supe que no iba a poder pegar ojo. Al final había vuelto a mi cuarto peor de lo que había salido.

¿Pero por qué?

Solo estaba redoblando mis esfuerzos por salir bien parada de aquella grotesca situación en la que mi vida matrimonial tenía que ser a las prisas y de vital importancia para todos.

¿No era bueno incluso para él que yo tuviese más posibilidades de victoria? ¿Algo así como aliviar su presión respecto al tema?

¿No le estaba dando demasiadas vueltas?

En cuanto el sol salió decidí hacer lo que me había rondado por la cabeza entre sueños cortos, pesadillas y paseos por mi habitación. Salí ataviada con un pantalón corto y una camiseta de tirantes hacia el fondo del pasillo.

Toqué a la puerta sin obtener respuesta pero, por la fragancia tan reconocible, sabía que estaba dentro.

-Jack, tengo que hablar contigo. -Otros golpecitos en la puerta. ¿No pensaba abrirme? -Jack.

Me enfadaba con facilidad, eso era algo de mi carácter que tenía que reconocer, pero si él era idiota, tampoco me lo ponía fácil para desarrollar paciencia. ¿No quería abrir? Yo también era una mujer lobo y tenía fuerza, sobre todo porque nadie había hecho por lógica lo que yo iba a hacer. Le metí una patada a la puerta y la abrí.

Jack estaba en el centro de la habitación, con los ojos centrados en mí y tan solo cubierto por una toalla alrededor de la cintura. Esbozó una media sonrisa, lo cual consiguió ponerme aún más nerviosa.

-No sabía que tardar en ducharme conseguiría ese efecto. -murmuró en un tono que solo él sabría qué quería decir.

Siempre tan enigmático, con sus frases y su indescifrable rostro.

-Tardabas. -alegué en un intento un poco burdo de dar una explicación.

Me había pasado de impaciente, de loca.

- ¿Qué es tan urgente? -preguntó sin alterarse por su casi desnudez.

-Esto... Cámbiate primero. -respondí notando como el color inundaba sin previo aviso mis mejillas.

Coloqué la puerta, aunque ya no tuviese pestillo, y me quedé de pie frente a ella, esperando mientras me mordía el labio. Negué lentamente con la cabeza. Desde luego no había sido buena idea entrar así a esa conversación pero... No había podido borrarla en toda la noche su expresión de desaprobación.

¿No había sido él mismo quien me había dejado claro que mi hermano no me iba a dejar quedarme sola a largo plazo? ¿Si prácticamente había sido su idea!

A lo mejor mi nerviosismo solo se debía a un miedo irracional a que se fuese por cualquier cosa que le molestase dejando los juegos a medias y cargándose mi más esperanzadora baza de tener algún poder sobre la decisión de mi matrimonio.

- ¿Y bien? -cuestionó abriendo la puerta, la cual costó que no se cayese de nuevo, solo vestido

con un pantalón corto y una camiseta de algodón gris que se pegaba a sus amplios pectorales. - ¿Qué era tan importante? -preguntó enarcando una ceja.

-Nada. -respondí titubeante y me giré.

Me alcanzó sin esfuerzo del antebrazo y, en el giro, quedé demasiado cerca de él. Mi nariz estaba a la altura de su cuello dejándome ver nuestra diferencia de altura. Su fragancia masculina me envolvía como si nos estuviésemos dando un abrazo. Y se hizo más que evidente la fuerza de sus brazos y la musculatura que había tenido ocasión de ver tan solo separada por una camiseta.

-Estoy seguro de que venías a decir algo. -dijo y su voz me sonó casi como un ronroneo. - Suficiente importante como para tirar mi puerta abajo. -añadió ronco. -Dime, Shiba. ¿Qué quieres de mí? -cuestionó.

Tragué saliva porque, al mirarle a los ojos, vi los de un cazador admirando a su presa. Sentí vértigo y calor.

Alguien hizo ruido en la escalera y eso fue suficiente para que me soltase lentamente. No podía hablar, tenía la garganta seca. Me fui alejando paso a paso hasta estar suficiente lejos de su cuerpo como para ponerme a pensar de nuevo.

Cuando decidí correr, por suerte para mí, no me siguió.

¿Qué había sido ese fuego? ¿Esa electricidad?

Yo... Nunca había experimentado algo así.

CAPÍTULO 9

JACK

Si había existido vivió muchos años sin que nada pudiese perturbar mi acostumbrada tranquilidad, eso había cambiado en cuestión de unos pocos días.

Shiba era exasperante en todas sus vertientes y no había quién entendiese qué esperaba de mí, de los juegos o del alfa. Pero estaba irritado hasta la médula por nada, por todo.

Bajé los escalones con tranquilidad para deambular por el terreno cóncavo a la espera del siguiente dichoso juego. Me encontré con el grupo en cuestión en escasos minutos y, solo por respeto, respondí al saludo con un movimiento de cabeza.

Fergus llegó a estar muy cerca por lo que intuí que pretendía hablar conmigo.

- ¿Tienes una opinión al respecto sobre que esté aquí que te has callado hasta ahora? -inquirí previendo el ataque.

-En realidad estoy muy tranquilo con tu participación. -rebatí. Busqué duda en su mirada, pero no la encontré. Eso, por algún motivo me produjo un pequeño nerviosismo. -No es como si, ni aun ganando, tuvieses opción de ser tú el que sea escogido. -añadió. Mis hombros se tensaron involuntariamente y mi mandíbula estaba tan apretada que creí que podría romperse en cualquier instante. No dije nada, porque uno sabía valorar cuando la persona que tenía en frente aún no había acabado con un veneno que pensaba soltar. -De eso se habló ayer precisamente, en la charla que tuvo. -Le miré entrecerrando los ojos. -Roco invitó a los que considera de verdad a una copa ayer en su biblioteca.

-Me alegro. -respondí casi escupiendo cada palabra. -Me resulta muy gracioso oír que necesitáis convencer a su hermano porque con ella no tenéis ninguna oportunidad.

No sabía por qué me había salido decir eso, pero sí entendí enseguida cuál sería su reacción. Me empujó y yo a penas me moví.

-Deberíais reservar esa testosterona para el terreno de juego. Hoy también haremos dos. -anunció Roco llegando para poner orden.

No era que no tuviese ganas de partirle el hocico a Fergus, pero no parecía demasiado inteligente la opción de desobedecer a un alfa dentro de su territorio.

- ¿Dos juegos porque así en lugar de una semana se decidirá todo en cuatro días? -preguntó con retintín en su voz Shiba.

Me giré hacia ella. Parecía disgustada. Sus ojos azules estaban algo apagados y parecía haberse serenado bastante de nuestra conversación.

Aunque había intentado aplacar mis dudas, existía una parte de mí, una escondida y prácticamente desconocida, que necesitaba saber qué había llevado a Shiba a mi habitación con tanta impaciencia como para tirar la puerta abajo.

-El resultado no garantizará nada. -dijo entonces Roco, posiblemente intentando calmar la

ansiedad creciente de su hermana.

- ¿Para qué jugamos entonces? -interrogó Olaf con mal genio.

-Quedar primero es lo que queréis porque sois buenos hombres lobo que estáis demostrando que es la mejor opción teneros como esposo. -rebatí de mala gana, casi con un rugido.

- ¿Si ella gana sí escogerá? -interrogó Sam con un tono esperanzador que no me gustó.

-Sí. -respondió incómodo el alfa. -Vamos, al terreno de juego.

- ¿Significa eso que no me harás casarme con el primero? -cuestionó Shiba cuando yo aún estaba suficiente cerca como para escuchar.

-Significa eso que hay gente que debería ganar, pero, si por caminos del destino no lo hace, y me parecen una buena opción, no me comprometo a dárselo al ganador. -Respiró fuerte. -De todas formas, creo que estás intentando hacer lo que debes, conocerlos. -añadió.

La tercera prueba explicada consistía en una carrera con eliminaciones. Debíamos llevar unos petos, si otro jugador conseguía marcar ese peto, quedabas paralizado durante un minuto antes de poder seguir corriendo. La meta última, cruzar la línea blanca.

En sí no me pareció complicado por lo que me coloqué en la línea de salida sin molestarme en calentar. Lo que no esperaba, pero entendí en cuanto sonó el pitido, fue que todos irían a por mí.

Corría rápido, claro que sí, pero era el que menos conocía el terreno y encima me perseguían como si les fuera la maldita vida en ello. Así que opté por otra solución. Me paré en seco y coloqué mis manos en las rodillas, casi como si estuviese fatigado. No tardaron mucho en pasar por mi lado los ocho, unos más lentos que otros, marcándome a su paso.

Ocho minutos de retardo.

Era demasiado... O no.

Una vez que pasaron empecé a dejar salir todo mi potencial, a toda mecha. El corazón bombeaba a una velocidad inhumana mientras que la sangre recorría cada una de mis venas. No era por Shiba, o eso me repetía una y otra vez; Era por mi orgullo de hombre lobo, que creía que era capaz de ganar, y por la esencia de una buena competición que ellos se habían cargado al ir todos contra uno.

¿Qué era el forastero?

¿Y por qué eso me convertía en una amenaza?

¿No querían casarse con Shiba? ¿Y eso no podía pasar aunque yo ganase solo porque Shiba se hubiese llevado una buena impresión del tipo de participación que hicieran cada uno de ellos?

Cuando por fin les vi, tan cerca de la línea de meta, redoblé el aliento que me quedaba. Al marcarlos, ese minuto paralizó suficiente al enemigo. Al único que no alcancé, pero estuve seguro de haber cruzado la línea exactamente al mismo tiempo, fue a Thor.

Bien se notaba que era el hijo de un alfa.

Respiré intentando que bajasen mis pulsaciones.

-Una carrera espectacular... Sin duda. -dijo Roco con una mirada de desconfianza.

-Demasiado, diría. -añadió Thor.

-No sabía que sería un problema. -acusé tranquilo.

Shiba se removía nerviosa en su asiento, con esa cara entre querer explotar y mantenerse en el límite de lo que sabía que estaba a su alcance.

- ¿De dónde has salido Jack? -preguntó Fergus, quien estaba rabioso con mi jugada en la carrera.

-Soy un lobo, tomándome un tiempo para mí mismo. -respondí escuetamente.

-Perfecto, no somos quiénes para investigarte. -soltó Roco. -Pero he decidido que esto se está alargando demasiado. -añadió.

- ¿Perdona? ¡Es mi maldita vida Roco! -gritó Shiba.

-Y por eso vas a hacer algo que tenga sentido. Hoy se suspenderán los juegos. Y tú vas a hablar con todos ellos para ver qué tenéis en común. Así las dos últimas pruebas se harán a conciencia de lo que se está jugando aquí, porque ya no sé si estoy rodeado de hombres lobo respetables o de malditos críos que nunca debieron tener la oportunidad. -rugió Roco.

Algo debía haberse torcido entre sus planes porque estaba de evidente mal humor. Quizá era yo y mis posibilidades de ganar.

La multitud se disipó y yo no pude más que quedarme admirando en la distancia como Shiba se iba riendo con Sam, a quien había elegido como su primer candidato para hablar.

¿Por qué él? ¿Y de qué se reían?

Sabía que tenía que dejar de mirar, desenlazar el nudo que sentía... Así que hice lo que estaba a mi alcance y me perdí por el bosque.

-Aquí estás... -Roco llegó suficiente ruidoso como para que no me sobresaltase. -Todo un descubrimiento que te ofrecieras... Pero mucho más que fueses tan bueno. He visto tu potencial en la carrera y me pregunto cómo es que alguien de tu edad, porque joven no eres, estás solo. No es lógico que no tengas una manada propia o pertenezcas a una por elección. -aseguró.

- ¿Y vas a ofrecerme un sitio en tus filas como militar? -cuestioné sabiendo que no de forma irónica.

-En realidad quiero asegurarme de que tienes claro cómo es tu participación en estos juegos...

- ¿Lo que ya has hablado con los candidatos reales en una charla privada? -pregunté dejando en evidencia que lo sabía.

-Exacto. -reafirmó decidido. -Y los dos últimos juegos... Bueno, no es que no quiera que tenga la oportunidad de ganar y decidir, es mi hermana... -empezó diciendo. -Pero quiero que no lo tengas ya hecho en la tabla y tal como vas... Eso es complicado. -añadió.

-No veo a dónde quieres llegar. -divagué sabiendo que la paciencia no era mi fuerte.

-El siguiente juego solo podrá hacerlo aquel hombre lobo que sabe que vale lo que vale su manada. Aun así podrás participar en el último. Preveo que haya un empate en el final y... Tendré a bien dejar que ella misma elija si es así. -puntualizó.

-Así que amañar una de las pruebas para forzar un empate y parecer benevolente al dejarla elegir es el plan... -señalicé.

-No me juzgues, si estuvieras en mi lugar, lo entenderías. -sentenció.

Se fue sin decir nada más negando lentamente con la cabeza.

¿De dónde se creía que había salido yo?

Algo se estaba despertando en mi interior, algo tan oscuro como real. Sabía exactamente qué había querido decir con lo de la próxima prueba y eso era porque, aunque él no lo supiera, yo ya había visto eventos como ese cuando mi padre estaba vivo.

Yo iba a quedar el maldito primero y Shiba escogería. Y no solo porque yo valía suficiente como para ganar, sino porque Roco se estaba equivocando y no tenía derecho a hacerse el benevolente cuando la realidad era que no estaba siendo claro en lo que estaba pasando: Shiba no tenía opción y se iba a casar con alguno de esos ocho, quisiera o no.

¿A qué le tenía tanto miedo Roco?

¿Estaba Shiba en peligro?

¿Por qué esa idea removió cada centímetro de mi ser?

CAPÍTULO 10

SHIBA

Mi pulso estaba desbocado desde que había amanecido y no encontraba a Jack por ninguna parte.

-Debes haber hecho esta mañana más kilómetros que en todo el año pasado. -aventuró Roco saliendo desde alguna parte. No correspondí a su gracia. - ¿Hablaste con todos ayer? -interrogó ya poniéndose más serios.

-Sí. -contesté aun a sabiendas de haber intentado localizar a Jack en último lugar y no encontrarlo.

Había algo en él que era diferente de todos los demás... Emanaba una seguridad excepcional en todo lo que hacía, como si supiera exactamente qué debía hacer para salir impune a cada situación. Y luego estaba esa forma de conseguir que algo dentro de mí se encendiera con solo llevarle la contraria.

-Vamos. -ordenó tranquilo.

Le seguí sin rechistar, lo cual consiguió que me estudiase como si de repente me hubiera convertido en un vampiro o algo así. Yo siempre replicaba, siempre.

- ¿Qué hace aquí Rubick? -pregunté.

Rubick era el hermano mayor de Thor, el otro hijo del alfa de más allá de la montaña. Una imagen clara de superioridad.

-Como algunos han deducido, porque en cualquier juego que se precie de manada tiene que estar presente, hoy se hará el combate por representantes. -anunció para mi absoluto rebote.

-Eso es capcioso. -dije en su oído porque sabía que llevarle la contraria en alto no me iba a llevar a nada bueno. -Sabes que mi participante no tiene a nadie que le represente. -añadí a regañadientes.

-Y eso es raro Shiba. -contestó en el mismo tono confidente pero clavando sus ojos en mí. -He visto cómo le miras. -añadió consiguiendo que me quedase paralizada. -Pero un hombre lobo tan fuerte, rápido y posiblemente con años de existencia, no está solo si es bueno. -concluyó.

¿Teníamos que suponer entonces que era malo?

Los hechos no decían eso. Sí que era serio, y rudo, e incluso condescendiente con los otros participantes... Pero conmigo había sido bueno desde el principio, desde que nos habíamos encontrado, desde que mis ojos se habían posado de una manera especial en él, en el bosque, por primera vez.

- ¿Se ha retirado? -preguntó Olaf con su tono altivo habitual.

Desde luego, no se me pasaba por la cabeza ni por asomo que fuese una opción. Ni en ese momento, ni aunque fuese el último hombre lobo sobre la tierra.

-Es lógico que se salte el juego si no tiene quien le represente. No quedará descalificado porque

no sería justo, pero obtendrá la puntuación más baja. -explicó Roco a mi lado.

Genial...

-En realidad. -La voz de Jack se hizo plausible cuando yo estaba convenciéndome de que su fragancia estaba en mis fosas nasales sin motivo, más como una imaginación. Al girarnos, encontramos a un hombre lobo alto y fuerte, con un fuerte estatus, al lado de Jack. -He traído a mi hermano, Jaiden, para que participe por mí. -aseguró.

- ¿Tu hermano? -cuestionó Fergus estudiando al nuevo rival.

-Es... ¿Otro lobo solitario? -preguntó Roco intentando volver a tener el control de la situación.

- ¿Lobo solitario? -interrogó el tal Jaiden risueño, carismático. -Nosotros pertenecemos a la manada de Jayce, el lobo de las tierras del lago sur. De hecho, ambos somos sus hermanos. -respondió dejándonos a todos boquiabiertos.

-Pero tú estabas solo en el bosque cuando encontraste a Shiba... -murmuró Roco.

Todos estaban callados. Incluso yo era incapaz de decir nada.

-Sí, decidí ir a conocer otras partes del mundo. No está prohibido que yo sepa. -intervino de nuevo Jack tranquilo.

-Te callaste esa información. -retó Thor enfadado.

- ¿Qué te da miedo exactamente? -cuestionó Jack medio sonriendo.

Era engreído en esa sonrisa, pero también arrebatador.

Mierda.

Cada cosa que hacía o descubría, conseguía dejarme boquiabierta y con el corazón latiendo un poco más sin sentido.

Jaiden ganó sin demasiado esfuerzo, incluso al hermano de Thor. Eso dejó a los participantes molestos y mi hermano estaba serio.

Intenté cruzar alguna mirada con Jack, que estaba relajado con la presencia de su hermano. Hablé con Sam un rato, quien no parecía tan disgustado con el resto. Pero solo estaba esperando mi momento.

Mi hermano anunció que el último juego sería el rastreo de algo en movimiento complicado y que no quisiera ser atrapado. Pensé en que esa podía ser mi descripción por completo y me reí sola en voz alta.

Ahí de repente encontré la mirada de Jack clavada en mí. Se alejó mientras Jaiden se quedaba cómodo bajo un árbol.

Al pasar por delante de él, porque parecía una maldita carrera contra Jack, me paré.

- ¿Qué se supone que haces tan calmado y risueño? -pregunté.

-Me hace gracia que Jack haya ido hasta la manada para pedir algo así. -Soltó una risita. -Y solo me queda esperar al final de esta prueba para irnos los dos. Eso fue lo que dijo. -añadió.

¿Qué se iba?

¿Ya?

Fui a encontrarlo justo en el lago donde lo había hallado dormido una vez.

- ¿Es este tu sitio de esconderte? -pregunté sin saber bien cómo empezar.

-Yo nunca me escondo Shiba. -respondió serio.

- ¿Y cuál es la prisa por irte? -inquirí colocando los brazos en jarras.

- ¿Y para qué iba a quedarme? -replicó tocándose con dos dedos el puente de la nariz.

-No veo cuál es la prisa. -insistí.

- ¿Has pensado ya qué vas a reclamar exactamente cuándo ganes? -preguntó con los labios fruncidos y la vista perdida en el lago helado de detrás.

-Pues... Yo... -titubeé.

-Debes tenerlo más claro cuando finalice la prueba porque no creo que te dé demasiado tiempo. -afirmó.

- ¿Y te da igual? -cuestioné en un chillido.

- ¿Debería no darme lo mismo? Yo voy a ganar, que es lo que tu querías y es a lo que yo me ofrecí. -respondió.

Me sentí ofendida de nuevo, sin motivo o con motivo no lo sabía. El pulso acelerado, mi corazón a toda mecha y él... Indescifrable.

-Si hubiera una puerta de por medio, la tiraría de una patada. -dije sin sentido y con unas ganas incontrollables de llorar.

Se iba a ir, después de la prueba, sin mirar atrás.

¿Y por qué yo me había hecho una idea de que él hacía todo lo de los juegos por mí, por algo más que su maldito orgullo?

Lo que yo sintiera daba igual.

¿Solo quería ganar por ser el mejor de un lugar de que le importaba una mierda?

Pues no iba a ganar la prueba, me negaba a que lo hiciera para deberle algo cuando él no quería nada que tuviese nada que ver conmigo.

CAPÍTULO 11

JACK

Ni todo el tiempo en pruebas del mundo me hubieran capacitado para entender a Shiba. Ella se enfadaba con tanta facilidad que no estaba a mi alcance pero... Endemoniadamente me importaba.

Incluso sabiendo que Jayce y Jaiden se sorprenderían, había ido hasta mi manda a pedir que Jaiden viniese conmigo para hacer la estúpida prueba. Me lo recordarían de por vida.

Al inicio del último juego, busqué con la mirada una infinidad de veces a Shiba. Quería hablar con ella antes de terminar con todo y volverme a la manda, o marcharme más tiempo; Ni siquiera sabía qué iba a hacer.

Rastrear... Eso era sencillo, pero cuando dijo que era a la propia Shiba a la que rastreábamos... Se volvió más complicado.

¿Por qué?

Porque un instinto animal, desde el centro de mi interior, me gritaba que no quería que nadie la siguiese de ese modo persecutorio; Que nadie tenía derecho a hacerla sentir presa; Que jodidamente, por algún motivo, era mía.

El inicio me costó porque estaba demasiado obcecado con la ira que se estaba despertando en mí contra el resto de participantes. Thor estaba hinchado como un pavo porque su hermano, quien había luchado en su nombre, había quedado bastante bien parado. Era normal si tenía en cuenta en qué posición social debía estar dentro de su manada.

Fergus había tomado un camino totalmente diferente del mío y tuve que preguntarme si no era uno de los que más ventaja tenía; Al fin y al cabo, era el más antiguo de los que participaba de la manada de Roco y, por lo tanto, quien más conocía cada uno de los recovecos del terreno.

Los jóvenes andaban más perdidos y, por un instante, me sentí igual.

¿Por qué me resultaba tan complicado seguir el rastro a vainilla que tan claro se me hacía relacionar con Shiba si yo era un gran rastreador desde siempre?

Algo parecido al miedo empezó a instalarse en mi pecho.

¿Y si le había pasado a algo?

Me quedé parado, escuchando el bosque, omitiendo todo aquello que carecía de importancia... Y nada importaba, joder, porque solo importaba Shiba.

Fue extraño porque, al entenderlo, la fragancia inundó mis fosas nasales como si estuviese justo a mi lado cuando no debía haberse movido de ese lugar. Fui lentamente hasta el río y lo crucé hasta llegar a la primera cueva.

-Eres buena escondiendo tu rastro, utilizas el agua. -murmuré mientras me observaba tras sus hermosos ojos azules.

-No tenías que encontrarme. -susurró tan bajito que no estaba seguro de si quería que la oyese.

- ¿Y qué se suponía que tenía que pasar? -pregunté sintiéndome enfadado con la sola idea de que quisiese a otro en mi lugar.

-No lo sé Jack. Yo... -Se quedó callada de pronto. -Solo quiero tener la libertad para ser yo misma, para decidir si quiero o no estar con alguien ahora. -añadió.

- ¿Eso es lo que quieres? ¿Estar sola? -interrogué sintiendo una punzada aguda de dolor, casi de traición en el pecho.

-Jack es que... -empezó a decir.

-Muévete. Le diré a tu hermano que te he encontrado. -Bufé. -Y así podré irme de este maldito infierno.

La oí seguirme y me fijé en la cara disgustada de Roco al verme llegar con ella. Aulló para reunir a los participantes, quienes, desde luego, tampoco estaban alegres con el resultado.

-Bueno, supongo que Shiba necesitará tiempo para pensar en el resultado de los juegos que tan buenos momentos nos ha ofrecido. -comunicó tenso el alfa mirando a su hermana.

-Alfa. Roco. Ha sido un placer permanecer estos días como invitado en tus tierras, pero ha llegado el momento de partir y continuar con mi viaje. Además, he de acompañar a mi hermano de vuelta. -solté ganándome más de un murmullo.

El silencio posterior, podría haber sido el más largo que hubiera escuchado.

Shiba se dio la vuelta y se marchó sin mirarme siquiera. Ella estaba contenta con poder decidir... Lo demás debía de haber sido producto de mi imaginación. Pero lo que estaba claro era que no me iba a quedar allí esperando ver cómo se alegraba de mi resultado para irse con a saber quién en cualquier momento.

-Jack. -Mi hermano Jaiden había sido prudente todo el tiempo, pero era consciente de que llegaría el momento en el que querría hablar del dichoso tema -Podríamos habernos quedado algo más de tiempo.

- ¿Para qué? -pregunté haciéndome el tonto.

-Creía que... -murmuró.

-Pensaba que tú, precisamente tú, sabrías que no siempre se puede estar con quien uno quiere. -espeté.

Jaiden tenía mucho que callar en ese aspecto. Debió entenderlo a la perfección porque no volvió a sacar el tema.

Llegado a cierto punto del terreno, ambos nos despedimos con un movimiento de cabeza leve. No era como si fuese a volver al clan sin resolver el endemoniado carácter que solo se había agravado con aquella aventura no programada.

Al caer la tarde, hice una hoguera para asar los frutos que había encontrado. Siempre había sabido estar solo.

Cayó repentinamente tierra en mi hoguera. Alcé la cabeza. Una fragancia familiar a vainilla lo

envolvía todo.

Sus ojos azules estaban sobre mí y su expresión era furibunda.

- ¿Estás loca? -cuestioné recordando con exactitud el momento en el que nos conocimos y me había fascinado por primera vez.

-Loco estás tú por irte. -Me pegó en el pecho. -Por abandonarme. -Otra vez. -Por poder olvidarte tan fácil de mí.

-No podría olvidarte ni sentir lo que siento por ti ni aunque viviese de nuevo tantos años como tengo. -sentencié.

Inundé su boca sabiendo que era el principio de la eternidad.

LA HISTORIA DE JAIDEN

CAPÍTULO 1 LORI

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me había escondido entre los matorrales para dejar que mi deseo carnal saliese en todo su esplendor a estar con Jaiden. Era fuego para mí, una dulce promesa que sabía a sal y emanaba calor que, sin embargo, sabía que nunca se tornaría para recibir en forma de amor.

Él era para mí. Yo tenía claro eso en cada entrega, en cada amanecer e incluso en cada respiración, pero eso no significaba que fuera mutuo. Jaiden me deseaba, claro que sí, lo demostraba en cada encuentro que teníamos, pero mi estatus, tan por debajo del suyo en la manada era suficiente para que nunca se pudiese saber lo que hacíamos.

¿Y alguien que me escondía de esa forma era alguien que me amaba?

No, claro que no.

Di vueltas por el bosque recogiendo algunas de las plantas que aumentaban el boticario del clan. Era buena en lo que hacía y si podía estar agradecida por algo, era porque después de tanto tiempo hubiera llegado a mi vida una persona buena como Aisha, una amiga leal que se había emparejado con el alfa, Jayce, aun cuando parecía que no lo harían.

Si no era mentirosa conmigo misma, y no me gustaba serlo. Había sido como un puñetazo en el ojo para mí que las cosas se resolvieran de ese modo porque, al fin y al cabo, demostraba una cosa: Si el amor estaba presente, se podía.

Llevaba mucho tiempo viva y nunca me había importado pasar inadvertida a los ojos de los machos que intentaban buscar a mujeres con el mismo estatus, pero Jaiden había arrasado todo mi mundo cuando un día de primavera clavó sus ojos en mí de una forma animal. Esos ojos verdes se habían tornado casi negros para después actuar con determinación, dejando saber que yo era algo que deseaba.

De eso hacía ya un largo año en el que yo, aunque al principio sí me lo negaba, esperaba a que cambiase de opinión sobre lo de que nuestra relación era una aventura pasajera.

La última vez que habíamos estado juntos, hacía ya tres meses, habíamos sido acusados por segundos de participar en el envenenamiento del alfa por no poder explicar en qué circunstancias pasaron las cosas, pero claro, que Jaiden hubiese dicho que yo gemía bajo su gran cuerpo mientras su boca recorría mi cuello con pequeñas dentelladas que marcaban mi piel aunque luego nadie se percatara de ello, hubiera sido demasiado pedir.

¿Y qué hacía desde entonces?

Volver a centrarme en mi trabajo de curandera e intentar que Aisha tuviese un embarazo tranquilo como portadora del primogénito del alfa. Si siempre había sido una mujer de carácter, ese cachorro dentro la tenía prácticamente endemoniada de forma que se había vuelto un poco difícil, o eso decían porque yo lo notaba tanto, tratar con ella.

- ¿Se puede saber por qué huye todo el mundo de mí? -vociferó mientras que ya entraba en la casa principal para ofrecerle un té de hierbas que aliviase su sensación de malestar.

-A lo mejor porque no paras de gritar. -dije en confianza.

Shiba se rió. La reciente mujer de Jack había sido acogida con los brazos abiertos por todos y cada uno de los integrantes de la manada y, eso, consiguió también hundirme un poco aunque procurase que no me importase.

¿Por qué lo había tenido tan sencillo si había salido de la nada?

Simplemente porque ya era alguien: Era la hermana de un alfa y, eso, además de darle un estatus muy alto en su propia manada, se lo confería en la nuestra; Era tener un aliado político en montañas que hasta entonces ni habían querido visitar. Jack parecía feliz, y eso que siempre había sido el más serio de los tres.

¿Eso me había dado esperanzas?

Sí. No quería mentirme, joder. Hubo ratos de esperanza en los que quería creer que Jaiden volvería a buscarme y que tras un sexo alucinante me diría que había entendido que el amor era algo que se perseguía hasta conseguirlo. Pero eso no iba a pasar y yo tenía que bajarme de la luna a la que había querido subirme.

- ¿En qué piensas? -interrogó Aisha.

Yo no me había dado cuenta de que ambas se habían quedado en silencio mirándome. Era algo que me empezaba a pasar con frecuencia. Me evadía de la realidad que me rodeaba porque se me empezaba a hacer insoportable pese a haber ganado mucho en ciertos aspectos.

¿Por qué era el amor lo que más pesaba? ¿Por qué el desamor era capaz de arrasar con todo lo bueno que había conseguido tener?

Tenía amigas y mi estatus, si bien no se había hablado de él, tenía que haber mejorado. Estaba siempre, literalmente siempre, en la casa principal del alfa, rodeada de Aisha y Shiba, quienes me trataban como iguales.

-En nada. -mentí.

Yo no compartía mi vida con demasiada facilidad, ni siquiera con Aisha que me unía un rito de secreto. Era como si el pasado aún me pesase en cada poro de mi existencia. Pocas personas eran conocedoras de él en realidad, porque todo había pasado en tiempos oscuros, cuando aún era alfa el padre de Jaiden y los demás; Cuando al morir se sumió en un caos sin precedentes...

- ¿Algún día nos contarás tu historia? -preguntó Shiba entonces tocando mi mano con cariño, como una buena amiga que parecía ver más allá de lo que se decía con palabras, como si fuese capaz de percibir mi dolor.

-Algún día. -mentí de nuevo.

No era algo que pensase compartir jamás. No iba a aportarme nada positivo. No había prácticamente nadie que supiese de dónde había salido y, si alguien era suficiente viejo como para saberlo... Habría decidido por su cuenta que yo ya había sido portadora de malos momentos suficiente.

Yo era Lori, hija de un alfa loco, vendida a un alfa malo, y una asesina de alfas a todos los efectos.

¿Qué de bueno podía sacar de contar todo aquello?

A veces era como si sí se supiese o como si se intuyese de alguna forma al verme, porque nadie me preguntaba. Y ni siquiera las personas que se habían atrevido a juntarse conmigo de uno u otro modo, como podía ser Lewis, quien conocía por ser doctor algunas de mis heridas; O Jaiden que se había acercado suficiente como para acostarse conmigo y ver algunas cicatrices, habían querido indagar en el asunto.

Hacía muchos años ya que había decidido encontrar mi felicidad en otras cosas, y esas cosas sí que se habían cumplido de alguna manera...

¿Por qué entonces me parecía que me había mentido a mí misma, pese a no querer hacerlo, durante toda la vida?

CAPÍTULO 2

JAIDEN

La loba con la que acababa de tener sexo en mitad del bosque se recolocó la ropa y se fue con las mejillas encendidas antes de que alguien nos encontrase. Había sido satisfactorio. Eso era todo lo que podía decir de ese encuentro.

Negué lentamente con la cabeza mientras nadaba en el río para limpiar mi piel, como si mi propio cuerpo me reprochase mi actitud.

Se acostumbraría.

Mi hermano me encontró con facilidad. Era el alfa, todo lo veía y sabía. Y si algo estaba fuera de su alcance era porque él mismo así lo había decidido.

Después de lo que había pasado, había decidido que era insano seguir en ese círculo vicioso con Lori, pues nunca íbamos a ser nada más que lo que habíamos sido durante un tiempo: Unos amantes fogosos que compartían momentos de compañía.

¿Por qué cada vez que nos cruzábamos me molestaba sentir que sus ojos despedían odio?

Yo nunca la había mentido respecto a mis intenciones. Era un chico amable, risueño y sincero. O eso decía todo el maldito mundo.

-Parece que tenemos visita. -comentó tranquilo.

Era raro ver a Jayce tan calmado pese a que era su esencia natural. Desde que Aisha se había quedado embarazada se pasaba el día preocupado y corriendo, como si tuviese miedo de que cualquier cosa pudiera conseguir que eso saliese mal.

-Iré a ver. -concedí.

Mis labores habían crecido cuantiosamente por el simple hecho de dejar que mis hermanos disfrutasen de sus vidas matrimoniales, y me encontraba a gusto con eso. Quizá porque ocupaba mi mente.

Avancé a través de los árboles sin prisa, silencioso y con cuidado, hasta que vi a los forasteros. Tres lobos, dos machos y una hembra, caminaban tranquilamente. Desde luego, no parecían ninguna amenaza pero no habían sido invitados.

¿Momento de paso hacia algún otro lugar?

Debía ser eso.

Con la certeza de que solo eran tres, me fijé en sus formas y fuerza. Pensé en bajar, desde luego era posible que les ganase, pero me contuve. Había algo que no me cuadraba, una incertidumbre más allá del número.

Volví hasta el centro e hice una señal para que tanto Jayce como Jack viniesen y, tal como esperaba, ambos se mostraron reticentes a dejar a sus mujeres ante una posible amenaza. Roth avanzó entonces para acompañarme y volvimos hacia el bosque.

No eran lobos lentos, pues cuando salimos, prácticamente estaban dentro de la línea de seguridad.

- ¿Quiénes sois? -interrogué mostrándome, en forma humana, ante ellos.

- ¿Uno de los hermanos del alfa? -inquirió la mujer, adoptando su forma. Era una mujer de avanzada edad en apariencia y eso era sumamente raro porque un lobo, hembra o macho, solo envejecía en apariencia si decidía por voluntad propia que el paso del tiempo empezase a afectarle hasta llevarle a una muerte natural.

¿Quién quería renunciar a la inmortalidad e inmunidad propios de ser hombres lobo?

Al observarla, mientras los otros dos hombres lobo conformaban su forma humana, opté por pensar que no eran, de primeras, una amenaza. Roth permanecía serio, cauteloso, a mi lado, dejando que fuese yo quien llevase la voz cantante aunque era un guerrero más antiguo y experimentado.

- ¿Entiendo que conoces a mi familia? -pregunté sin saber bien cómo formular las preguntas correctas.

-O... No exactamente muchacho. -contestó.

¿Muchacho?

-Venimos con intención de hablar con el alfa, para una cuestión de paz que poco o nada puede afectarle en realidad. -comenzó uno de ellos. -Buscamos a alguien. -añadió.

- ¿Qué está en este territorio? -inquirí intentando entender algo de aquella inusual situación.

-Que podría estar en cualquier parte. -respondió el tercero, quien hasta ese momento no había articulado palabra.

- ¿Es una petición de ayuda inocente? -cuestionó Roth enarcando una ceja.

-Así es. -afirmó la señora en actitud tranquila.

Roth y yo nos observamos en silencio. Asentí y él se marchó.

Todos allí entendimos que debíamos esperar a que volviera con una aceptación o un rechazo, por parte de Jayce, de atender a un requerimiento de forasteros.

Algo me ponía inquieto sin motivo pero, por mucho que los miraba, no era capaz de ver qué tenía alguno de ellos para producirme semejante malestar. Yo solía estar abierto a conocer a la gente; Era de los tres hermanos el más sociable.

¿Qué me pasaba?

Había algo ciertamente injusto en querer negarles tal oportunidad solo por una opinión personal que debía estar basada en mi propio malestar de aquel momento. Esperé las instrucciones de Jayce, tal y como debía ser.

Roth no llegó a acercarse del todo. Desde lo alto de una roca, como si no quisiese separarse mucho del centro de vida de la ciudad en el momento en el que los intrusos cruzasen, me hizo una señal.

¿Qué mosca le había picado también a Roth? ¿Le darían ellos por algún motivo mal rollo

también a él? No era por ninguna hembra que fuese suya, ya que los lobos éramos muy precavidos y territoriales con eso... ¿Entonces?

-Acompañadme por aquí. -invité.

Anduvieron detrás de mí hasta llegar al centro, donde todo estaba en calma y despejado. Jayce debía de haber tomado la precaución de quitar a los más inocentes del medio y advertir a los hombres lobo cabeza de familia de la posible pero improbable amenaza.

Poco podían hacer tres forasteros en el centro de una manada, pero nunca había que subestimar al enemigo. Era la primera regla del entrenamiento militar.

-Bienvenidos. -inició Jayce. - ¿En qué podemos ayudaros? Me han mencionado que buscáis a alguien. -añadió.

-Sed protegidos por la luna por el gesto de dejarnos exponer nuestro caso. -respondió dando un paso hacia delante la mujer evidenciando lo avanzada en años que debía ser por sus maneras y lenguaje. -Voy en busca de una mujer lobo, desaparecida hace mucho tiempo pero la cual sospecho que sigue viva. Es de vital importancia que la encuentre pues tiene un deber que cumplir para con mi manada. -explicó.

- ¿Se la busca por algún crimen? -interrogó sensato Jack. - ¿Debemos estar alerta en ese sentido?

-Oh, no diría que es inofensiva pero... No, no la busco para que pague por ningún crimen. -respondió de una forma casi enigmática. -Busco a Laurel Durell. Es una mujer de rasgos finos; mirada aguileña; ojos color ámbar; y una bonita melena rubia. -especificó.

De haber visto una mujer así, me acordaría.

CAPÍTULO 3

LORI

Lo noté de alguna forma potente en mi ser, como quien está unido a algo inherentemente.

No era posible pero me fue inevitable dejar lo que estaba haciendo para asomarme a la ventana como estaban haciendo Shiba y Aisha.

- ¿No qué ibas a hacer otro té? -preguntó jocosamente Aisha dejándome espacio.

La vi antes de oír lo siguiente que tenía que decir.

-Oh, no diría que es inofensiva pero... No, no la busco para que pague por ningún crimen. - empezó a decir mi madre. -Busco a Laurel Durell. Es una mujer de rasgos finos; mirada aguileña; ojos color ámbar; y una bonita melena rubia. -determinó.

Noté un temblor en mis manos y un sudor frío en mi nuca. Me aparté de la ventana de un impulso provocando que ambas mujeres me observasen como si no fuesen capaces de entenderme.

Bueno, nadie iba a saber que era yo. De todas formas, yo había cambiado mi aspecto de manera que nadie me reconocería con esa descripción. Solo tenía que esperar a que siguieran su viaje en mi búsqueda para dejarme seguir con mi vida.

¿Y a qué venía esa búsqueda?

Hacía tantos años que había abandonado esa vida.... Nada indicaba que fuese a resurgir nunca. Y no se podía sacar nada de aquellos restos.

- ¿Te encuentras bien? -preguntó Shiba levantándose de su sitio para acercarse a mí.

-Sí, sí. -respondí rápida evitando el contacto visual con miedo a que se viera mi iris ámbar.

Utilizaba hierbas para gestionar los cambios en mi apariencia suficientes como para no llamar la atención; permanecer invisible y en un perfil bajo. Así era todo lo feliz que esperaba ser...

- ¿Tú qué edad tienes Lori? -preguntó Aisha entonces mirándome.

No podía saberlo.

- ¿Por qué? -cuestioné a la defensiva.

-Por si te suena alguna mujer que haya pasado por aquí con esa descripción. -respondió tranquila.

Vale, no se lo estaba planteando...

-Pues tendría que hacer memoria, pero así a priori no. -enuncié notando la boca seca. El temblor de la mano no cesaba por mucho que lo intentase. -Debería irme ya, yo... Tengo que hacer té. -añadí.

Bajé rauda hacia la cocina donde nadie entraba nunca si no era alguno de los empleados para quienes pasaba invisible.

La tetera estaba tardando en pitar o esa era mi impresión, puesto que estaba impaciente dejando que mi pie repiqueteara contra el suelo mientras esperaba, ya casi alcanzaba el chiflido que indicaba que estaría listo cuando sentí calor detrás de mí.

Me giré sabiendo exactamente a quién encontraría allí. Tan reconocible para mí, tan tentador, tan doloroso.

Jaiden.

-No sabía que tú sirvieras té a los invitados. -dijo sin que eso cobrara ningún sentido para mí.

Cuando lo hizo, que fue entender que los invitados, mi familia, había pedido té y que irían a por ello... Intenté salir de allí.

Jaiden me retuvo con una mano de la cintura. Nuestras miradas se quedaron en un limbo pareciendo desde fuera una lucha de titanes.

-Suéltame. -ordené poniendo énfasis, ese que nunca me había salido ante él, en cada sílaba para reforzar mi mensaje.

Tenía que salir de la cocina. Tenía que desaparecer.

Golpeé su pecho con una mano para mostrar determinación y contundencia. Me cogió de la muñeca mientras en su rostro se instalaba una expresión de incompreensión. No entendía del todo qué era lo que le sorprendía tanto de verme enfadada, él me había tirado a la basura como algo que ya no le venía bien sin tener en cuenta mis sentimientos o lo que habíamos compartido.

- ¿Se puede saber qué te pasa? -cuestionó autoritario.

No ejercía tanta presión en mi muñeca como yo sentía, pero en aquel momento, ese agarre me hacía sentir como en una cárcel. El oxígeno empezó a abandonarme presa de la ansiedad. Todo lo que había conseguido... Estar oculta tanto tiempo... Haberme quedado en un sitio donde no me querían... Para nada.

-Jaiden. -dije en un último aliento mientras notaba como mi cuerpo se desplomaba.

Caí prácticamente inconsciente. Lo sabía por cómo tenía la mirada perdida, por cómo el sonido de la tetera, ahora apremiante con ser sacada del fuego, chiflaba prácticamente lejos. Y sobre todo, porque notaba cada dedo de Jaiden en mi cuerpo intentando que no me desplomas.

- ¿Qué le ha pasado? -interrogó la voz inconfundible de Aisha, quien debía de haberme ido a buscar por tardar tanto.

- ¿Jaiden? -preguntó Jayce, quien nunca estaba demasiado lejos de su mujer.

Buscaban una explicación mientras yo estaba asfixiada con el devenir de los acontecimientos. Necesitaba reaccionar, levantarme y huir.

-Laurel... -La voz de mi madre, sorprendida y apenada sonó entonces.

Era el principio del fin.

Terminé de quedarme inconsciente.

CAPÍTULO 4

JAIDEN

¿Cómo iba a ser Lori la tal Laurel?

No. Además, no encajaba con la descripción que la señora había hecho de la mujer.

Me detuve, como todos los demás ante la situación caótica, a esperar alguna clase de explicación. Lori estaba desplomada en el suelo y nada conseguía despertarla. Aisha la abanicaba de forma nerviosa.

-Solo trae hojas de fresno. Son parecidas a las sales. -dijo la señora mayor.

-Tiene que haber un error. Ella no puede ser a quien buscabais. De hecho, creo que se trata de un error llevados por la necesidad de encontrar a la persona que habíais descrito. -dijo Jack, tranquilo y cauteloso.

-Deberíais llevarla a su cuarto. -intervino Jayce.

-Solo dadle las sales. -intervino Shiba, quien pese al poco tiempo en la manada, siempre decía lo que pensaba.

Pasaron la hoja machacada por cerca de las fosas nasales de Lori, a quien no podía dejar de mirar, y ella estornudó.

-Estoy bien. -comenzó a decir incorporándose. -Tranquilos todos, yo... Ya me iba. -añadió levantándose, pareciendo desorientada.

-Lori, vas a tener que disculparnos por no poder retrasar tu malestar pero... Creo que si hablamos en el salón, con estos señores tan amables, podríamos aclarar la situación de la que tú has acabado en el medio por algún lamentable error. -sugirió Jayce, el alfa, mi hermano.

Las chicas seguían ayudando a Lori, quien seguramente por su estado desorientado no estaba siendo capaz de reaccionar y que las cosas se solucionasen.

Yo cerraba la fila y me encontraba inusualmente nervioso pero no conseguía hallar el motivo. Una confusión no podía ser suficiente como para ponerme así de tenso, pero... ¿Y si sí era quien fuese a quienes se refería esa gente? ¿Laurel?

¿Y qué importaba?

-Sé que no es ningún error. -dijo la señora, llamada Helda. -Sé reconocer a mi hija por mucho que haya cambiado a lo largo de estos interminables años. -azuzó.

Los segundos se tornaban eternos en la espera de una contestación de una manera asfixiante.

- ¿Qué hacéis aquí? -inquirió Lori.

Y de todo lo que podía haber dicho, esa pregunta dejaba clara una cosa: No había ningún error.

-Eres Laurel Durell, eres tú quien debería explicarnos cómo es que, estando viva, decidiste estar tanto tiempo escondida en un clan lejano. -soltó otro de los forasteros, llamado Francis.

-Yo no he estado escondida, sencillamente me adherí a este clan. -dijo Lori colocándose con la espalda recta y los labios fruncidos. -Yo ya no tenía uno. -añadió.

- ¿De qué estamos hablando? -pregunté de repente poniéndome suficiente nervioso como para interferir. Eso consiguió que me ganase miradas reprobadoras entre mis hermanos. -El más joven de nosotros lleva vivo... Demasiado. ¿De qué siglo hablamos?

-Ella dobla en edad a cualquiera de vosotros, pero bueno, son cosas que ya no os atañen, en cualquier caso, lo hablaremos por el camino. -soltó el tercer individuo forastero, Vic.

- ¿Y dónde se supone que hablaréis? -cuestioné.

Estaba llevando, aun sin corresponderme, la voz cantante del interrogatorio. Pero era una necesidad imperiosa, casi enérgica desde dentro de mí ser. ¿Por qué? No importaba era lo que más me repetía pero ella y yo habíamos tenido nuestras cosas y... Eso me colocaba en una posición, según mi propia lógica, prioritaria sobre lo que se estaba conversando.

-De camino a casa. -señaló Helda. ¿Casa? ¿Cuál casa? -Pero primero, arregla tu aspecto Laurel. -ordenó dirigiéndose a Lori.

Ella asintió.

Todo carecía de sentido para mí y cuando Lori simplemente se perdió doblando la esquina del pasillo, mientras Jayce se quedaba hablando de los detalles con Helda, no supe qué hacer.

Acabé por seguir a Lori.

Abrí su habitación sin llamar siquiera aunque yo no había hecho eso ni cuando nuestros encuentros pasionales llegaban a la hora. Ella me observó callada desde su tocador, del que sacaba algunas prendas.

- ¿Qué se supone que estás haciendo? -interrogué enfadado.

Yo solía ser risueño. Yo tendía a reírme de absolutamente todo, pero algo había cambiado en mi carácter desde el envenenamiento de Jayce en el que había renunciado a cualquier tipo de encuentro con Lori. Ella no era para mí, eso estaba claro por nuestras posiciones sociales, pero... ¿De dónde partían mis nuevas dudas?

El mal carácter estaba presente en mí como un huracán en aquel momento.

-No sé qué es lo que no entiendes. Cojo mis pocas pertenencias. -respondió sin mirarme.

-Llevas mucho tiempo en esta manada. -empecé a decir aunque hasta hacía cinco minutos no me podía imaginar que no fuera, desde siempre, del mismo clan que yo. ¿Nunca habíamos hablado de ello? No, no lo habíamos hecho. Me dio un poco de coraje pensar en todas las veces que me había levantado desnudo después de un encuentro carnal para irme a mis deberes con la manada. Ella a veces había intentado hablar de algo... Yo no la había escuchado. -Podrías no irte, no pueden obligarte. Y Jayce no te obligará a abandonar el territorio. -añadí esperando alguna reacción.

-No veo por qué no iba a irme. -respondió seca, con un leve encogimiento de hombros.

- ¿Y dónde está tu casa? -interrogué rudo. -No te he visto con intenciones de ir hasta allí ni una sola vez.

-Si hubiera tenido intención en algún momento, tú habrías sido el último en enterarte. -señaló volviéndose hacia mí furibunda. Sus ojos eran de color ámbar como no los había visto nunca. Bueno...Alguna vez me había dado la sensación de ver fuego en el fondo de sus pupilas, pero creía que era una sensación interna. -Porque siempre has estado pendiente de ti mismo. Pero por si eso te perturba, nunca había tenido intención de ir a ningún lugar de esos... Ni siquiera sabía si seguía en pie algo de lo que yo un día conocí. -añadió.

- ¿Y por qué no estás allí? ¿Qué haces en el clan de mi hermano? -cuestioné enarcando una ceja.

-Este clan no era de tu hermano cuando yo llegué. No fue él el que me dejó quedarme. Por eso no le debo nada. Ni a él ni a ti. -reafirmó señalándome con un dedo de forma amenazante.

-Nunca te había visto de algo tan segura. -murmuré sin que eso fuese una disculpa.

¿Me había mentido con su personalidad?

-No hemos tenido ocasión de que la conozcas. No eres más que un lobo. No eres más que un animal pasional. -retó con los dientes apretados.

La cogí de las muñecas para acercarla a mí. Mi cuerpo se calentó al contacto con el suyo. Nuestras narices estaban muy cerca y nuestros labios entreabiertos.

¿Por qué quería gritarla y besarla al mismo tiempo?

CAPÍTULO 5

LORI

Jaiden había tenido la desfachatez de plantarse delante de mí a hacerme reclamos.

¿Qué autoridad tenía? ¿Quién le confería el derecho?

Lo que sentía por él podría haber sido suficiente en algún momento para callar, pero no en uno como aquel, en el que yo tenía mil cosas más problemáticas que él.

¿Para qué me buscaba mi madre, mi hermano Frances y el idiota de Vic?

Habían pasado más de cien años... Todo había cambiado.

-Si te besara ahora, no te irías. -murmuró en la posición que nos habíamos quedado tras mis gritos confiados.

-Si me besaras ahora, dejarías bien claro que, además de no haber sentido nunca más que pasión por mí, eres un mal hombre. -recriminé.

¿Miedo a quedarse sin un revolcón asegurado?

Me soltó de golpe.

Se veía furioso pero se quedó en silencio durante lo que me pareció una eternidad.

-Eres una impostora. -dijo remarcando cada palabra.

- ¿Lo soy? -interrogué gritando.

Jayce, Aisha, Jack y Shiba estaban antes de poder preverlo en la puerta de la habitación siendo espectadores. En cuanto Jaiden se percató de eso, se volvió a quedar callado. ¿Miedo a que se enterasen de lo que había ocurrido por un tiempo? Qué más daba. Muchos hombres lobo tenían relaciones con lobas que luego no eran nada suyo; No era como si nadie le fuese a recriminar que se acostase conmigo, por mucho que él lo pensase.

-Mentir durante años es desde luego ser una impostora, me pregunto por qué. -volvió a la carga.

A lo mejor le pareció menos sospechoso seguir con el interrogatorio delante de ellos que dar explicaciones sobre por qué estaba en mi cuarto, mientras yo recogía mis cosas, gritándome.

-No he mentado. De hecho, hay gente que sí me conoce desde que llegué. Pregúntales a ellos qué fue lo que le dije al alfa en aquel entonces, o qué preguntó tu padre después al ser alfa. -reté.

Estaba cansada.

-Nunca dio un problema estando aquí. Simplemente que haga lo que quiera. -murmuró Aisha en el oído de Jayce.

- ¿Quién te conoce desde entonces? -preguntó severo Jaiden.

- ¿Qué pretendes? -cuestioné en un tono de voz de estar cansada.

¿Quería conseguir exactamente qué? ¿Qué me fuese? Si ya me iba... ¿Qué no pudiese volver? No iba a poder hacerlo de todos modos...

- ¿Quién te conoce desde entonces? Acabemos con esto por favor. Ni siquiera sé por qué es importante. -dijo Jack serio.

Vi el codazo que recibió por parte de Shiba y él puso cara de circunstancias.

-Roth. -comuniqué tranquila. -Voy a terminar de hacer la maleta, si es posible, después estaré dispuesta a contar toda mi historia. Ya que es de tanta importancia... -acepté.

Me había escondido por años pero si mi familia y los amigos de esta que quedaban habían venido a buscarme, algo grave debía haber ocurrido. Algo incluso peor que lo que inició mi huida.

Decidí intentar volver a mi aspecto original lo más que pudiera. Si no iba a servir para esconderme... Ya me había quitado el té que dejaba anulado el color ámbar de mis ojos. Y lavé mi cabello con una mezcla de polvos para que se quitase el tono ceniza y diese paso al mío dorado.

Fue raro mirarme al espejo siendo tan yo después de tanto. Al estudiar mi reflejo, recordé la sangre en mis manos.

Bajé con la única mochila que había preparado. No había acumulado demasiadas cosas y la mayoría eran plantas o libros sobre ellas.

Cuando entré, todos me miraron como si no me reconocieran.

Jaiden emanaba fuego. ¿Por qué estaba tan furioso?

Roth inclinó la cabeza levemente en mi dirección y parecía no haber abierto la boca, cosa que agradecía.

-Mi niña. -dijo mi madre llegando hasta mí para cogerme las manos.

Mi hermano hizo una leve inclinación y ese idiota de Vic también. Estaban reconociendo un estatus en mí que yo misma sabía que ya no debía existir.

-Mi familia y yo. -comencé a decir llamando cada una de las miradas hacia mí en el centro de la sala. -Pertenece a una de las grandes manadas de las tierras salvajes. -Esa tierra era lejana, más allá del pico helado. En territorio desértico y complicado. En el lugar donde permanecer por más de una generación sin cambio de alfas era un milagro. Eso era historia lobuna, eso todos ellos lo debían saber. -Soy la hija del que fuera el alfa que consiguió mantener más tiempo el poder en tierras como esas, hija del alfa Maldito. -Llevarle Freid no tenía sentido pues si algo conocían de él sería por lo que hubieran escuchado. -Era violento, con sed de poder. -Me quedé pensativa. Aunque hubieran pasado los años, las heridas al moverlas eran capaces de volverse a abrir con una pasmosa facilidad. -Estuve prometida entonces al alfa de Arena. -Ese era su apodo, porque su humor cambiaba tanto como lo rápido que cambiaba la arena bajo tus pies sin que te dieras cuenta. -Los maté a los dos. -declaré entonces.

Ahí si oí alguna expresión ahogada.

-Cuando llegó aquí, el alfa de entonces, el que sería vuestro bisabuelo, no le preguntó por esos actos. -intervino ante mi silencio Roth. -Llegó tal y como la conocemos en aspecto. Se veía que

estaba huyendo y por eso mismo entró en el escalafón más bajo. No creo que nadie supiese por qué le dejó quedarse, tal vez simplemente sabía quién era y había oído lo que había tenido que hacer para sobrevivir. Quizá simplemente fue piedad. -añadió.

No era un hombre muy abierto en palabras, pero tenía un honor digno de los mejores guerreros.

-Esos crímenes fueron hace mucho. -dijo entonces mi madre tras carraspear. -Precisamente por eso ahora ha surgido la ocasión de enmendarlos. Todo el mundo entiende que ambos alfas estaban fuera de juicio entonces... -explicó sin decir en realidad nada de lo que me esperaba.

Pero me daba igual.

No dolía menos que la creciente imagen que se formaba en mi mente cada día de poder presenciar como Jaiden encontrase a alguien que sí considerase de su altura para exhibirla y casarse. Era un jodido dolor permanente.

-Ha sido una buena miembro de la manada todos estos años así que... Es de mi interés saber qué va a pasar con ella exactamente. -exigió Jayce tras tantos codazos de Aisha que no había duda de que nosotras éramos buenas amigas.

-Se casará con Gael, el nuevo alfa de las tierras que fueron del alfa de Arena y así unificaremos nuestros clanes como tuvo que pasar en aquel entonces. -respondió tajante mi madre.

- ¿Alguna objeción? -cuestionó mi hermano con ese perfil que seguía siendo agresivo.

-No la hay. -contesté tranquila tras respirar hondo. -Gracias por todos estos años. Mis más sinceros respetos, alfa, a ti y a tu familia. -añadí antes de hacer una pequeña reverencia.

Ahí estaba el adiós.

Y el comienzo de mi destino.

CAPÍTULO 6

JAIDEN

Lori no era una asesina.

O eso me repetía de forma repetitiva por algún motivo, que no me iba a poner a analizar, desde que la vi partir, sin girar la cabeza ni una sola vez.

-No debería casarse con un hombre al que no conoce. -dijo Aisha apoyándose en la mesa de Jayce.

Yo estaba sentado en el alfeizar de la ventana del salón, intentando ser más silencioso de lo que lo había sido alguna vez.

-Es complicado. Matar a un alfa... A dos... -Mi hermano respiró fuerte. -Si solo quieren que se case... No es mejor vivir huyendo. -declaró.

-Pero no estaba huyendo, ya vivía aquí. -replicó Shiba, quien no se aminoraba por acabar de llegar. Jack pasó su brazo por encima del hombro de ella a modo de protección.

Así era un hombre lobo enamorado... ¿O no?

- ¿Y si nos aseguramos de que esas intenciones sean las verdaderas? -interrogué de repente llamando la atención de todos.

¿Por qué se sorprendían tanto si yo siempre había sido alegre y participativo? ¿No era una buena idea?

-No tenemos jurisdicción... -dijo Jack en un murmullo.

-Es miembro de esta manada, aunque sea por los años. -rebatí Roth en un tono tranquilo.

Nunca lo había visto proferir una opinión si no era para respaldar a mi hermano el alfa. Quizá no era tan de piedra. Bueno, por lo que fuera, estaba de mi parte en aquello.

Jayce se tocó el puente de la nariz. Resopló y dio unos cuantos repiqueteos en el mueble con la yema de los dedos pensativo.

-Roth y Jaiden. -llamó entonces. -Iréis a asegurarnos del proceso, pero bajo ningún concepto haréis nada que ponga en riesgo a la manada. Actuar con cabeza, solo espectadores. -explicó.

Claro que sí.

Me levanté raudo sin poner ninguna oposición. Vi a Jayce entrecerrar los ojos en mi dirección, como si pudiera ver más de lo que yo había dicho, pero no podía ser. Aisha sonreía disimuladamente.

Ella sí lo sabía, nos había pillado alguna vez. Pero era diferente, eso era sexo, lo que estaba sintiendo... Era una sensación que no había tenido nunca en mi vida.

Me repetía continuamente que era porque había sido de forma abrupta y que ni siquiera ella estaba convencida. ¿O sí lo estaba? No había visto ningún signo de oposición.

¿No estaba a gusto en la manada?

Todas esas preguntas se arremolinaban en mi cabeza mientras, transformados en lobos, Roth y yo íbamos a toda velocidad por las montañas.

No nos detuvo la lluvia; ni la noche; ni la fuerte sensación del cambio de clima cuando entramos en el territorio que nunca habíamos pisado. Las tierras salvajes no era un buen lugar al que ir. Yo no era tan mayor y las historias que había tenido ocasión de estudiar en las clases militares, era aterradoras. No era que a mí nada me produjese a esas alturas de mi existencia miedo, pero sí respeto. Era de locos no tenerlo.

No haber encontrado a Lori, Francis, Elda y el tal Vic por el camino no fue más que un signo de preocupación que ambos remarcamos con nuestro silencio. Nosotros no habíamos dado tregua en el camino y no hallarlos era resultado directo de que ellos habían realizado el camino sin pausa. ¿A qué venía tan prisa? ¿Tan deseoso estaba Gale, el nuevo alfa de Arena, por casarse con ella? La sola idea me asqueó.

-No sabía que fueras tan viejo. -dije por hablar de algo hacia Roth mientras cenábamos.

-La edad en nuestra especie es muy relativa. -contestó tranquilo, así era él.

- ¿Cómo es posible que en todo ese tiempo no hayas encontrado a nadie? -pregunté con verdadera curiosidad, casi esperanzado de encontrar una respuesta que me ayudase.

-La luna es caprichosa con quién elige para ser nuestra pareja y, a veces, simplemente no puede ser. -respondió.

-Hablas como si supieras exactamente con quién deberías estar y no lo estuvieras por motivos externos. -rebatí. Un silencio ensordecedor fue lo que recibí como única respuesta. -Vaya. -concluí.

- ¿Por qué si sentías algo por ella has dejado que esto pase? -interrogó al cabo del tiempo. Casi me ahogo con la cena y tuve que golpearme repetidamente el pecho antes de mirarle con los ojos bien abiertos. No era una conversación que hubiera imaginado abordar con él precisamente, bueno, ni con nadie. -Es una buena mujer. -añadió.

-No es para mí. -recalqué.

- ¿Por su posición dentro del clan? -inquirió. No contesté. -Vamos, Jaiden... Hubieras estado en la posición ideal para cambiar eso si hubieras querido, pero te ha podido el propio ego de pensar que merecías algo mejor. -espetó. -Algo mejor que una mujer que te ame, como si existiese algo mejor. -concluyó en una retahíla antes de transformarse otra vez en lobo para que retomásemos el camino.

¿Qué había sido eso?

Sus palabras habían ido a algún lugar muy cercano a mi corazón en modo de flecha: ¿Existía algo mejor que una mujer que de verdad te amase?

Fue cuestión de tiempo alcanzar el territorio correcto. Fuimos recibidos por los vigías, quienes nos miraron con cierta hostilidad, o esa fue mi impresión al respecto. Nos dejaron pasar tras explicar que solo veníamos como “comparsa” al movimiento de Laurel, aunque no me gustaba llamarla así.

Lo cierto era que, dentro de esas tierras, era prácticamente imposible saber si estabas dentro del territorio correspondiente al alfa maldito, quien ya no existía y nadie había ocupado su lugar; o dentro del de el alfa de Arena. Entendía cuál había sido la disputa en el pasado y por qué una unión era lo más recomendable. Aún así... Había algo que no me gustaba y hacía latir mi corazón demasiado deprisa, como esperando ser cazado en lugar de cazador.

- ¿Se puede saber qué haces aquí Jaiden? -cuestionó Lori aparentando absoluta calma apareciendo detrás de mí.

Ella podía intentar aparentar lo que quisiera, yo la conocía y, por si fuera poco, oída los incesantes latidos de su pulso vibrando.

-Ver que todo sale como tiene que salir. -contesté.

Roth se había perdido por alguna parte, posiblemente para dejarnos una intimidad de conversación que no estaba seguro de querer tener.

-No tenías ningún derecho a venir hasta aquí a hacer nada. -replicó apretando los dientes, como si se contuviese con un incalculable esfuerzo para no pegarme. Dio un paso dejando que aspirase su fragancia, tan familiar para mí, y colocó el dedo índice en mi pecho. -No hagas nada estúpido y no te metas. Es mi futuro y lo decido yo. -aseguró.

¿Qué fueran a buscarla para obligarla a que se casase con un tío al que no conocía era su decisión?

A lo mejor había que volver a explicarle a esa mujer, que empezaba a ponerme idiotamente nervioso con su actitud, qué era decidir.

Y si tuviese ese poder de decisión... Me habría elegido a mí, como había hecho para yacer conmigo.

¿O no volvería a elegirme?

La sola duda, me dolió.

CAPÍTULO 7

LORI

Que Jaiden estuviese ahí era algo que no había contemplado en ninguno de los posibles escenarios.

¿Por qué haría algo así?

Seguramente mis buenas amigas, Aisha y Shiba, habían puesto el grito en el cielo tras mi partida preocupándose por mi seguridad. Era una de las mejores cosas que me había pasado a lo largo de los años. Y había tenido que dejarlas completamente atrás... Bueno, quizá el tal Gael era un buen marido y alfa y no le importaba que fuese de vez en cuando a ver a los miembros del otro clan. Además, esas cosas reforzaban los lazos entre manadas, lo que podía venir bien en momentos difíciles.

Pero cuando fuese volvería a verlo....

Jaiden conseguía que mi corazón latiese de una forma irregular; que recordase cada momento íntimo que habíamos tenido. Mi mente, sin querer, se fue a esa primera vez donde yo solo estaba entretenida recolectando las plantas medicinales y él, con toda su potencia y virilidad se había acercado a hacerme una broma. Fue verle sonreír y sentir todo ese calor irracional. Cuando se acercó a tocar mi cadera con ambas manos, solo me dejé llevar.

-Hija. -llamó mi madre, quien no debería estar haciendo como si en el pasado parte de lo que ocurrió hubiera sido su culpa, acercándose para sacarme de mis pensamientos. -Gael ya está listo para que os conozcáis.

Salí tras mirarme por última vez en el espejo. Mi pelo estaba lacio y mucho más rubio. El vestido, prenda que no solía llevar, de color verde se pegaba en cada curva potenciando que mis ojos se vieran ámbar. Era un tono poco habitual, uno de los detalles que en el pasado me había hecho pensar que era una mujer bella y que en ese momento solo me había servido para volver a una tierra que me era en gran parte hostil.

-Cuidado. -murmuraban algunos a mi paso, casi como si pensasen que era capaz de sacar una daga de cualquier parte para ponerme a matar a diestro y siniestro.

Era curioso la falta de crítica que tenía la gente cuando no quedaba prácticamente nadie de aquella época y solo podía haber oído historias. Raro era quien pensaba en que eran siempre los vencedores quienes contaban esos relatos.

Gael era un hombre imponente, con una altura considerable y rasgos agradables, su melena rojiza era su mayor característica.

“Debería gustarte”

Esa frase la repetí durante lo que me pareció una eternidad mientras me acercaba a él.

-Eres más bella de lo que me habían dicho en persona. -dijo halagador.

-El sentimiento de agrado es mutuo. -respondí educada intentando sonreír.

Sus rasgos dejaban claro que pertenecía a la misma estirpe que el que fuese a ser mi marido en el pasado. Pero se veía más relajado y tranquilo.

Las comparaciones eran odiosas pero, encima, Jaiden había decidido estar ahí, a escasos metros, plantado con sus brazos fornidos, los cuales sabían cómo abrazaban y su mirada penetrante clavada en mí.

¿Podía habérmelo hecho más difícil?

Imposible.

-Hablemos en privado. -invitó Gael.

Y como no podía hacer otra cosa, le seguí.

-Me sorprendió que tuvieras tanto interés en buscarme. Ha pasado mucho tiempo... Tú prácticamente existías... -dije sin saber bien qué decir ante el silencio.

-Las manadas se quedaron con aquel... incidente clavado. Cuando me convertí en alfa y vi que tu clan seguía sumido en el caos de no haber encontrado sustituto para tu padre... Creí que sería una forma pacificadora de unión, de olvido... -propuso con la mirada perdida. -Sé que no debe ser fácil para ti. Has vivido mucho tiempo fuera y sé que tendremos que adaptarnos el uno al otro. -Emitió una carcajada. -A mí se me ha quitado el miedo al verte, sé que eres una mujer en la que me hubiera fijado de haberte visto.

Su cumplido consiguió sacarme una pequeña sonrisa, pero no me provocaba nada.

-Estoy dispuesta a que sea cuanto antes. -Ese era mi papel. -Las manadas estarán más tranquilas cuando vean que efectivamente hay una boda.

Al alfa de Arena que iba a ser mi marido, lo maté justo antes del "Sí quiero". Dramático, pero necesario.

Parpadeó como si le sorprendiese mi complacencia.

¿No era lo que se esperaba de una asesina?

La Laurel Durell de ese momento solo quería terminar con el supuesto agravio y vivir tranquila; que el dolor del amor de no ser correspondida por Jaiden fuese desapareciendo...

-Será esta misma noche. -anunció.

Eso era lo que quedaba de mi libertad... Unas horas.

Tropecé con Jaiden, aunque solía notar su presencia antes de verle, como si estuviésemos conectados por un hilo invisible.

- ¿Un buen primer encuentro? -interrogó enarcando una ceja. Su mirada conseguía hacerme saltar a un vacío inexistente.

-Sí, nos casaremos en unas horas. -respondí intentando tener mis ideas ordenadas.

Jaiden tiró de mí hacia él dejando que nuestros labios se fundiesen de una forma pasional, necesaria y apremiante. Cuando se separó, yo mantuve unos segundos los labios entreabiertos.

-Si es lo que quieres. -dijo tenso, parco y desdeñoso.

- ¿Por qué me haces esto? -interrogué cansada de tener que luchar, además de con mis sentimientos, con sus actitudes irracionales.

Él no me quería, pero no me dejaba ir.

No contestó.

Me giré entonces para volver a entrar a ver a Gael. Le diría que era necesario para llevar a cabo nuestro enlace que invitase a Roth y a Jaiden a irse de nuestros territorios. Sí, eso era lo correcto.

Jaiden se alejó dejándome sola contemplando sus anchas espaldas. Dolía porque era real. Dolía porque para mí él lo era todo y yo no significaba nada.

-Sí, la verdad es que ha sido más fácil de lo que pensaba. -dijo Gael hacia alguien que yo no veía. No terminé de entrar, como si mi intuición me frenase. -Mataré a Laurel Durell delante de todos y le daré venganza a mi bisabuelo, que es para lo que siempre me he preparado. -declaró.

Iba a matarme.

Corrí.

CAPÍTULO 8

JAIDEN

No pensaba quedarme a ver cómo se casaban.

Lori estaba bien y era mayorcita para decidir si no quería conocer más a ese capullo antes de casarse con él. Tampoco era como si yo pudiera evitar que hiciera esa estupidez. No se conocían.

Le pegué una patada a una piedra, que salió volando en a saber qué dirección, y eso llamó la atención de Roth.

-Nos vamos. -declaré procurando serenarme.

-Deberíamos quedarnos hasta después de la boda. -dijo siendo prudente tanto en distancia como en tono conmigo.

-No nos vamos a quedar. Aquí no hay ningún problema, que era lo que las chicas querían saber, así que... Nos volvemos y que sean felices. -expresé queriendo que se atragantase cada palabra.

Roth comenzó a seguirme en silencio, aunque noté a la perfección que estaba en desacuerdo con mis actos. Uno más, daba lo mismo.

-Jaiden. -Su tono consiguió llamar mi atención, como si le costase de verdad decir lo que fuese a decir. - ¿Sabes que si lo supiera no lo haría? -interrogó.

- ¿Si supiera qué? -inquirí sintiendo la presión en el pecho.

-Que la quieres pero te da miedo que, ni siendo quien eres, puedas protegerla si se pone en semejante foco, de la opinión de los demás. -respondió dando tanto en el clavo que me pregunté desde cuando era tan emocional uno de los mejores guerreros del clan.

-Ya no importa. -dije girándome para seguir mi camino.

-Díselo. -sugirió.

- ¿Decirle qué? ¿Qué puede irse al infierno con sus decisiones? ¿Qué no me sorprende que acabe así si es una mentirosa incapaz de contarme su vida con todo el tiempo que hemos pasado juntos? ¿Qué no quiero verla más? -grité cabreado.

Mis sentimientos ardían.

La quería y había sido un cobarde.

La sentí antes de verla, pero, al mirar hacia mi izquierda, vi a Lori quieta. Su pecho subía y bajaba con dificultad, como si hubiese estado corriendo. Su expresión dejaba claro que parte de la conversación había oído.

Sentí una punzada de dolor.

Quizá era mejor así y le era aún más fácil que se olvidase de lo que habíamos tenido juntos.

Se giró dejándome solo ver su melena rubia cayendo sobre su hermosa espalda llegando hasta

sus caderas. Siempre me había parecido la mujer más bella del mundo, pero tras ver sus pupilas ámbar sin mentiras por primera vez... Mi corazón había terminado de pararse.

Roth esperaba sin decir nada, como aceptando que era yo el único que tenía que decidir qué íbamos a hacer. Retomé la marcha.

- ¿Nos vamos? -cuestionó a los segundos con un tono neutro. No contesté. -Se va a casar, Jaiden. Va a ser propiedad de otro hombre lobo. -expresó.

Y eso fue suficiente. Fueron quizá las palabras justas para que mi lobo interior se removiese inquieto, más de lo que lo hubiera visto alguna vez. No podía pensar en eso. No podía imaginarme a Lori debajo de nadie más porque en cada gemido se encontraba mi melodía más dulce. Porque en cada sonrisa suya se escondía mi propia felicidad...

Di la vuelta para ir directo a parar esa maldita boda.

Genial. Iba a enemistar dos clanes contra el de mi hermano, pero el amor de un lobo era así.

Decidí que lo mejor era hablar con ella en privado. Sí. Decirle lo que sentía, asegurarme de que quería volverse conmigo; y ya después hablar tanto con su madre como con Gael. A lo mejor había una posibilidad de que ese cabeza de alcorcho no pusiera muchos impedimentos, al fin y al cabo, la había conocido ese mismo día.

Y eso si Lori le perdonaba todo lo idiota que había podido llegar a ser...

Conforme avanzaba, tuve que quedarme parado y esconderme tras un grueso árbol. Se estaban por casar: Habían adelantado la maldita boda al momento actual.

Claro, estaría deseosa.

-Irrumpir ahí es un gesto feo. -murmuró Roth. -Deberíamos irnos conforme la reclames y dar explicaciones otro día. -sugirió.

Me hizo una gracia genuina y tuve que reprimir una carcajada, “dar explicaciones otro día” con semejante agravio... Iba a ser complicado.

Gael esperaba demasiado tranquilo bajo el arco de flores blancas donde se produciría el enlace. Y entonces Lori salió....

Toda vestida de blanco con su hermosa melena suelta y ondulada enmarcando su rostro. Sus ojos se veían más ámbar que nunca pese a la distancia, pero su expresión no era de felicidad.

La vi intranquila de pronto, removiéndose a escasos pasos del altar, como si no quisiera subir debajo de ese arco. Salí tranquilo consiguiendo que se me pudiese ver. Ella clavó sus ojos en mí con aire interrogativo.

-Desde siempre. -murmuré sabiendo que ella podría leerme los labios.

Su expresión se volvió entonces de puro terror y me pregunté qué había cambiado en el ambiente.

Fue una milésima de segundo, pero Gael sacó una daga de entre sus ropas. Si eso no fue suficiente sorpresa, Lori hizo lo mismo.

La gente se quedó muda.

Yo, congelado.

-Pagarás por lo que hiciste. -dijo Gael, quien había perdido cualquier tipo de formalidad y compostura que hubiera aparentado tener.

-Nos iremos juntos al más allá. -señaló ella.

- ¿Cómo lo averiguaste? ¿O es que la asesina de alfas siempre está preparada por si tiene que hacerlo de nuevo? -cuestionó enfurecido en cada palabra Gael.

Si me acercaba, era posible que desatara movimientos que acabaran dañando a Lori, pero si no hacía nada...

Roth esperaba una señal de mi parte mientras intentaba comprobar cuántos asistentes estaban de acuerdo con lo que estaba pasando. Eran los que menos.

-A lo mejor es un don, ver la maldad tras la careta de perfección. -declaró Lori, quien parecía más dispuesta a luchar que nunca.

-Te reto como alfa. -dije entonces hacia Gael.

La multitud se sumió en un murmullo constante y creciente.

- ¿Y a ti qué más te da que terminemos cuentas pendientes? -interrogó Gael sin saber bien qué hacer.

Negarse a algo así, era imposible para un hombre lobo.

-Piensa que si la matas, te habré retado de la misma forma y tendremos que luchar. -argumenté.

- ¿Y si te mato? -cuestionó Gael buscando una salida al nuevo problema.

-Dejaré que me mates. -afirmó Lori.

Mi corazón se hinchó. Ella lo dejaba en mis manos y asumía vivir o morir conmigo. No había otra opción: Tenía que ganar.

Pero el cobarde lo era siempre y Gael tuvo miedo. Lo vi en una milésima de segundo. Lori también debió verlo porque, en un instante, ambos tenían clavada la daga del otro en el pecho.

Corrí hacia el cuerpo de Lori mientras Roth comprobaba que Gael estaba muerto. Asintió en mi dirección. Lori había sido muy precisa en su ataque.

Ella, sin embargo, perdía sangre a una velocidad alarmante. Me quité la camiseta y taponé la herida.

-No puedes morirme ahora. -ordené.

-No pienso hacerlo. -dijo para después toser. -Pero tendrás que coserme. -añadió sin apenas fuerzas antes de perder la conciencia.

Varias personas se ofrecieron a hacerlo, pero allí nadie era de mi confianza.

Mis manos temblaban sobre su cuerpo intentando ser preciso mientras Roth era quien nos cubría. En cada puntada sentía que me hería a mí mismo.

No podía fallar porque no podía perderla.

Roth seguía amenazante con cualquiera que intentase acercarse a nosotros. Ese era un tema que tendríamos que discutir más tarde.

Una vez realizada la intervención, era cuestión de esperar. Por lo menos a que estuviese suficiente estable como para poder llevárnosla de allí.

-Es hora de irse. La gente empieza a preguntarse qué va a pasar con ambos territorios. -expresó Roth, a quien se le veía pensativo.

Quizá estaba dándole vueltas a cómo íbamos a decirle a Jayce la que habíamos dejado formada en aquellas tierras y que no sabíamos muy bien si nos salpicaría de alguna forma.

En aquel momento me alegré de saber que con la llegada de Shiba a nuestra familia, también habíamos ganado una nueva manada aliada.

-Lori, pienso casarme contigo, así que despiértate. -ordené como si con eso fuese a revivir.

Sus pupilas ámbar abiertas cayeron sobre mí como dos brillantes.

-Tú lo has oído Roth. -dijo sonriendo antes de volver a desmayarse.

No iba a morir e íbamos a casarnos.

Lo demás, era cuestión del destino.

FIN

PRÓXIMAMENTE...

¿Quieres saber qué pasó con ambos clanes? ¿Y con Roth?

ESTE AGOSTO.... “EL ALFA DE ARENA”